

¿QUIÉN COGIÓ MI CAFÉ?



Leonso Paladines Ramírez

¿Quién cogió mi café?

Leonso Paladines Ramírez



unl

Universidad
Nacional
de Loja

Ph. D. Nikolay Aguirre
Rector UNL

Ph. D. Mónica Pozo Vinueza
Vicerrectora Académica

Ph. D. Max Encalada Córdova
Director de Investigación

¿QUIÉN COGIÓ MI CAFÉ?

Autor:

Leonso Paladines Ramírez

Revisión Par Académico:

Mario Jaramillo Andrade

ISBN-978-9978-355-61-9

Diseño e impresión:

EDILOJA Cía. Ltda.

Telefax: 593-7-2611418

San Cayetano Alto s/n

www.ediloja.com.ec • edilojainfo@ediloja.com.ec

Loja-Ecuador

Agosto, 2020

Loja, Ecuador

Índice

| | |
|---|-----|
| Índice | 5 |
| Biografía..... | 7 |
| Prólogo | 9 |
| Agradecimiento..... | 13 |
| Dedicatoria | 15 |
| Introducción | 17 |
| | |
| 1. CAPTURA DEL CAFÉ Y LOS PRIMEROS CONTACTOS..... | 19 |
| | |
| 2. LA POLÍTICA, LAS COLABORACIONES | 57 |
| | |
| 3. EMPIEZAN LAS GRANDES ESTAFAS Y LA POLÍTICA..... | 77 |
| | |
| 4. VISITA DE LOS POLÍTICOS A LA FRONTERA, CONTINÚAN LAS ESTAFAS..... | 109 |
| | |
| 5. RESULTADOS DE LOS COMICIOS Y LOS ESTAFADOS..... | 155 |

Biografía



Leonso Paladines Ramírez, nace en el cantón Chaguarpamba, de la provincia de Loja, sus estudios primarios los realiza en la escuela Filomena Flores de su tierra natal y en algunas escuelas de la ciudad de Loja, los secundarios con una beca otorgada por el Colegio Manuel Isaac Encalada Sánchez, provincia de el Oro y en Cariamanga, en el colegio Eloy Alfaro, los superiores, en la Universidad Nacional de Loja, Lcdo., en Administración de Empresas, Ingeniero Comercial, estudios de cuarto nivel Maestría en Docencia Universitaria e Investigación Educativa.

Entró a laborar en la Universidad Nacional de Loja, desde 1979 hasta 1992, ascendió a la docencia en 1993, hasta que se jubiló en el 2014, es un apasionado de la poesía y como declamador lo calificaron luego de algunos encuentros de declamadores organizado por la Universidad Nacional de Loja y algunas Instituciones Educativas, como el mejor del sur del país, su deporte favorito es el ajedrez, esto le permitió representar a los estudiantes, a los empleados y a los profesores universitarios obteniendo algunos campeonatos.

Fue presidente de la asociación de Empleados de la Facultad de Ciencias de la Educación y representante al Consejo Directivo; también representó a los empleados ante el Honorable Consejo Universitario.

Fue Columnista del Diario Crónica de la Tarde, por algún tiempo; pero, siempre él dice que su labor más encomiosa y grande, es la de haber sido Docente Universitario.

Prólogo

POLÍTICA Y CORRUPCIÓN EN ¿QUIÉN COGIÓ MI CAFÉ?, DE LEONSO PALADINES RAMÍREZ

Yovany Salazar Estrada*
ysalazarec2002@yahoo.es

En lo estructural, el largo relato o novela corta *¿Quién cogió mi café?*, de Leonso Paladines Ramírez, se lo ha distribuido en cinco partes o capítulos: captura del café y los primeros contactos; la política, las colaboraciones; empiezan las grandes estafas y la política; visita de los políticos a la frontera, continúan las estafas; y, resultados de los comicios y los estafados.

Temáticamente, como se advierte en los títulos de las partes que integran el relato, un aspecto que constituye leitmotiv y ocupa un espacio central en el texto narrativo de *¿Quién cogió mi café?* es la práctica electorera que estilan algunos ciudadanos que dicen sacrificarse por mejores días para los ecuatorianos y lojanos; sin embargo, la realidad es muy distante de las ofertas de campaña, porque múltiples actos de corrupción se encuentran relacionados, de manera directa, con esta ya muy desprestigiada actividad pública, que debiera ser de servicio ciudadano y no un medio para llegar al poder y desde él solo satisfacer desmedidas, egoístas y mezquinas ambiciones personales o de un pequeño grupo elitista, en desmedro de las mayorías sociales más desposeídas en la inequitativa distribución de bienes materiales y simbólicos.

En el contexto de una sociedad capitalista, como es la ecuatoriana, en la que predomina de manera superlativa el valor económico, resulta natural que el muy humano afán por amasar una fortuna, de manera rápida y fácil, incita a los habitantes de la frontera Sur a dedicarse al comercio ilegal de algunos productos provenientes del Ecuador, los cuales son llevados con destino al Perú o viceversa, como es el caso del café de origen peruano, que es trasladado hasta el Puerto de Guayaquil y desde allí se lo exporta hacia Estados Unidos

* Doctor en Ciencias de la Educación (UNL, 1993), en Lengua Española y Literatura (UTPL, 2000), en Filosofía en un Mundo Global (UPV EHU, 2015) y en Literatura Hispanoamericana (UCM, 2016). Docente de la Carrera de Pedagogía de la Lengua y la Literatura de la Universidad Nacional de Loja.

de Norteamérica o algunos países de Europa, en donde se lo revende en precios muy superiores a los del inicio de cadena comercial y por lo cual deja exorbitantes ganancias a quienes participan del lucrativo negocio.

El personaje protagónico de *¿Quién cogió mi café?*, posiblemente un habitante del cantón Macará, se dedica al contrabando de café y en uno de esos viajes los militares acantonados en la ciudad de Cariamanga le retienen, en el cuartel de esa ciudad, los camiones con todo el cargamento de café. Es entonces cuando comienza el viacrucis del contrabandista para recuperar los vehículos y la mercadería, que tenía que ser entregada en la ciudad de Guayaquil. Los sobornos comienzan a diestra y siniestra, pero como no logra su objetivo trata de conseguir una audiencia, primero, con el gobernador de la provincia de Loja y, luego, también con el Director del Partido del Gobierno y futuro Diputado al Congreso Nacional en representación de esta jurisdicción territorial y para acceder a entrevistarse con estos poderosos ciudadanos tiene que entregar abundantes regalos.

Cuando consigue dialogar de manera personal con los representantes del ejecutivo y del partido en el gobierno de turno, éstos de frente y sin ambages le solicitan materiales que les servirán para enfrentar la siguiente campaña electoral y dinero en efectivo que les permitirá financiarla, aunque en la realidad el dinero va directo a los bolsillos de cada uno de ellos, porque no dan ninguna cuenta al partido político al que se pertenecen. Con estas nuevas erogaciones económicas, gracias a la orden escrita que fue firmada por el gobernador de la provincia, puede liberar los camiones y el café que contienen, aunque con algunos quintales menos que se habían evaporado en el interior del recinto militar; una vez extraída la mercadería del cuartel de Cariamanga y luego de vencer una serie de peripecias y de pagar más sobornos en los controles ubicados en la vía Loja – Guayaquil, luego de un largo y tenso diálogo con el exportador, consigue vender el café al contado y recuperar el capital que le permitirá cambiar de actividad económica, para poder sustentar a la familia.

No obstante las innumerables y complejas vicisitudes a las que debe hacer frente el contrabandista que hace de personaje protagónico de *¿Quién cogió mi café?*, bien se puede decir que él corre con mucha mejor suerte en relación a sus conciudadanos, porque gracias a la perspicacia e intuición que pone en evidencia en todo momento; precauciones que adopta, en cuanto a dineros, con los proveedores y compradores de café; lecciones aprendidas de las

experiencias de familiares y amigos; consejos de los antepasados en torno a la forma de actuar de los peruanos y de algunos exportadores que no los olvida nunca, logra eludir las duplicadas estafas de las que fueron víctimas otras personas conocidas que se dedicaban a similares actividades económicas; quienes, por un lado, fueron estafados por los comerciantes peruanos que les sacaron ingentes cantidades de dinero para supuestamente traerles cientos de quintales de café y nunca más regresaron, ni con el producto ofrecido y mucho con el dinero entregado por los ingenuos ecuatorianos que cayeron en la trampa; otros comerciantes de la frontera Sur del Ecuador, en cambio, fueron estafados por el presidente de la federación de cafetaleros del Ecuador, quien con el anzuelo del buen precio por quintal que les pagó, obtuvo que le entreguen fiado el producto y desapareció del país, dejando en la bancarrota a todos los que creyeron en su palabra. Aunque años más tarde regresó a la ciudad de Guayaquil y misteriosamente le dieron muerte los “delincuentes comunes” que lo asaltaron en su domicilio, la verdad es que ninguno de los ingenuos comerciantes fronterizos, que le confiaron el café pudo recuperar el dinero perdido.

Los otros grandes estafadores, y de los que no pudo escapar ni el intuitivo y sagaz protagonista de ¿Quién cogió mi café? son los políticos, quienes haciendo uso de una ilimitada capacidad de demagogia engañan al incauto electorado de la provincia de Loja para obtener la confianza del voto en las urnas y cuando ya resultan electos al cargo público al que postulan lo que hacen es encaminar las acciones para beneficiarse a sí mismo y al pequeño grupo que goza de holgura económica y que constituye su entorno más inmediato. Y de estas engañosas no se salvan ni los militantes de la tienda política de los candidatos a quienes apoyan, tal como acontece con el protagonista de esta narración, el cual luego de abandonar el riesgoso contrabando de café instala un hotel en un cantón fronterizo, hasta donde llega y pernocta, en calidad de correligionario, un candidato presidencial y toda la comitiva que lo acompaña, quienes luego de haberse hospedado, hacen uso de los espacios del hotel para una reunión política y haber consumido la comida y la bebida que pidieron se va sin pagar absolutamente nada y pese al categórico ofrecimiento que efectúa el aspirante a dirigir los destinos del Ecuador, nunca más se acuerda de cancelar la cuenta pendiente.

Y todas estas historias, que recrean literariamente lo que acontece en la realidad de los pueblos fronterizos del Ecuador, se presentan con un lenguaje sencillo,

claro y directo, como es característico del habla de los chazos lojanos; sin por ello dejar de adornarlo con técnicas y recursos narrativos, que hacen que el largo relato o novela corta sea catalogado como una obra literaria de calidad y trascendencia, más allá de las circunstancias temporales y espaciales que le dieron origen y le dotan de verosimilitud, para llegar dotado de vitalidad a los lectores reales y potenciales, de cualquier latitud geográfica que provengan o tiempo histórico del que emerjan, por más exigentes que estos sean con el estilo y expresión de las obras literarias, a las que se aproximan por obligación, devoción, búsqueda de enseñanzas, entretenimiento o simple pasatiempo.

Loja, 08 de marzo de 2020

Agradecimiento.

A todas las autoridades y compañeros docentes universitarios que me animaron, me ilustraron, me ayudaron con sus sabios consejos, para empezar y seguir adelante con este libro hasta su culminación y, permitieron la publicación: al par Académico Externo y Ex presidente de la casa de la Cultura Lic. Mario Jaramillo Andrade, al Director de Investigaciones, de la Universidad, Ing. Max Encalada C., al Rector de la Universidad, Ph.D. Nikolay Aguirre, a la Vicerrectora Académica, Ph.D. Mónica Pozo Vinuesa; mis agradecimientos imperecederos y sinceros, al Dr. Yovanny Salazar, Decano de la Facultad de Ciencias de la Educación, al Dr. Ángel C., Ruque G., Par Académico Interno.

Debo a mis familiares agradecerles de por vida, por ayudarme en todo lo que pudieron, incluso por permitirme no compartir muchos momentos.

Agradezco a dos instituciones muy prestigiadas, a la gloriosa Universidad Nacional de Loja y a la Casa de la Cultura de Loja.

Mis eternos agradecimientos a los futuros lectores de esta novela, porque me harán llegar su comentario como ellos lo consideren realizarlo.

Ing. Com. Leonso Paladines Ramírez, Mg.Sc.

Dedicatoria

A Palmira, mi esposa,
A Adriana Mercedes, mi hija,
A Cristhian Leoncio, mi hijo.
A todos mis familiares.
Leonso.

Introducción

Escribí esta historia no solo con el deseo de cumplir con las obligaciones de la vida; a veces creía que hacerlo sería imposible, en mis años juveniles, que ahora están más lejanos, pese a que tenía objetivos claros sobre mi porvenir, esa idea de escribir algo se fue apoderando cada vez más; pero, había borroneado muchos trabajos que siempre terminaron en la basura. Cuando conocí la Frontera, me permitió tener algunos elementos para consignarlos en un libro, puesto que afortunadamente participe de muchos actos sociales, deportivos y culturales en estos lugares, hasta que empecé a plasmarlos y dar paso a todo ese fuego acumulado de describir lo que se vio, detallar lo que me contaron, imaginar en forma lógica algunas cosas y crear otras.

En esta narración en toda su estructura, se puede evidenciar las carencias de trabajo, de infraestructura, insuficientes leyes, escasas instituciones públicas y privadas que ayuden, beneficien y contribuyan a desarrollar estos pueblos que se encuentran más alejados de la capital provincial y abandonados por los distintos gobiernos. La presencia de autoridades civiles, militares, de la aduana, de policía y de algunos políticos, ha ocasionado muchas veces que se permitan actos de corrupción.

Entonces las actividades de algunos habitantes de estos lugares, que sin tener fuentes de trabajo, a veces con una naturaleza rigurosa y sin ingresos de ninguna clase, recurren a buscárselas en lo que sea posible, con el fin de sobrevivir, sin importar el tipo de ocupaciones que tengan que realizar, todas las peripecias que tienen que vivir, ni el valor que tengan que entregar, es por esto que, casi siempre son solapados, ayudados y a veces aprobados y sancionados o vigilados por instituciones de control o personajes que tienen a cargo la vigilancia, para que no se produzcan ciertas actividades ilícitas.

Se puede evidenciar las propuestas o arreglos y acuerdos de algunas personas o grupos de individuos con ciertas autoridades para comprar o vender múltiples productos en cualquier sitio fronterizo, sin cumplir con toda la normativa legal para hacerlo, con la única alternativa de la coima, pago o el soborno a ciertas autoridades de casi todas las instituciones de control, a políticos, a personajes y más involucrados en solucionar o complicar, las actividades o labores de ciertas personas que sin tener fuentes de trabajo, están dispuestas a jugársela con el fin

de no perder sus productos, su mercadería, su capital pedido en los bancos o a los chulqueros.

Estos comerciantes son víctimas de engaño y estafas por muchas personas, que les compran o les venden sus productos o mercancías los mismos que son fiados o entregados a crédito o les adjudican dinero anticipadamente y terminan perdiéndolo todo.

Los políticos aparecen para solucionar estos problemas ofertando; el comercio libre, mejorando y creando leyes, prometen construir carreteras, canales de riego, crearles fuentes de trabajo y que todos los habitantes de la frontera, tengan empleo, capital y bienestar.

Todos les ofrecen todo, pero, los políticos deben ser retribuidos por sus ofertas, entonces reciben regalos, donaciones y dinero, de parte de los comerciantes, cuando los negociantes han tenido problemas, con autoridades de otras provincias y del país.

Se puede evidenciar que estas personas de la frontera son estafados, por comerciantes extranjeros y nacionales, se quedan sin bienes, sin capital, sus fortunas han sido embargadas, por los bancos, quitados por los chulqueros, no pueden recurrir a un organismo de gobierno o una institución para que les ayude, porque no existen estos organismos, para ayudar a los nuevos pobres, por eso algunos abandonaron la frontera, otras personas enfermaron y uno que otro murió. En la frontera, hay desolación, solo hay viento, sol y polvo.

1.

CAPTURA DEL CAFÉ Y LOS PRIMEROS CONTACTOS



Era una mañana gris de octubre, de los años de la prepotencia, del autoritarismo, de la corrupción, con aplicación de medidas económicas de shock y la persecución social. Era muy débil la democracia en la década de los ochenta. El sol lentamente aparecía después de escalar las montañas verde-azules y brumosas; se diría que estaba cansado, porque también la iglesia de la Catedral no le había dado paso para que sus pocos rayos calentaran las frías oficinas de la Gobernación de la Provincia.

Pero llegaban a ese lugar frío: el comandante de policía de Loja, quien saludó muy cordialmente con el máximo representante de la función ejecutiva de la capital y la provincia; mientras se hicieron honores, el comandante de la brigada del ejército de Loja con el comandante del batallón de infantería

Capitán Díaz de la ciudad de Cariamanga; el director de aduanas, que saludó a todos haciendo la venia y, luego, uno por uno, les fue estrechando la mano.

Hubo un silencio, que fue interrumpido por el ruido de los pasos de una hermosa secretaria: tez blanca, ojos, cabellos y cejas negras, de estatura alta pero de cuerpo muy bien proporcionado, con un escultural busto, simétrico con su cadera, contrastaba con su cintura y sus manos delgadas y rostro delicado, quien se ruborizó ante los presentes, no saludó y, con su tierna voz, preguntó a todos:

—¡Por favor!... ¿Desean un refresco, un café, una tacita de té, o una copa de whisky? Whisky?...

Inmediatamente, el jefe de la policía, con semblante y mirada de enamorado, le respondió:

—Reina linda, traiga mejor un whisky —y, dirigiéndose al resto de los invitados, preguntó—: ¿qué les parece?...

Todos aprobaron la idea, la bella mujer se dio media vuelta y salió.

El gobernador, que había estado ordenando los papeles, ni la miró.

El comandante de la policía le comentó al gobernador, en tono chistoso:

—¿No la presenta a su secretaria?

—¡Perdonen! —Contestó—, pero más tarde lo haré.

—Ya pues —dijeron casi todos.

—Bueno..., les agradezco por haber concurrido a esta reunión muy importante, porque el asunto que tenemos que resolver es delicado y peligroso. Es verdad que el contrabando no se ha podido erradicar en ninguna parte del mundo y ahora se encuentra en nuestro territorio más incontrolable —realizó una pequeña pausa y prosiguió—. Las fronteras y algunas autoridades se tornan más permeables, más sobornables, también los contrabandistas recurren muy a menudo a actos más hábiles o son más audaces. ¡Imagínense! Que pasen

1.500 quintales de café procedentes de Perú, que entren dos, tres o cuatro veces por semana, con el visto bueno de la cámara de comercio de la frontera, del ministerio de agricultura y ganadería, con autorización del director de aduanas y con permisos concedidos por todos ustedes y hasta por mí como gobernador —pareció que todos dejaron de respirar y en la cabeza de los presentes habían muchas ideas, pero el señor gobernador continuó—; en mis manos tengo los permisos con firmas, sellos y visto buenos de todos nosotros.

Antes de que intervenga el comandante de la policía (que le había estado solicitando la palabra), el gobernador le entregó un permiso.

—¡Cerciórese y compruebe usted!

El jefe de policía aseguró, con voz muy fuerte:

—Esta no es mi firma...

—Pero están sus nombres y apellidos completos, su grado jerárquico, tiene el sello de la policía, de la aduana, vistos buenos y firmas de todos nosotros — interrumpió el gobernador, abriendo mucho los ojos y mirando los papeles.

Había estado muy callado el comandante del batallón de infantería número 20, Capitán Díaz de Cariamanga, pero al tiempo de concederle la palabra, el gobernador le dijo:

—Indíqueles el caso, comandante.

El aludido se paró y explicó:

—Mis soldados han estado dejando pasar por más de tres meses este tipo de granos. Siempre pasan: cebolla, arroz, papas, pero el café lo han estado trayendo estos últimos meses con papeles, legalmente... (Legalmente, entre comillas, digamos). A no ser que, un buen día, un teniente se pone a observar muy bien mi firma y se da cuenta que la que tenía en el permiso “no era exactamente la misma”, esta era falsificada o suplantada. Se puso a investigar, me llamó, me preguntó si había firmado unos permisos para transportar café, le contesté que no; fui personalmente al control militar a comprobar, entonces ya estaban llegando dos mulas de café más, con idénticos permisos;

yo revisé personalmente la documentación, es decir, siempre traen los mismos papeles: como saben ustedes, siempre son los mismos formatos establecidos. En la tarde estaban los tres carros que siempre traían café de Perú, comprado en Chiclayo, y con “permisos” para llevarlo a Guayaquil; se realizaron las investigaciones y averiguaciones a los conductores de los vehículos; lo primero que han manifestado es que ellos tienen los permisos y son legales porque son tramitados en Loja por su empleador. Cuando dispuse la detención de los conductores y los automotores, entonces se reunieron y me ofrecieron 600 dólares para que los dejara pasar; luego, cuando llegaron a la prevención, un hermano del dueño del contrabando me ofreció 2.000 dólares; inmediatamente procedí a detenerlo, pese a que insistía e insistía en que no les haga problemas, que reciba el dinero... que en la frontera siempre trabajan así: con la aduana, con la policía, con la cámara de comercio, con la policía republicana de Perú, con el ministerio de agricultura y ganadería; luego me dijo que era un hombre “enfamiliado”, que estaba endeudado, que no había en qué trabajar en la frontera, que le había nacido un hijo con retardo mental y que necesitaba mucho dinero para “curarlo” —hizo una pausa el comandante—. Que él era un inútil, porque siempre le dio miedo de irse a trabajar a los Estados Unidos o España y que muchos parientes y amigos están muy bien allá. Pero, cuando lo entregué al soldado de semana para que le lleve al calabozo, me dio la mano, quiso seguir conversando... Y se le cortó la voz por su llanto.

De esta manera relataba parte de los hechos, el jefe militar de Cariamanga.

“Este comandante es un cojudo”, se dijo mentalmente el jefe de la policía, “no aceptarles los 2.000 dólares”; pero, agachando la cabeza y fijando la mirada al piso, no habló.

—Habían pasado unas dos horas —continuó el militar—, ya tuve la primera llamada del dueño del café, identificándose como tal; decía que me había mandado unos regalos, que no diera parte a mis superiores, que podíamos “arreglar las cosas”, que él entregaría cualquier aporte económico a la brigada... que, cuando se da parte a los jefes, esto se hace más difícil, se complica, porque hay que conversar, o negociar con todas las autoridades y ahí se necesita de bastante dinero para que lo devuelvan al café. Le interrumpí, diciéndole que están falsificando mi firma, que están sobornándome, que el producto decomisado tiene que ser incinerado y que los contrabandistas deben ser enjuiciados por parte de las autoridades correspondientes e irse presos,

porque están atentando contra nuestros agricultores cafetaleros; que para traer legalmente los productos agrícolas de cualquier país existe la ley de importación y exportación, que para eso existen convenios internacionales y que Ecuador es parte de los mismos. “Mi comandante: le ruego por favor, ayúdenos”, decía, “porque aquí la persona que nos saca los permisos es muy importante puesto que es hermana de un diputado y éste está colaborando con el gobierno y es posible que el señor gobernador nos ayude. Ella está ganando buena plata con nosotros y creemos que solo no le ha hecho firmar a usted, y de ahí que el resto de firmas son auténticas, la firma del jefe de la aduana es auténtica, ellos nos dejan pasar con los carros, a veces nosotros les damos su propina a cualquier autoridad; porque ella nos cobra 500 dólares por permiso de cada carro, viene, nos deja los papeles, nosotros ni revisamos porque no conocemos ni sabemos nada. Ella es la que sabe y conoce, ella nos ha estado sacando por algún tiempo los papeles a todos, mi comandante...; ella nos dice que tiene influencias en la gobernación, en la aduana, en la policía; nos ha dicho que las autoridades de Loja le conceden cualquier autorización, cualquier papel para exportar o importar; le aseguro que solo no lo ha hecho firmar los permisos a usted, nada más.”

El ruido de unos pasos reanimó a los presentes, porque todos miraron a la puerta al mismo tiempo. Entonces la secretaria hermosa, muy ruborizada, pudo apenas decir:

—Perdonen, les traje la copa de whisky.

—Gracias —respondieron en coro, muy sonreídos.

Cuando recibía el vaso de licor el comandante de la policía, con voz baja y suave le habló:

—¡Bella criatura! ¿Cómo se llama?...

—Mi nombre es María Gardenia —le contestó, y se retiró a un escritorio donde dejó el charol y salió del lugar pidiendo permiso.

Luego de saborear el licor, el comandante del ejército de Loja expresó:

—Me estoy dando cuenta, señores, que a estos contrabandistas los han estado también engañando, según parece; les han estado haciendo creer que les podían sacar permisos para traer estos productos, ¡así por así!, cualquier persona, sin cumplir todo el procedimiento legal y administrativo que se requiere para realizar una importación. Creo que ellos también han sido estafados por la señorita que dicen que les “tramitaba los papeles,” que tenía influencias en todas las oficinas de los jefes, que es amiga de todas las autoridades de aquí de Loja —dijo, mirando a todos y sonriendo.

Interrumpió el comandante de la policía diciendo:

—¿Quién es la que se encontró esta mina de oro?

Hubo un silencio y nadie contestó.

Hasta que el jefe de la Brigada de Infantería Capitán Díaz habló:

—Ellos indican que es la hermana del diputado por Loja, del cantón en donde yo soy comandante...

—¿Así? —Interrumpió el jefe de la policía—. Esa mujer es audaz, es una gata, esa pilla tiene muchas denuncias por estafa, engaño, la policía no puede dar con ella, cuando parece que ya se la tiene en las manos, resbala como el pez y se escurre, o atraviesa los techos de las casa y se les va. Bueno, señor gobernador, es deber de la policía colaborar en estos casos... mis hombres y yo estamos a su disposición.

Mentalmente habló: “esa mujercita debe botar mucha plata para que no la agarren, de eso no tengo la menor duda”.

El gobernador dijo:

—Por lo pronto hay que dejar en libertad a los choferes y al otro caballero, ellos no pueden estar privados de su libertad en un cuartel del ejército; pero los automotores con la carga quedan detenidos —y, mirando al comandante de la Brigada de Infantería 20 Capitán Díaz de Cariamanga, expresó—: ¿o quiere usted enjuiciarlo por intento de soborno, ya que según me ha dicho que le ofreció 2.000 dólares?

—No, yo no haré nada —contestó el comandante—, salvo que usted, como primera autoridad disponga algo; estamos listos para cumplir sus órdenes.

—Creo que el café debe ser incinerado en estos casos, porque puede estar contagiado con la “roya”, o se lo puede adjudicar a una institución benéfica, o mejor entregárselo a la aduana, allá sabrán lo que hacen, si lo regalan, si lo queman, que ellos vean si lo sacan a remate; voy a hablar con el ministro de defensa para consultarle o me asesore y cumplir su disposición, ¿qué le parece señor gobernador si los 1.500 quintales de café les hacemos trasladar acá a Loja? —propuso el comandante de la zona militar.

—Como dijo usted, yo también voy a consultar y conversar con los ministros, para ver qué decisión toman, o cuál es su consejo, después vemos lo que hacemos, esperemos a ver lo que ocurre, esperemos señores —contestó el gobernador, sonriendo y mirándolos.

—Entonces les informaré a todos ustedes... Se termina esta reunión; les agradezco que hayan venido a mi llamado, muchas gracias —concluyó diciendo el anfitrión.

Inmediatamente se levantaron de sus asientos todos y caminaron juntos, palmeándose, risueños y bromeándose, buscando la puerta de salida.

El comandante de la policía dijo:

—Son las trece horas, me adelanto, buenas tardes señores. Cuando se disponía a cruzar a la otra oficina, observó que la secretaria fingió estar escribiendo en un papel, él muy garboso y sonriente se le aproximó diciéndole:

—¡Preciosa!... Mucho trabaja... la invito a almorzar, a un refresco, o la llevo a dejarla en su casa.

—Muchísimas gracias, mi papi me está esperando en el carro —contestó secamente sin mirarlo, su rostro se enrojeció como una manzana.

El comandante de la policía con voz fuerte, le dijo así al gobernador:

—Es el colmo, señor gobernador, que todavía le tenga trabajando hasta esta hora a María Gardenia; si fuera yo su jefe, esta reina hermosa no trabajaría nunca, no le permitiría que trabaje en nada, solo la pasaría mirando y que al fin del mes cobre su sueldo y lo disfrute.

Ella con cara de resentida y aún ruborizada, se levantó de la silla, inmediatamente salió muy apresurada, sin mirar a nadie; sólo se despidió:

—Hasta la tarde, señor gobernador.

—Hasta la tarde, María —contestó la primera autoridad.

Todos caminaron adonde se dirigía ella, a la calle. El comandante de policía apresuró el paso sólo para ver quién era su padre, lo miró por el vidrio de la ventana del carro que brillaba por los rayos casi perpendiculares que emanaba el Astro Rey; y no lo pudo reconocer, caminó algunos metros por la vereda como alejándose del lugar; entonces el caballero del carro pasó saludándolo.

—¡Hola, mi comandante! ¿Qué se cuenta?

El saludado únicamente pudo con la venia contestar: buenas tardes, y dijo, para sí: “¡ha sido la hija del director del partido de Loja, del gobierno actual! ¿Por qué no fui a saludarlo allá en el carro? A este personaje lo puedo necesitar en algún momento; ¿qué tal si para estas elecciones es candidato por el partido y se va de diputado?”

Regresó a mirar hacia atrás, más por quitarse del pensamiento esas ideas, que por necesidad; observó que le alzaban la mano en señal de despedida final todos los personajes que estuvieron en la gobernación.

Cuando el gobernador entraba a su casa, oyó que su esposa le decía a uno de sus empleados: “cógelos, amárralos bien no te vayan a golpear con las alas”; entró rápido cruzó el zaguán y divisó a dos hermosos pavos que el empleado estaba terminando de atarlo a uno a la planta de un capulí.

Antes de saludar exclamó:

—¡Has comprado dos pavos!, otra vez incurres en gastos innecesarios. ¡Sabes bien que recién me nombran y aún no cobro este mes! ¿Para qué compras cosas que no necesitamos? ¡Explicame!

—Buenas tardes “mijito” —le contestó su mujer, y con voz tierna y coquetona agregó—: ¿esta será la hora de venir a almorzar?

Luego, besándolo en la boca y abrazándolo con la mano derecha por la cintura le dijo:

—Ven aquí, en el comedor tengo una sorpresa para ti; esta es una jaba de whisky marca Chivas, con esos dos pavos y dos sacos de arroz, te ha mandado a obsequiar un señor de la frontera, se llama... ¡ah!, por ahí dejé la esquila con el nombre y la firma, en la mesa del comedor está.

El gobernador tomó y extrajo la esquila y leyó: “Para el señor Gobernador de Loja, con todo respeto; de un amigo de la...” No la leyó más porque su mano derecha la arrugó botándola al suelo.

Ella preguntó:

—¿Sí te gusta el regalo...?

Pero la empleada les interrumpió diciendo:

—Ya calenté el almuerzo, son las dos de la tarde y aún ustedes no han comido.

—Sí hijita, sirve nomás —dijo el ama de casa.

Sentados almorzando, él estaba terminando de contar de los 1.500 quintales de café detenidos en el recinto militar y de la sesión que tuvieron, cuando el teléfono sonó en la sala.

La empleada, rápidamente fue a contestar:

—Aló, buenas tardes, aló.

Del otro lado dijeron

¿Quién cogió mi café?

—Sí, aló, ¿con la casa del “señosh gobernadosh” de Loja?

—Sí señor.

—Por “favosh”, llamo de Quito, ¿está él?

—Sí, aquí se encuentra —contestó la empleada.

—Que se digne “atendeshme, un momentito.

—“Ahoritas” le aviso, no vaya a colgar —dijo la sirvienta.

No cruzaba el umbral de la puerta del comedor, bruscamente la señora le increpó, con términos fuertes:

—Sabes “chinita” que cuando el doctor está almorzando, no atiende a nadie, sea quien sea; trabajas más de siete años con nosotros y no te “avispas”, ¡tú eres el colmo! Anda y dile que no puede contestar la llamada, que lo llame más tarde, que recién llegó de la oficina y está almorzando.

La empleada salió tras la orden sin decir nada, pero el señor gobernador le preguntó con voz fuerte:

—¿Quién me llama?

—No sé doctor —contestó, sin regresar a verlo, con la cabeza agachada—, pero es de Quito.

—¡Ah!, entonces voy a contestar, has de avisar que me llaman de Quito.

Con toda rapidez se dirigió al teléfono y dijo:

—Sí, buenas tardes.

—¿Con el “señosh gobernadosh” de Loja?

—Sí, con el mismo.

—Discúlpeme, le habla el “ministsho” de defensa nacional.

—¡Cómo está señor ministro!... No he tenido la oportunidad de conocerlo, pero estimo que esto sucederá lo más pronto, ya que iré a la capital de la República en menos de un mes y deseo darme una vueltita por su oficina, porque usted no ha de venir acá a Loja...

El ministro le interrumpió diciendo:

—Vea, conozco algunos cantones de la provincia, como Calvas, Espíndola, Zapotillo y, es más, recientemente estuve en el cantón Macará, ahí pasa mi hijo, que es subteniente del ejército y estuvimos en la fiesta de unos novios y conocí a muchas personas, allá tengo varios amigos, como es el “señosh” que ahora tiene el inconveniente, él me ha llamado hoy, es decir me ha estado tratando de localizar desde la semana pasada y me conversó sobre el problema que se le ha presentado y que usted lo conoce muy bien...

—Así es, señor ministro —interrumpió el gobernador.

—Vea, yo le pido de “favosh” que no les hagan problema a estos señores, son personas muy sencillas, “trshabajadoras”, no tienen en qué “trabajarsh” y son honestas; si no es “drshoga” lo que “trshaen”, ni cosa por el estilo, qué “mejosh” que “entrshen” los granos de Perú a nuestsho país, así hasta se abaratan las cosas ahorsha que es todo difícil y que muchos “prshoductos” han subido de prshecio, déjenlos que trshaigan...

—Señor ministro —dijo el gobernador—, el problema es que todos los papeles que ellos tienen y que los presentan en los controles de la policía, de la aduana, del ejército, son papeles falsificados —hizo una pequeña pausa y luego agregó—: además, los automotores con el café no están a mi orden, ni a órdenes de la aduana, ni de la policía, a ellos por casualidad los capturó el ejército en Cariamanga e informaron al general de la zona de Loja. A mí me hacen conocer, para que yo me haga cargo del asunto y busque la mejor solución.

—Vea... vea, “señorsh” “gubernadosh” —interrumpió el ministro—, entonces está fácil la solución, enseguida doy el mandato al comandante de la ciudad de Loja para que le “orshdene” al jefe “militarsh” de Cariamanga y le devuelvan el café a esta pershona, o si puedo yo mismo llamo al batallón.

—Esto se hace problema, porque ya conocen otras autoridades como el jefe de policía, de la aduana, del ejército y mi persona como representante del gobierno y esperemos que no se enteren los de la prensa, especialmente la que nos ataca con sus artículos y opiniones... Esto debemos manejarlo con mucha cautela, con mucho cuidado.

—Claro que vamos a buscar la mejor salida a este inconveniente, pero con todas las autoridades de Loja, —dijo el gobernador.

—Insistió el ministro, persho ya le estoy pidiendo de “favorsh” que solucionen el problema, junto con el resto de autoridades, porshque de parte de los militares no va a existir ningún problema y hagámoslo así, “señorsh” “gobernadorsh”, y si es necesario hablarsh con el “ministsho” de “gobiershno”, puedo “hacershlo” hoy mismo, porshque el interesado me ha indicado que va para los ocho días con este problema. Entonces —añadió—: del diálogo que tenga con el “ministrsho” de “gobiershno” le informarshé yo lo más prshonto y es mi obligación “hacershlo”, quedemos así..., poshr esto le “agrshadezco” infinitamente al “habershme” atendido, muchísimas grshacias, que tenga usted una muy buena tarshde.

El gobernador, amablemente contestó:

—¡Estoy a su orden señor ministro! Un gusto haberlo atendido, tenga usted también una muy buena tarde. Gracias, por llamarme.

La esposa, que había escuchado toda la conversación, comentó:

—¡Es el colmo que se estén metiendo en estos asuntos las autoridades de Quito! Mira “mijito”, estás recién nombrado y debes aprovechar todas las oportunidades que se presenten, ya que el partido te ha escogido y estás seguro en el cargo por la amistad que tienes con el presidente de la República; lo malo es que ya se le acaba el tiempo al gobierno, se vienen elecciones y tienes que dejar ubicando con nombramiento en buenos puestos a toda mi familia, a nuestros amigos, a tus hermanos, tenemos que aprovechar esta oportunidad, así como otros lo están haciendo. Te digo que el puesto que me ofreció el prefecto yo lo voy a aceptar —continuó—, porque es un trabajo que no se necesita mayores méritos y conocimientos, es más, no se hace nada, no tengo ni oficina, entonces no se trabaja y me ha dicho que sólo vaya a firmar todos los días la entrada y salida, que el cargo lo ha creado para mí, únicamente quiere que vaya a cobrar el sueldo

cada fin de mes. Mira como él hace las cosas, las hace muy bien. ¡Fíjate amor! Él sí queda bien, él sí “aprovecha” la ocasión y tiene a muchos de sus familiares, a todos sus agnados y cognados dentro de puestos muy importantes en la prefectura, en Predesur, en la dirección de educación, en los bancos estatales, más el cargo de su cuñado, que le diste como jefe político aquí en Loja, a ese que siempre decías que lo conocías, que era un vago, un borracho, sin aptitudes para desempeñar un puesto público.

Pero la empleada volvió a interrumpir diciendo:

—Doctor, le calenté nuevamente el almuerzo y le indico que el chofer está esperándolo por más de una hora.

—Sí, gracias “chinita” —respondió simplemente el gobernador, dirigiéndose a almorzar sin hacerle caso a su esposa, dejándola plantada.

Mientras tanto, ésta le increpó:

—Sí, sí, me dicen que eres un cojudo, porque siempre cuando se trata de la familia no haces nada por ubicarla, todos dicen que no has aprovechado, ¿no ves como todo el mundo ha hecho dinero, ha comprado casas aquí y en algunas partes del país, tienen fincas, buenos carros, mucho dinero en el banco, cuando se ha metido a la política?

Él no le contestó, miró el reloj y eran las 15h30, comió apurado casi ignorando la presencia de ella; pero al salir se despidió besándola en la boca y agregó:

—Chao vieja, no te desesperes, yo también he estado pensando en todo lo que tú has dicho.

Rumbo a la oficina, el gobernador pensó en buscar una solución al problema del café detenido. Se decía, entre sí, “les exijo dinero, o doy nomás la orden para que lo lleven a Guayaquil, o les hago participar a todas las autoridades y les voy a pedir a los contrabandistas 6.000 dólares y ahí les reparto”. Quería sacar provecho de esta circunstancia, ¿pero qué pasaría si el señor ministro de defensa o de gobierno se llegara a enterar? “Y, si no cobro algo, mi esposa ahí sí me va a decir que soy un tonto”. Estuvo buen rato queriendo hallar respuestas a esas ideas en su cabeza...

El chofer le interrumpió y dijo:

—Señor gobernador, María Gardenia está indicando por la ventana que tiene una llamada telefónica.

—Sí... sí, gracias, dígame que ya voy a contestar, que me espere unos segundos —habló sacudiendo la cabeza, cerrando y abriendo los ojos.

Cuando llegó a la oficina, María Gardenia simplemente le dijo:

—¡Ay... se cortó la llamada!

—¿Quién era?

—Era la secretaria del ministro de gobierno y preguntó por usted, yo le manifesté que en este momento estaba acabando de llegar y que ya venía a contestarle, que espere un ratito y “ahoritas” que vengo a comunicarle se ha cortado la comunicación.

—Espere, que ya ha de volver a llamar, estas líneas telefónicas son muy malas en nuestro país —dijo el gobernador y de inmediato pasó a su oficina.

—Ya le informo doctor si vuelve a llamar —expresó la bella secretaria.

El gobernador estaba firmando nombramientos de algunos servidores públicos. Y también iba leyendo las recomendaciones y pedidos de los diputados, de algunas autoridades locales, los recomendados de los miembros del partido...: este es pedido por el diputado que le dicen el “chazo”, que se vaya entonces de jefe político de este cantón..., esta es una recomendación del director del partido de gobierno, que se vaya a trabajar. Así estaba legalizando muchos nombramientos, pasaportes y otros documentos; su mano derecha estaba adormecida por tantas firmas cuando sonó el teléfono, rápidamente lo cogió y dijo buenas tardes, pero ya contestó la secretaria por la extensión.

—¿Quién llama, María Gardenia? —preguntó el gobernador.

—Doctor, le paso la llamada, es mi papá, pero le pido un favor, deme permiso nuevamente mañana, porque no pude dar el examen en la universidad; pese a

que hoy le esperé al profesor desde las siete y treinta hasta las nueve y media, el docente no llegó, pero voy a presentarme nuevamente a la prueba mañana.

—¿Va a tomarse toda la mañana?

—Sí —contestó ella.

—Vaya, vaya nomás y póngalo a su papá para oír qué me dice.

—Muchas gracias doctor, replicó la bella secretaria.

Y él escuchó:

—Buenas tardes, ¿tanto trabajas? No te pueden encontrar, ¿qué haces?

—Hoy tuve una sesión hasta más de las trece horas y con todas las autoridades civiles y militares —respondió el representante del gobierno—, se trató sobre el contrabando del café.

—Oye, también tuve dos llamadas telefónicas muy importantes: la una, del líder máximo del partido. Mira, el ingeniero me ha ordenado que yo vaya encabezando la lista de diputados y me ha pedido que arme todo el cuadro para las diferentes dignidades; te cuento que también los ha llamado a los que estaban el otro día por los medios de comunicación haciéndose pasar como representantes y candidatos únicos de nuestro partido. Ha estado bravísimo con ellos y sé que los ha mandado al diablo.

—¿Qué les diría!? —curioseó el gobernador.

—No sé, pero esta noche tienes que estar de mi lado, conversé con algunos del partido y están de acuerdo: el prefecto, el intendente de policía, el director de PREDESUR, el director de educación, los gerentes de los bancos estatales, los ex diputados, todos han prometido ayudarme con bienes y persona.

—¡Qué bueno! ¡Te felicito! —contestó el gobernador.

—Fíjate qué coincidencia —interrumpió el director del partido—, ahora mismo que tenemos la reunión más importante en nuestra organización, tú estás a

todo entregar nombramientos y contratos para algunos puestos de trabajo en el sector público; esto es una ventaja para nosotros, porque vamos a tener gente más comprometida que nos van apoyar esta noche, para esto tienes que ir con toda la familia, con tus vecinos, de ser posible llévalos a todos los que puedas, aunque sea pagándoles, la directiva del partido te reconoce todos los gastos que realices... ¡Ah!, también me llamó el ministro de gobierno. Dice que todo lo conoce porque el ministro de defensa le ha llamado, y te pide que no hagas problema; además, que tú ya sabes que el café detenido en Cariamanga está a órdenes de los militares y que el comandante máximo del ejército ya ha ordenado a los subalternos de Loja y de Cariamanga que devuelvan el café a los contrabandistas, sin pedirles ni cobrarles nada.

Luego de una breve pausa, prosiguió:

—Así es, hombre, tú mi hermano no tienes más que cumplir con las decisiones, aquí apareces como que estás haciendo problema y vas a quedar como el malo de la película.

—Verás —explicó el gobernador—, el asunto se complicó porque los militares no han podido resolver este asunto, tenían que devolver el café y eso era todo; pero lo ponen a mis órdenes, comunican al jefe de la policía y a otras instituciones, de esto está enterado ya casi todo el mundo, y de parte de los contrabandistas hay situaciones muy complicadas, como suplantación de firmas, utilización de sellos de algunas instituciones públicas, intento de soborno y posiblemente soborno; hay cosas graves, delicadas, esto no puede ser, esto como tú sabes es penado por las leyes de la República.

—Después te indico lo que tienes que hacer, por ahora tengo que preparar con el secretario del partido el libro de actas, para ver los trabajos de las comisiones, elaborar el orden del día; te dejo, nos vemos más tarde, quedemos así, esta noche no falles, te esperamos, hasta luego.

Eran las ocho de la noche. En el local del partido la gente no entraba, pese a que había dos salones de cuarenta metros cuadrados cada uno. Estaban todos los afiliados que habían sido convocados, concurren algunos amigos y simpatizantes del partido, fueron muchas personas que buscaban trabajo, otras con carpetas repletas de documentos de cursos realizados, con las recomendaciones de algunos dirigentes; y, lo que más llamó la atención fue la

llegada del gobernador, ya que lo acompañaban unas treinta y cinco personas, incluidas todas aquellas que en esa tarde les había firmado contrato a unos y nombramiento a otros. Aún no se saludaba con todos, ni terminaban de entrar al local dónde estaban reunidos...

Entonces un grupo de personas gritaron: “¡Abajo los oportunistas! ¡Abajo los divisionistas del partido!” Unos pocos los apoyaron con aplausos, con gritos y silbos.

El director del partido con voz muy fuerte dijo:

—Gracias, muchas gracias, amigos y compañeros, por concurrir a esta cita, comencemos esta sesión muy importante —empezó la gente a callarse para escucharlo—. Antes que nada deseo saludarlos a todos y agradecerles por venir aquí —se lo notó nervioso—. Quiero manifestarles que hoy he recibido una llamada del líder máximo de nuestra agrupación; él, desde la ciudad de Guayaquil, me ha otorgado todas las atribuciones para que yo elabore en esta noche la lista de los candidatos para todas las dignidades de elección popular de la ciudad y provincia de Loja, pero he creído conveniente hacerlo democráticamente con la participación de todos ustedes. Y es más, me ha pedido, porque el ingeniero me conoce y me tiene mucha confianza, por eso él ha decidido y me ha solicitado, para que yo encabece la lista de los futuros diputados de nuestro glorioso y querido partido, de Loja.

Inmediatamente fue interrumpida su intervención, con gritos, bullas, silbos. El director del partido se puso de pie y dijo:

—¡Por favor!, ¡por favor! A esos compañeros que han venido a portarse mal, a chiflar, a gritar, a pifiar, que sean más caballeros, que si tienen algo que decir, que lo digan ahora y que muestren la cara al público; pero que no se escondan en la oscuridad de la noche, o detrás de otras personas, para expresar lo que no pueden hacerlo de frente y no tienen la altivez suficiente para decir lo que piensan. Que sean sinceros, que sean honestos, después van a los medios de comunicación a decir que ellos son los representantes de nuestra gloriosa agrupación, que son candidatos del movimiento, que tienen el respaldo de todos nosotros, con la finalidad de dividir nuestra agrupación política. ¡Ahora que vamos a elegir nuestros postulantes, debemos estar más unidos!

Su nerviosismo era evidente, pero interrumpió una voz diciendo:

—Esta noche deberá elegirse aquí en este recinto, los candidatos para alcalde, concejales, prefecto, consejeros y a los tres candidatos a diputados y sus respectivos alternos, ya que esta noche es histórica, para Loja. ¿De qué nos ha servido a nosotros todo este tiempo tener a un compañero como presidente de la República, tener a un miembro del partido en la prefectura y más compañeros de nuestro movimiento en distintas instituciones públicas? Son otras las personas, ajenas a nuestra ideología, a las que les han dado trabajo y más favores; son otros los que se han beneficiado de nuestra lucha, de nuestro esfuerzo y de nuestra actividad política; así han sido las cosas para nosotros, esa es la cruda realidad amigos y compañeros.

Nosotros recomendamos a un compañero o amigo de nuestro movimiento, para un puesto y no son atendidos esos amigos o compañeros, no son tomados en cuenta nuestros parientes, y son los mismos de siempre que nuevamente quieren hacer o presentar una lista, a lo mejor hecha al apuro, realizada entre gallos y medianoche en la casa del señor director del partido, o en la del gobernador. Aquí no se ha respetado todos los puntos del orden del día que estaban en la convocatoria, se ha iniciado directamente por el segundo punto, que es la de elegir candidatos para las dignidades y no se hará nada más que eso.

Un grupo de unas cincuenta personas irrumpió con fuertes aplausos y algunos gritando en coro dijeron:

—¡Bravo! ¡Así se habla, carajo! ¡Viva nuestro glorioso partido! ¡Viva el señor presidente del Ecuador! ¡Qué vivaaa!

Se quedaron callados sobre la moción de respetar el orden del día de parte del individuo que habló sin solicitar la palabra, no tuvo el respaldo mayoritario suficiente y nadie se pronunció sobre este asunto ni en favor, ni en contra y, el que intervino no insistió.

Inmediatamente el director del partido levantó su mano derecha con la palma al público, por unos dos minutos, en señal de espera; así consiguió dejar a un lado a todos, volviendo el silencio, y habló:

—Compañero, ¡por favor!..., debe pedir la palabra; usted me ha interrumpido para lanzar sus exabruptos; ¿qué culpa tengo de que nuestro jefe máximo me pida que elabore la lista que terciará en las próximas elecciones?, es una orden que debemos cumplirla. Entonces lancemos nombres para las diferentes dignidades y se acaba el problema —Opinó el director.

El director del partido estaba seguro que si nominaban precandidatos para las diferentes representaciones, les ganarían, porque ellos tenían más partidarios y amigos que estaban ahí presentes y se habían comprometido sinceramente en apoyar a los que dirigían actualmente la tienda política, es decir, tenían la sartén por el mango.

Todos los bullangueros querían boicotear la reunión a como dé lugar y propusieron, gritando, que se postergue la reunión para ocho días y que en este tiempo se entreguen las cuentas de los ingresos (aporte económico de los amigos y socios del partido) y de los gastos, informe de las actividades que se han realizado, se elabore un plan de trabajo como propuesta del partido y se analicen varios nombres de los posibles candidatos que van a terciar en las próximas elecciones para las diferentes dignidades. Con aplausos y silbos se hacían escuchar.

En ese instante la sesión se convirtió en un caos; todos hablaban, nada oían, ni escuchaban, tampoco hacían caso a nadie, solo se oía gritos descomedidos, acusaciones y risas forzadas de algunos individuos. Se pudo evidenciar fácilmente la existencia de dos grupos muy diferenciados que poco a poco, en el transcurso de la reunión, se fueron estableciendo y querían imponer sus criterios sin tener la razón, solo con mutuas acusaciones, con fuertes gritos, con bullas y vociferaciones.

El director del partido, pedía silencio:

—¡Callen, siéntense por favor! —decía, no le atendían.

Todo era imposible para calmar el vocerío. Entonces hizo una pausa cerca de medio minuto, solo levantando su mano derecha con la palma al público. Luego, dijo:

—Sí, sí, un momento, un momento por favor. A ver, señor gobernador, tiene usted la palabra, quizá a su autoridad lo dejen hablar y lo escuchen.

El aludido levantando las dos manos más arriba de su cabeza y con las palmas hacia el público, gritó:

—¡Unámonos, compañeros, unámonos!, porque unidos somos fuertes, porque unidos somos inderrotables. Les pido calma a todos, reflexionemos sobre nuestras actitudes, seamos coherentes, tenemos que ser pacientes, tenemos también que saber escuchar, para luego entregar nuestros criterios, que seguro sabemos que son muy sentidos por ustedes, pero guarden la compostura y pido la tranquilidad de todos los que estamos presentes aquí. Si este acto lo vieran nuestros enemigos como los de la Democracia Popular o los de la Izquierda Democrática, la lista diez, la de los pobres, los de la extrema izquierda, el inefable del C.F.P., estuvieran contentos, felices, risueños, con gusto de tenernos aquí peleándonos entre nosotros mismos, en total desacuerdo y divididos; con la división perdemos nosotros, nadie más pierde. Creo que estamos desperdiciando el tiempo. Aquí estamos para cumplir una misión encomendada por nuestro líder máximo a nuestro director provincial del partido, y para que esto se cumpla, para que esto suceda, debemos estar unidos como una sola familia, unidos como la uña a la carne, unidos como los matrimonios felices, unidos como los soldados en guerra, unidos fervientemente como cuando hace un gol nuestra selección de fútbol y todos lo cantamos vehementemente al unísono, unidos como un partido grande que somos, como un partido político valiente, inteligente, que gobierna eficientemente al país y que lo estamos conduciendo por los derroteros del progreso, del desarrollo y del bienestar de todos los ecuatorianos. Mi propuesta es que se conforme toda la lista de candidatos en esta noche, porque para eso hemos venido; y, no perdamos más tiempo, porque son más de dos horas que nos encontramos aquí y no hemos hecho nada más que recibir insultos, acusaciones, burlas, algo muy delicado y muy penoso para todos los presentes, ya que somos parte de este gran partido político que gobierna nuestro hermoso país.

Quiso dar las gracias y los aplausos no se hicieron esperar. Y los que más alegres estaban eran aquellos que lo acompañaban al gobernador, porque repitieron los aplausos en agradecimiento al nombramiento otorgado o al contrato firmado a cada uno de ellos, ya que habían asistido con sus amigos, familiares y más personas interesadas que deseaban afiliarse al partido de gobierno y hacerse

carnétizar para poder conseguir trabajo, porque era un requisito en esos tiempos mostrar la credencial de afiliación del partido para obtener un trabajo.

Pese al pedido de unidad, de respeto y calma de parte del gobernador, continuaron las discusiones, los desacuerdos y las polémicas; pero al final, se propusieron los nombres de los candidatos a las diferentes dignidades; entonces emprendieron el retiro algunos activistas a sus hogares, por lo avanzado de la noche unos, otros más por divergencias, y se logró al fin estructurar la lista conforme lo deseaban el director del partido y el señor gobernador.

De esta manera se cumplió con el pedido del líder máximo e inmediatamente los candidatos invitaron a departir con buenos licores y luego pidieron a las pocas personas que se habían quedado, para que los acompañen a sus casas; eran las dos horas del nuevo día, recién se sentaron juntos el gobernador y el director del partido. Éste, muy contento, le agradeció por el apoyo y dijo:

—Tienes que acompañarme a mi casa, ahora mismo; no me dirás que ya es tarde. Hoy nos amanecemos festejando en mi casa.

El invitado, muy limitadamente contestó.

—Gracias, cuasi diputado; desde hoy para mí eres diputado por Loja, gracias, pero carajo vamos rápido.

A la casa del futuro diputado solo llegaron los dos, y en la lujosa sala el anfitrión abrió un estante donde había unas 30 botellas de diferentes clases de whiskies y preguntó:

—¿Quieres tomar Chivas, Presidente, Johnny Walker? A ver, elige.

—Carajo, hombre, no hagas bulla y destapa cualquiera porque ya mismo amanece y verás que tengo que asistir a la oficina, me toca ir directamente de aquí a la gobernación, porque soy el representante del gobierno en Loja, sin mi presencia la gobernación no funciona —él estaba embriagado.

—Y sin mi presencia, sin la tuya y de muchos miembros en el local del partido esta noche, se hubieran salido con la suya estos divisionistas y oportunistas, ¡qué idiotas oye! Sólo con bulla y gritos por un momento tuvieron boicoteada

la sesión, me pusieron muy nervioso, te juro que yo no sabía qué hacer. Pero tu intervención fue genial, fue tan oportuna, nunca te había oído tan elocuente, tu discurso fue tan convincente, por eso te agradezco mucho mi hermano.

—Es que eso teníamos que decirles, llamarlos a la unidad, al respeto, a la paz, a la comprensión, ahora que ya se vienen las elecciones, —dijo entre borracho y dormido el gobernador—. Pero se dieron con la piedra en los dientes estos brutos...brutos.

Era cerca de las ocho de la mañana y el dueño del café, que recién llegaba de la frontera, estaba esperando que abran las oficinas de la gobernación; se paseaba por las afueras de la misma, miró la hora y apenas habían pasado quince minutos, cuando oyó los pasos de alguien que subía las escaleras; observó hacia abajo y vio que apresuradamente un individuo venía con unas llaves en la mano, casi se paró frente a él; sin mirarlo y sin prestar atención a quien lo saludaba, rápidamente empezó a desechar llave a las seguridades de las puertas de algunas oficinas.

Seguía en su tarea cuando fue interrumpido por una pregunta del señor del café.

—Disculpe, ¿a qué hora llega el señor gobernador?

Sin mirarlo, sin dar importancia a quien preguntaba, contestó:

—No sé a qué hora vendrá hoy, tal vez en una hora, en dos, él no tiene un horario establecido, no sé señor.

E inmediatamente se metió a una oficina y no vio el señor del café, de dónde sacó una escoba y una franela y se puso a barrer todos los ambientes. Lo que más le llamó la atención al dueño del café, era que este empleado sólo barría ciertas partes del local, donde había más basura, luego pasó a la otra oficina y así mismo en ésta aseó la entrada y pasó muy superficialmente la franela por los archivadores, escritorios, máquinas, teléfono y mesas.

“¡Qué fácil que se gana el dinero este caballero!”, pensaba para sí. El trabajo del mismo casi le causaba risa, porque tal vez se demoró en asear las oficinas un

cuarto de hora; con su rapidez en el barrido, lo que había hecho era levantar mucho polvo en aquel sitio.

Estaba tan concentrado el que esperaba al representante del gobierno, que no se percató de la llegada de una mujer. Entonces solo pudo oír el saludo de la dama, que estaba parada en la puerta.

—¡Buenos días! Mucho polvo, ¿si hay como ingresar?

—Un momentito niña María Gardenia —pudo con dificultad escuchar ella.

—¿Ah, usted?! ¿No tenía toda la mañana permiso para dar el examen en la U?
—expresó quien realizaba el aseo.

—Sí, pero una compañera me comunicó que la prueba será en la tarde, así es que después de las doce ya no vengo a trabajar, porque tengo que dar la prueba que está pendiente.

—Ya mismo la dejo entrar a su oficina —dijo, mientras limpiaba y ubicaba en su lugar algunas máquinas y sillas, muy apurado.

—Está bien —contestó ella, que se encontraba tan cerca del dueño del café.

Éste muy caballerosamente intervino:

—Buenos días señorita, ¡disculpe señorita!, ¿a qué hora viene el señor gobernador?

—Ya mismo llega, espérelo un ratito, ya no más viene. ¿Desea conversar con él mismo o solamente quiere alguna información —preguntó ella, muy amable y sonreída.

—Es con él personalmente que debo conversar —contestó titubeando el aludido.

—¿De qué asunto será? Yo a usted no lo he visto. ¿Qué, ha solicitado algún servicio en esta oficina?

—No, no, es un asunto que sólo él me lo tiene que solucionar —respondió displicentemente quien lo esperaba, con la mirada muy fija hacia ella.

—Ya son las nueve de la mañana, espérelo, ya mismo llega —dijo ella mirando su reloj; inmediatamente se dio media vuelta y caminó hacia la oficina.

El dueño del café, asombrado se quedó por la indescriptible belleza interna y externa de la mujer que acababa de conocer; no podía describir muy bien la lozanía de su tez, el perfil de su cara, la mirada dulce de sus ojos y los cabellos negros caídos hasta los hombros; se quedó anonadado de la esbelta figura, del donaire, del talle de la linda secretaria. Pensó para sí, “¡si esta chica me hiciera caso, no me importaría quedarme sin mis carros, sin mi café, le regalaría todos mis bienes, dejaría a todas las otras mujeres que tengo y a mi familia!” Inmediatamente la siguió hasta una silla giratoria donde estaba sentada, frente a un escritorio.

Antes de hablarle, él observó por su escote el sostén negro que fácilmente se distinguía del color casi amarillo de su vestido, le miró a los senos redondos que uniformemente se movían en forma provocativa para él, y se imaginó cómo reaccionaría frente a las caricias y besos, cómo sería en el lecho del amor. Pensó en la finura de la cintura, en acariciar y besar aún su duro busto y dejarla sin ninguna prenda. ¡Sería irresistible, sería indescifrable el amor, el deseo, la pasión, el placer que sentiría!

Ella casi lo asusta cuando lo devolvió a la realidad:

—¿Qué desea?

—Ah..., mire... “se-ño-ri-ta” —titubeó vacilante—, ¿puede... decirme... si el señor gobernador me aceptaría un regalito?

—No sé, depende de él —contestó María Gardenia.

—Y usted, ¿me recibiría un obsequio que le traigo desde la frontera?

—¡A mí!, ¿a mí? —su rostro enrojeció—... Y ¿por qué a mí? —le preguntó, mirándolo fijamente a la cara.

—Para que me ayude en unos trámites que debo hacer aquí cuando venga el señor gobernador —dijo el dueño del café, ya más tranquilo—; le he traído dos sacos de arroz del bueno, de ese criollito, para que se sirva con su familia, así es que deme su dirección exacta que yo mando a mi chofer a dejarlos en su casa.

—¡Ah, sí, mi dirección!— contestó ella aún ruborizada.

—Sí, anótelas en un papelito que mi chofer llega adónde sea —insistió muy contento él.

María Gardenia, incrédula o emocionada, entregó la dirección de su vivienda, y el dueño del café fue a dejársela a su chofer, diciéndole:

—Deja dos quintales de arroz en esta dirección.

—Van a ser las diez de la mañana estoy con hambre y frío, ¿por qué no nos vamos a desayunar? —propuso el chofer.

—Está bien —contestó el dueño del café.

Desayunaron rápidamente, y el de la frontera veía que el retiro de su café aún era incierto, no llegaba el gobernador, ya era más de las diez de la mañana y no había podido realizar ninguna gestión todavía.

Quería o tenía que hablar con un abogado, pero especulaba que las cosas podían empeorar o complicarse, porque este tipo de profesionales cobran bastante dinero y él no deseaba que se entere de este asunto la Corte Superior de Justicia de Loja; a los jueces se los puede comprar fácilmente, ellos sí reciben dinero, siempre se los compra con los billetes, pero... ¿cómo haría llegar el dinero al juez? “Es muy posible que me resulte más económico arreglar sólo con el gobernador y no con algún juez también” —caviló.

Le interrumpió el chofer, levantándose y diciendo:

—Nos vamos a dejar los dos quintales de arroz en casa de la secretaria, o usted se queda en la oficina del gobernador, porque en cualquier momento puede llegar y aproveche de una vez para que converse pronto y regresarnos a la frontera, porque con este frío yo no puedo vivir.

—¡Déjame en la gobernación!, tú encuentras la casa donde vive la secretaria y le entregas a la familia, y los cuatro sacos de arroz que sobran y el resto de las jabas de whiskies, cuídalas, que eso a lo mejor lo necesite para el resto de autoridades.

Nuevamente el dueño del café regresó a la gobernación y la secretaria estaba muy ocupada atendiendo e informando a algunas personas, pero, mirándolo a él muy risueña dijo:

—Espérelo nomás señor, de un momento a otro llega el señor gobernador; siéntese por favor, ya lo llamo por teléfono para preguntarle a qué hora va a venir a la oficina, porque hay algunas personas que están esperándolo por más de dos horas y estoy segura que tiene muchos casos que resolver.

Al marcar el número telefónico de la casa del gobernador, éste sonaba ocupado, porque justo en ese momento estaba conversando con el ministro de gobierno, quien enfáticamente le manifestó:

—Por favor, arregle rápido esto o devuélvales el café, este asunto se puede complicar, no podemos dilatarlo más, especialmente porque es un trabajo realizado por los militares y he conversado con el ministro de defensa y él y sus hombres están de acuerdo con la devolución del producto. Usted bien sabe que casi en las fronteras de todos los países del mundo, así trabajan nuestros habitantes; esto lo han hecho por cientos de años y lo vienen realizando de generación en generación, ante la falta de trabajo que existe todo el tiempo, y ningún gobierno ha podido controlar, peor erradicar el contrabando. Aunque el nuestro diga lo contrario, este asunto queda cerrado y no quiero volver a hablar más de lo mismo, perdóneme que tengo que colgar mi teléfono porque debo asistir a una sesión inmediatamente, buenos días.

—Que tenga un hermoso día, señor ministro —contestó el gobernador.

La secretaria, que estaba menos atareada, tomó por tercera vez el teléfono; antes de marcar dijo así al dueño del café:

—Es la tercera ocasión que marco y ojalá esté allí el señor gobernador y me conteste, o posiblemente siga ocupado... Quién sabe si ya salió y está por llegar lo más pronto. Señor, y usted ¿qué desea conversar con él? ¡Cuénteme por favor!, ¿de qué se trata? —inquirió la funcionaria, con rostro afable.

—Es... que, verá... Si haya sabido usted, hace ocho días capturaron unos carros con café y yo soy el propietario —contestó con dificultad.

—¿Café? —dijo con duda la secretaria—. ¿Cómo fue?

—Es que nosotros lo traemos de Perú, por eso me lo tienen en el cuartel de Cariamanga, ya mañana van a ser nueve días y ahí están los carros con el café, detenidos y están a cargo del señor gobernador...

—Ah, sí —interrumpió ella cuando el timbre del teléfono la hizo saltar. Y procedió a contestar.

—Gobernación a la orden.

—Hola “mija” —era el papá de María Gardenia—, oye, te mandan a regalar dos quintales de arroz, ¿cómo es esto?

—Sí papi, te contesto mejor por la extensión, no vayas a cortar, que ya te explico.

Se dirigió a otra oficina y pudo hablar sin que nadie la oyera (especialmente no debía escuchar el dueño del café).

—Mira papito, ese arroz me lo regala un señor que tiene detenido un poco de café en el cuartel de Cariamanga y está que lo espera al gobernador desde muy temprano y él hasta ahora no llega, yo no sé por qué demora tanto.

—Oye, ¿está ahí el señor del café? —preguntó el padre de María Gardenia, que era el director del partido y candidato a diputado.

—Sí —dijo ella—, el pobre quiere que le ayude rogándole al señor gobernador, para que le devuelvan sus saquitos de café.

—¿Sí sabes “mija” cuántos quintales de café son?

—No —contestó ella secamente.

—¡Mil quinientos quintales! —dijo casi gritando.

—¿Qué, tantos?! —contestó muy admirada.

Fue entonces que el conserje interrumpió:

—Gardenia, llegó el jefe.

Y ella le dijo a su padre:

—Ya vino el gobernador.

—Dile “mija” que me llame enseguida, por favor no te olvides de decirle, chao, nos vemos en casa.

El dueño del café no se había dado cuenta del ingreso del esperado, ni de cuantos empleados trabajaban en la gobernación; sólo pudo evidenciarlo cuando casi todos fueron a saludarlo y a pedir que se les dé audiencia a sus amigos, a sus recomendados y otros por hacer firmar algunos papeles, pasaportes y nombramientos; al último asomó María Gardenia, la misma que pasó directamente al escritorio del gobernador.

El jefe demostraba un semblante pálido, sus ojos sanguinolentos; sus manos temblaban igual que su pluma cuando firmaba los papeles; de su frente, nariz, mentón, cuello y espalda emanaban cada vez más gotas de sudor, no se quitaba el saco únicamente para que no se dieran cuenta de que estaba empapado, también sus pantorrillas y muslos estaban transpirando. Luego, con mucha dificultad, terminó de firmar y dijo en son de broma:

—Qué “chuchaqui” para feo, ¡qué dañina es la bebida! ¡Los humanos, yo no sé por qué ingerimos alcohol! —algunos empleados y más personas se reían e iban saliendo de la oficina.

Hasta que un desconocido, desde la puerta, dirigiéndose al gobernador le dijo:

—Debe usted señor gobernador, curar el malestar del “chuchaqui”... A ver, le doy la receta de las tres ces: cómase un ceviche, que le cuenten un cacho, la última “c” la consigue usted —luego, riéndose, salió de la oficina.

El aludido contestó con carcajadas casi por un minuto, pero el esfuerzo hizo que sudaran más sus axilas, su espalda, sus brazos y manos, pensó en salir al baño para controlar su problema.

María Gardenia casi estaba junto a él, por la parte posterior, muy cerca de la oreja con voz baja le dijo:

—Está esperándolo toda la mañana un señor que dice que tiene unos quintales de café detenidos en Cariamanga.

—Hágalo pasar. ¡Oiga, espere!, a las otras personas que me están esperando indíqueles que no voy a atender porque tengo un asunto muy delicado y serio, que regresen en la tarde o mañana, o usted, ahí dígalas cualquier cosa, pero convénzalos.

La secretaria, a cada uno les fue dando el mensaje y todas las personas se fueron retirando; no faltaron algunos ruegos, súplicas y hasta signos de incomprensión y rabia por la decisión del representante del gobierno, de no atender a muchas personas que tenían asuntos pendientes por algunos días.

En la sala de espera solo quedaron María Gardenia y el dueño de los 1.500 quintales de café, quien simplemente había estado observando todos los movimientos, los delicados gestos, la dulce sonrisa y la forma cómo persuadió a muchas personas para que abandonen la sala, con voz suave, mensajes claros, concisos y las promesas de ella para ayudarlos en la próxima oportunidad cuando vuelvan a esa dependencia. El dueño del café empezó a sentirse muy atraído, ilusionado, o tal vez prendado de la hermosa secretaria.

Según él, tenía todas las armas para enamorarla, era un empresario de éxito, controlaba casi el sesenta por ciento de todo el contrabando de granos de la frontera, también era dueño de varias acciones del servicio de transporte pesado, el servicio hotelero y el cambio de monedas, actividades que le dejaban muchas ganancias, y otros ingresos que recibía por arriendo de algunos inmuebles y varios locales comerciales.

Pensó que invitándola a almorzar sería el inicio de una relación para poder conquistarla y se dirigió a ella muy resuelto, para invitarla a comer:

—¿Puede aceptarme un almuerquito? Podríamos ir a cualquier salón, dónde usted se sienta contenta.

Ella escuchó muy bien la propuesta, pero sonrió e inmediatamente contestó:

—El señor gobernador está dispuesto a atenderlo, vamos, lo acompaño para dejarlo en la oficina —entonces él salió de su letargo, había estado como ensimismado y en ese instante recordó que deseaba conversar con el gobernador y había llegado el momento de exponerle su problema, luego de tanta espera. Él solo pudo decirle:

—Gracias, señorita.

Ella se quedó en el umbral de la puerta y habló:

—Señor gobernador, aquí está el dueño del café, que desea conversar con usted; sea buenito, ¡ayúdelo por favor! ¿Sí? Me retiro, ya es hora, en la tarde tengo el examen pendiente en la universidad, no vendré, hasta mañana doctor, mil gracias.

—Hasta mañana, María —contestó el gobernador.

El hombre que ingresaba saludó:

—Buenas tardes, doctor.

—¿Qué, más de las doce del día? —dijo el saludado, asombrado—. Buenas tardes, pase por favor.

En ese instante sonó el teléfono, contestó el gobernador:

—Sí, buenas tardes, aló, ¿con quién hablo?

—Hola, ¿qué tal los tragos de anoche? ¿No te han hecho algún daño? —dijo la persona que llamó.

—Sí, tengo un malestar en todo el cuerpo, estoy sudando, tengo sueño, pero en todo caso estoy atendiendo tranquilamente.

—Oye, recientemente te llamé y no llegabas, mi hija contestó y me indicó que ahí se encontraba el hombre duro del café, que te estaba esperando, ¿solucionaste ya ese asunto?

—En este momento justo voy a tratar este problema —explicó el gobernador—, el interesado está presente, quiero enterarme muy bien escuchando su versión.

—Mira, tengo un plan —le interrumpió el futuro diputado, padre de María Gardenia y director del partido de gobierno—. No arregles en este momento, dile que vuelva en la tarde y explícale que eso sí le vas a ayudar y que hoy mismo él lleva la orden para que retire el café del cuartel de Cariamanga.

De vez en cuando, el dueño del café oía que el gobernador contestaba:

—Sí, así es, así se hará, claro, tienes toda la razón, como tú digas se hará, no tengo ningún inconveniente.

El dueño del café miró por un momento al gobernador y mentalmente calculó que tenía unos sesenta años de edad, su color de piel blanca muy pálida, su cara ovalada, nariz prominente, cabellera negra muy rala, ojos sanguinolentos, vivaces, labios colorados y gruesos, su rostro le daba un aspecto de ser un hombre indolente, tosco y se imaginó que hasta necio. Pero el negociante de café ya le había hecho llegar un regalo y, es más, sabía que casi todas estas cosas se las manejaba así: con las mejores mentiras, con regalos, con las buenas palancas, con la humildad, con soborno y hasta con chantaje; conocía que todo dependía del gobernador y estaba ahora ahí dispuesto a pagarle lo que sea, a cumplir con lo que pida, con tal de retirar el café y los carros detenidos. Oyó nuevamente que el gobernador decía:

—Así es, ahora tienes muchos gastos para la campaña, mandar a elaborar los mejores afiches, utilizar buena pintura para realizar los murales en las paredes, en nuestras viviendas, capaz de llegar con una buena publicidad y propaganda a los votantes, formar comités en todos los barrios y entregarles regalos, licor; comprar votos! y hasta darles la comida; pero eso tiene su fruto, su objetivo, su recompensa económica, política y social muy grande y otras cosas más por el estilo, porque para mí ya eres diputado. Chao, chao, te espero a las catorce horas.

El representante del gobierno miró fijamente al dueño del café que estaba aún de pie frente a él: tez morena, cejas muy pobladas, pestañas largas y quebradas, boca grande, ojos negros apacibles, rostro casi redondo, muy alto, musculoso, sus extremidades superiores como su pecho estaban cubiertos de negros vellos, su camisa de mangas cortas casi abierta a la mitad apenas le avanzaba a cubrir su abdomen, dejaba a la vista su profundo tórax. Del cuello pendía un cordón de buen oro que bajaba casi a la mitad del pecho, sus manos adornadas por esclavas y en los dedos de la mano izquierda, a más de la sortija de compromiso que llevaba en el medio, en el anular traía un anillo, de unos cuarenta a cincuenta gramos de peso, con las iniciales indescifrables y el oro con toda seguridad era de veintiún quilates. El anfitrión aun mirándolo fijamente, dijo:

—Perdone, siéntese, siéntese por favor —casi ambos se miraron y se sonrieron, quedaron sentados frente a frente en sillones de madera curvada, tapados de cuero negro y asegurados con tachuelas del mismo color, apenas separados por una mesa de color café, cubierta totalmente por un vidrio.

Por un lado, la autoridad, el orden, el control, el representante del estado, del gobierno, el actor de la paz, el que respeta y hace respetar la Constitución de la República y las leyes del Estado, el que busca el bienestar del pueblo, el personaje honesto y honrado. Al frente, el representante de la inobediencia, la indisciplina, el desorden, el contrabando, el actor del soborno, del dinero fácil, de la falsificación de firmas, de sellos, del irrespeto, del engaño, el representante de los que no tienen trabajo, pero que siempre trabajan.

Por unos segundos hubo un silencio, hasta que el dueño de los 1.500 quintales de café habló más con humildad, o tal vez con todo el respeto:

—Señor gobernador... he venido para que me haga el favor de hacerme devolver... esos saquitos de café que están detenidos en el cuartel de Cariamanga y también... los carros; yo estoy pagando el flete de los automotores por los días que están ahí —siguió hablando, ya sin nervios—. Fíjese usted, además, pago interés de la plata que me la han prestado al chulco, al ocho por ciento mensual, y por esto voy a pagar fuertes sumas de dinero adicional, solo por los intereses; y, señor, usted no conoce que soy padre de ocho hijos, de esos, tres son casados que viven en mi casa y no encuentran trabajo, porque en la frontera no hay trabajo y solo se vive del contrabando.

—Pero saben ustedes perfectamente —interrumpió el gobernador—, que esto es prohibido por la Constitución de la República y más leyes y reglamentos que existen en el Ecuador. Conocen que están en vigencia leyes que regulan la importación y exportación, que para esto está el comercio internacional, que nuestro país puede realizar actividades comerciales y financieras con cualquier estado del mundo, excepto con la nación comunista de Cuba.

Ustedes conocen demasiado que pasar café en grano, o cualquier otro producto, de un país a otro, sin el permiso respectivo, sin autorización de las autoridades correspondientes, sin el control sanitario de la roya y, lo más grave, lo más peligroso, que nunca yo he visto, ni he escuchado siquiera, que alguien haya hecho lo que ustedes hicieron, falsificar o suplantar las firmas de todas las autoridades que tienen que ver con la concesión de los permisos. Incluso ponen firmas, utilizan sellos y elaboran documentos ¡Falsificados! Eso es grave, muy grave y puede cualquiera de las personas afectadas iniciarles una causa penal por este asunto tan delicado y todos ustedes pueden ir a prisión.

Muy confuso contestó el dueño del café:

—A usted, doctor, no le puedo mentir; habíamos estado sacando los papeles nosotros mismo, pero ocurre que los de la aduana querían mucha plata por hacernos pasar una mula de café, y para cada viaje teníamos que adelantarnos nosotros para negociar y luego, en cada control ver que todos los vehículos con la carga los dejen pasar, además nos hacían demorar mucho tiempo, pactábamos en un precio de 350 dólares, 550 hasta 600 dólares por mula o por viaje y a veces querían más, o se encontraban jefes nuevos en la aduana, entonces teníamos que arreglar nuevamente el precio y ya, con tantas trabas y demoras, salíamos perdiendo y eso era sólo en la salida de la frontera, la misma cosa era con la policía y algunas veces con los miembros del ejército; en los controles de Loja, El Oro y Guayas, éstos tienen otra tarifa más alta y son más exigentes y necios; en definitiva, todos nos cobran a nosotros, el dinero siempre sale de nosotros, se inventan cualquier cosa para sacarnos el billete.

Su autoridad ha de saber —dijo, haciéndole la venia—, ellos son los que siempre ganan, ellos nunca pierden, muchas de las veces los granos han bajado de precio, los que hemos perdido somos nosotros, las autoridades jamás, ellos quedan muy seguros con el dinero que nos han cobrado y nada más, cuántas veces nos han pedido de frente que les dejemos plata, aunque viajemos con los

carros vacíos, como si fuera obligación nuestra regalarles dinero cada vez que ellos nos solicitan.

Y prosiguió:

—Entonces, un buen amigo nos dio el nombre de una señorita que es hermana de un diputado de la provincia y ella se presentó, nos dijo que podía obtener permisos para llevar o traer productos de Perú, que tenía muchas influencias con todas las autoridades de Loja, que ella era muy conocida, que a ella las firmas de las autoridades no le cobraban ni un céntimo; así fue que nos empezó a sacar los papeles por algún tiempo y nosotros pagándole, cada vez le propinábamos más dinero y le pagaban otros negociantes de la frontera, también por cada viaje. A ella le fue muy bien, creo que habrá hecho bastante plata. Recién, cuando toman presos a los choferes con los carros, nos damos cuenta que todo lo realizado por ella estaba mal, que nos había estado engañando, que nos había estafado, que los papeles que nos entregaba o los permisos, no servían, que ella había estado falsificando todo, es ella la que tiene que responder por entregarnos y hacernos utilizar los sellos falsos, las firmas y papeles falsos. Ahora no se la encuentra, ahora nadie la ha visto, no responde a las llamadas telefónicas, ni en la casa, ni en su oficina, no conocemos su paradero —terminó diciendo el dueño del café, casi indolente.

—Es muy grave lo que usted me está manifestando, amigo —replicó el gobernador—, pero esto no lo exime de culpa, igual ha estado utilizando esos sellos y papeles falsos en beneficio propio, lo que no se puede ni pensar, peor aceptar esas cosas como autoridad que soy; creo que la ley debe sancionarlo por lo que ha hecho.

Pero inmediatamente le interrumpió el negociante de café, casi suplicándole:

—Yo le pido de favor que me ayude, con todo el respeto le digo que puedo colaborar o entregarle una ayuda económica o contribución, o un regalo a cualquier autoridad, posiblemente a alguna institución o persona que usted elija o nos diga, con el fin de recuperar el producto, pero ayúdeme. Imagínese, señor gobernador, si es que perdemos el café nos quedamos sin nada y endeudados, es lo único que tenemos para trabajar,...es que yo le envié a su casa un pequeño obsequio, con todo el respeto y puedo hacerme presente con más si usted,

doctor, me acepta; pero ayúdeme, se lo ruego, por favor, solo necesito de su ayuda, sé que todo depende de usted, mi café está en sus manos.

El gobernador estaba muy cansado, todavía transpiraba todo su cuerpo, aún no se abrigaba; su cara con su mano derecha se la frotó y bostezó, luego respiró profundo:

—Lo he escuchado y lo entiendo perfectamente, amigo.

Luego dijo:

—El café lo tienen los militares, pero lo ponen a disposición mía para que tome una decisión; sobre el asunto me ha conversado el ministro de defensa, que lo recomienda a usted y me ha dicho que le devuelva, el de gobierno me ha hablado de lo mismo, que lo ayude... —hizo una ligera pausa, se quedó pensando por un instante e inmediatamente agregó:— déjeme para definir este problema en la tarde, porque yo tengo que conversar y comunicarles a todas las autoridades locales para ver qué resolvemos, qué se hace, se le devuelve el café a usted, lo donamos a una institución pública, se lo incinera, o se lo saca a remate por medio de la aduana, ahí también usted puede rematarlo, porque siempre se remata todos los productos a muy bajo precio. Amigo, mejor vuelva, vuelva hoy a las cuatro y media de la tarde y ahí hablamos; de mi parte, no hay ningún problema, yo les devolviera ahora mismo, pero ya conocen todas las autoridades de la policía como del ejército, de la aduana y tengo que consultarles a ellos también; en la tarde ya buscamos la solución final a su problema, esperemos, esperemos para la tarde.

—¿Pero ya será definitivo? ¿Será algo seguro? ¿Su orden saldrá hoy mismo doctor? —lo inquirió el dueño del café, con tono suplicante.

—Ya le indico, por favor, vaya, almuerce tranquilo y luego viene a la hora que le dije —le tendió la mano y lo despidió.

El dueño del café, entre contento y triste llegó al sitio dónde estaba su carro, contento porque ya había conversado con el hombre que podía solucionarle el problema, porque según pudo notar, también esta autoridad era sobornable, porque cuando le habló de regalos, de colaboraciones, de ayudas, de donaciones y cuando le hizo acuerdo del obsequio que le había hecho llegar anteriormente,

no sintió ni demostró ningún escrúpulo en decirle que no. Entonces, subió al carro y sin pérdida de tiempo al chofer le dijo:

—Vamos urgente a la casa del gobernador, ¿recuerdas la dirección?

—¡Claro que sí! —contestó el chofer.

—Ya pues, tenemos que dejar ahí dos sacos de arroz y una jaba de whisky —dijo el dueño del café, muy atolondrado.

—¡Ya le envió el otro día dos pavos, una jaba de whisky, dos sacos de arroz! ¿No recuerda?

—¡No importa! —replicó el comerciante—, hoy le regalo dos sacos de arroz, más una jaba de licor.

El chofer estacionó el carro frente a la morada del gobernador, se bajó y primero llevó la jaba de whisky; cuando se disponía a ingresar a la casa del gobernador, fue interrumpido.

—¿Adónde va, señor? ¡Por favor, identifíquese antes de ingresar! —le dijo un policía, casi gritando.

—Es un regalo para el gobernador —contestó el chofer, con rostro admirado.

El uniformado se acercó para revisar, miró y destapó la jaba de whisky...

—¿Whisky Chivas? ¡Qué rico! Vaya, vaya nomás y deje adentro; no está la señora, ni el muchacho de mando, solo está la empleada, entréguele a ella.

Luego de dejar también los dos sacos de arroz, el chofer le dijo al policía:

—Que de parte del señor de la frontera, con mucho cariño.

—Espere, espere para anotarlo —interrumpió el uniformado. Entonces preguntó los nombres y los apellidos de quien enviaba los regalos y con mucha dificultad los anotó en una pequeña libreta.

Ni bien prendía el automotor el chofer del dueño del café, el gobernador estacionaba el carro muy junto al que salía, él lo miró muy bien al que le alzaba la mano, en señal de saludo, pero no se acordaba quién era, contestó haciendo la venia y antes de entrar a la casa, el policía luego de saludarlo, le hizo saber de los obsequios que le terminaban de dejar. Entonces mentalmente recordó de quien se trataba. Solamente le dijo:

—Está bien, gracias— entrando inmediatamente.

La empleada lo recibió:

—Su esposa no está —dijo—, creo que se fue a comprar ropa nueva porque parece que desde mañana trabaja, según la oí hablar por teléfono; también vino un señor y le dejó dos...

—Todo lo sé “chinita”, así es —repuso el gobernador, tomándose la frente en señal de malestar, cansancio y jaqueca.

—Le he servido el almuerzo porque van a ser las dos de la tarde.

—Bueno, ya voy a comer. Pero hijita, haz callar a esos pavos que me molesta mucho su graznido, dales de comer algo.

Entonces él se quedó almorzando y no podía poner las ideas en orden. Para obtener alguna recompensa económica personal o una mejor ayuda de parte del dueño del café, quería tener algún plan y no lo podía concebir, no se le ocurría ninguna idea. ¿Se sentía incapaz? No, no podía decirle cuánto cobrarle o tanto vale la devolución del café; deseaba valerse de alguien de mucha confianza para que le guarde el secreto.

A esa misma hora, también almorzando como a veinte cuerdas de distancia estaba el dueño del café. Se encontraba triste, porque había estado toda la mañana queriendo solucionar su problema y apenas había podido conversar sin concretar nada; no adivinaba, o no acertaba de quién valerse para ofrecerle dinero y entregárselo al gobernador; claro que recordaba la última parte de la conversación con él: “venga hoy mismo a las cuatro y media y ahí hablamos; de mi parte, no hay ningún problema, yo les devolviera ahora mismo.”

Recordaba a la bella María Gardenia y no estaba seguro que ella se convertiría en burro pie, o quizá sea ella la que hace el enganche y él estaba perdiendo el tiempo; su tristeza y preocupación era notoria, porque en Perú estaba comprado casi la misma cantidad de café, se lo tenían cuatro días en bodega, entonces el que estaba detenido en los carros debería ser vendido lo más pronto.

Además los otros negociantes de café, de toda la frontera, estaban pendientes del desenlace que tendría el caso y que estaba en conversaciones para ser liberado, y con estos problemas, a lo mejor el negocio se acabe o no sea rentable, o haya cambio de autoridades, especialmente en la aduana y posiblemente tendrían que sobornarlos por más dinero o eventualmente venga un nuevo jefe o director, que no reciba ningún regalo o no se deje chantajear, pero casi esto era imposible, porque nunca se había encontrado un director que reciba dinero personalmente él; ya que, siempre tenía individuos que negociaban, pedían, ponían precio, exigían y cogían el dinero, en nombre del jefe y, eran casi todos los subalternos, escogidos y adiestrados minuciosamente con mucha anticipación por el jefe o director. Estaba introvertido.

Se sorprendió su chofer cuando abruptamente, mirando al plato de comida, dijo:

—Ella me recomendó ante la autoridad, ella debe saber qué persona realiza estos enganches, o hace estos trabajos con el gobernador.

—¿De quién habla? —le preguntó el chofer, con rostro impresionado.

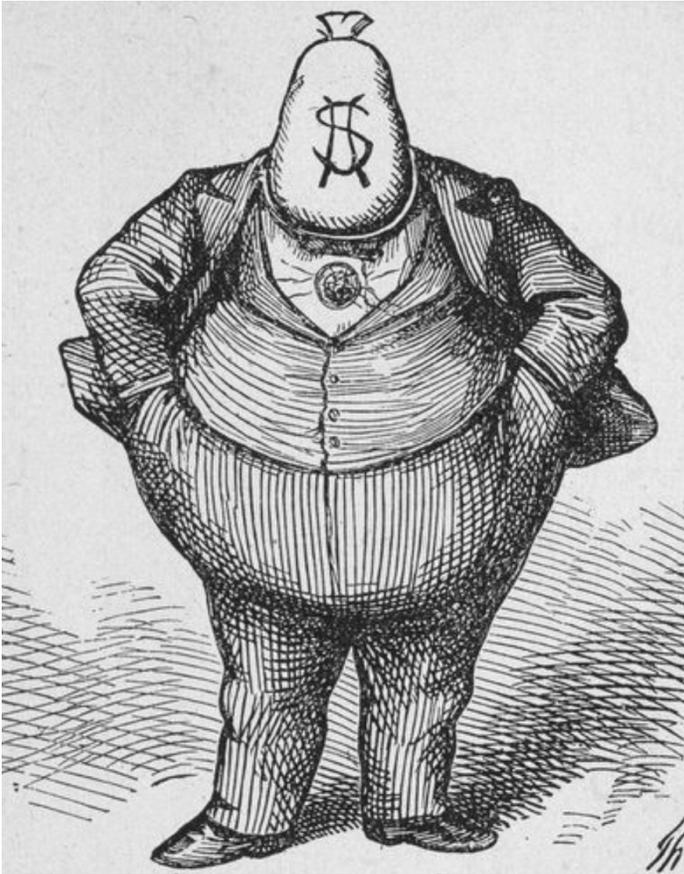
—De la secretaria del gobernador, se me hizo feo, delicado, preguntarle directamente que cuánto me pueden cobrar por el retiro del café.

—Y usted, que es despierto, que es pilas, que, ¿no le preguntó? —dijo sonreído el chofer.

—Bueno sí, sí le hice entender, pero ella se hizo la que no me escuchó y esa mujer es muy bonita, su belleza cada día me sorprende más, me hace pensar mucho, si por ella fuera, le regalaría todo el café para que se vaya conmigo.

Se rieron abiertamente.

2. LA POLÍTICA, LAS COLABORACIONES



Mientras tanto, en la vivienda del gobernador, las cosas habían cambiado, ya que había llegado la esposa y tenían la visita del director del partido de gobierno y candidato a diputado provincial.

Éste muy contento hablaba de política, de sus posibilidades de ganar las elecciones, hacía sus cálculos así: me voy yo como diputado, como representante de la derecha, por tradición, porque de Loja siempre hemos llevado dos diputados por nuestra tienda política, incluso hay la posibilidad esta vez de llevar los dos representantes al Parlamento, pero existe el desgaste político que tiene el gobierno y esto influye mucho en el momento de elegir a los representantes, de parte de los electores.

—Pero en segundo lugar puede entrar el del “sobaco no perfumado”.

—¿Cuál? —preguntó la esposa del gobernador.

—El que anotaba en su carro su nombre y “Diputado Alterno por Loja” con letras mayúsculas, para poder pasar los controles, con el fin de sorprender a la policía, porque según comentaban que dentro del vehículo llevaba no sé qué cosa. ¿Recordaste?

—No —dijo ella, con voz vacilante.

—El inefable —continuó explicándole el director del partido—, el que tiene dos emisoras y habla y habla, una gasolinera, el que un día está con el régimen y al otro día con la oposición (porque siempre vende su voto en el congreso, al hombre del maletín del gobierno, o a los del congreso, se va con el mejor postor), el que posee algunas casas y fincas en su cantón, departamento en la capital y en no sé dónde más; quita y pone jueces, controla algunas instituciones públicas, tiene un canal de televisión.

—¡Ah, ya! —gritó la esposa del gobernador.

—Aunque no lo creas, en la provincia tiene buena acogida, por la sencillez e ingenuidad de nuestra gente, porque les ofrece miles de cosas y esos electores siempre le han creído; y, en tercer lugar, hay que ver cómo se perfila la extrema izquierda, con su trabajo de hormiga que siempre hace con los universitarios; o puede que alguno de centro izquierda, el de la diez, con el recorrido a pie que está haciendo su candidato y con una publicidad asombrosa en toda la provincia; no sé de dónde saca tanto dinero, aunque dicen que lo apoyan algunos lavadores de dinero y contrabandistas; bueno, será de ver. Y también tiene posibilidades, y muchas, el de la lista cinco, porque su candidato es un

hombre público muy conocido, y recuerden ustedes que en nuestro país se viene dando el voto a los nombres o a las personas y no se vota por la ideología o por la agrupación política —terminó indicando el director del partido.

—Eso sí es verdad —intervino el gobernador, que había permanecido callado—, ahora existe mucho trabajo, hay que organizar, hay que coordinar toda la campaña y esta debe ser muy diferente a la de otros años, en este momento tenemos más gastos, entonces necesitamos más dineros, más recursos, debemos ser más activos en los comités, en los barrios, estar en la inauguración de las obras del gobierno, del prefecto, hablar en las emisoras, participar más en los eventos políticos realizados u organizados por cualquier canal de televisión, emisoras y organizaciones políticas. Necesitamos pagar y pagar más gente para que pinten la ciudad, la provincia, los cantones, los caseríos, las carreteras, con los nombres de los candidatos y el número de nuestra lista, con eslóganes de nuestra agrupación, con el logotipo de nuestro partido, con nuestras promesas, anotar los buenos proyectos, y para esto se requiere de mucho dinero.

A propósito, tú como director, ¿qué tanto de dinero existe? Siempre tomando en cuenta lo que nos envían de la dirección nacional de nuestra agrupación, lo que el partido ha recibido de parte del tribunal supremo electoral, lo que le corresponde a Loja; de todas las aportaciones personales de los miembros y de algunos empleados públicos que nos colaboran, debes estar al tanto, de quiénes están al día con los pagos, incluso para que puedan asistir, participar, opinar en las sesiones y supón que alguien logre salir como representante de nuestra organización política y no ha contribuido con nada, debes hacernos conocer las donaciones grupales o de las empresas que siempre nos colaboran, y, castigar a los miembros que no están entregando las contribuciones a nuestro partido, de acuerdo a los reglamentos internos, sea quien sea debe ser llamado la atención o simplemente sancionarlo, debes controlar muy bien los aportes económicos e informar a todos.

—Mira, el asunto es como tú muy bien lo entiendes, necesitamos de mucho dinero, pese a que sí han enviado de la directiva nacional; también existe un remanente de la provincial, pero el dinero falta, hablando de dólares, estos siempre no sobran, yo lo sé por experiencia; es por esto que debemos sacar plata a como dé lugar, incluso lo de mis ahorros los tomaré y algo más que pienso gastar y las donaciones de todos los compañeros, creo con toda seguridad que nos faltará.

Y, a propósito, ¿cómo piensas solucionar el problema del café? —agregó el director del partido—. He venido por decirte que es una muy buena oportunidad para que cobres y obtener dinero por la devolución del café a su dueño, pienso que él no va a querer perder los 1.500 quintales, este es el momento de conseguir algo de plata para el partido, para la campaña, y al cobrarle poco dinero también estamos quedando bien con los otros contrabandistas de la frontera para que nos colaboren con su voto en las elecciones. Recuerda que en este asunto existe un gran número de personas involucradas en estos negocios y deben estar pendientes del desenlace final que le demos al problema, por ahora no importa que pasen los granos, o cualquier cosa y de cualquiera forma; no debemos aparecer como los muchachos malos, hasta que se lleven a cabo las elecciones.

Mejor, hay que hablarles de nuestro presidente del Ecuador, de nuestros candidatos a ser electos a las diferentes dignidades y tenemos que hacer política como sea posible y esta es una oportunidad brillante, para hacerles conocer el plan de gobierno y de actividades que han trazado nuestros coidearios.

El gobernador, señalando a su cónyuge con su mano derecha, dijo:

—Qué mejor conversar esto delante de mi esposa, para que se entere de todo y sepa lo que está ocurriendo, porque ella ya va a trabajar lo más pronto, a lo mejor desde mañana o la semana próxima. Te hago saber que según mi empatía, o mejor dicho lo que puedo percibir, es que el dueño del café es uno solo, y este para mí es un perrazo, este es el que maneja la batuta en toda la frontera; casi me ha dicho que cuánto le voy a cobrar, hemos conversado recientemente y le dije que hoy a las cuatro y media le soluciono el problema, porque ya tengo la aceptación y orden del ministro de defensa para que devuelva el café y eso es todo, sólo tengo que pedirle al comandante del cuartel de Cariamanga que entregue el contrabando. Me he puesto a pensar del resto de autoridades locales ¿qué dirán sobre este asunto?! Van a suponer que yo he cobrado el dinero solo para mí.

—Hijito, ¿tú no puedes darte cuenta que el comandante militar de Cariamanga, puede devolver el café sin la orden tuya? Porque ya tiene disposiciones de los ministros y de manera especial del ministro de defensa, él las va cumplir inmediatamente y te dejan con la boca abierta —interrumpió la esposa con un semblante muy serio—. Mira, el señor está que nos da regalos ya dos veces;

pídele unos 5.000 dólares y devuélvele el café lo más pronto y termina con este asunto.

—Oye, tu esposa piensa muy bien, tiene razón, puede el comandante de Cariamanga entregar el café, y ¡verán que esto puede suceder! —indicó el director del partido.

—El asunto es que, como gobernador de la provincia, quedé en solucionar este problema y el contrabando está a mi cargo, el café no se entrega sin una autorización escrita de parte mía, así me hayan pedido los ministros que devuelva el café. Lo que debemos ponernos de acuerdo es en el monto del dinero a cobrar, quién recibe la plata, porque para mí es un poco delicado, me comprometo demasiado como autoridad, recibir esa paga. Pero tengo pensado que tú como director del partido, candidato a diputado y como amigo, debes recibir el dinero como aporte para la campaña de los candidatos de nuestra tienda política, así no asomamos complicados, el resto de autoridades no se van a enterar del dinero recibido y, si llegan a saber, tenemos que decir que sí, que se recaudó dinero y que fue para promocionar nuestros candidatos, que fue para cubrir gastos realizados en actividades políticas de nuestro partido —concluyó diciendo el gobernador.

—Mijito es una muy buena idea, ¡por eso eres mi esposo! ¡Eres muy inteligente! Hay que hacer lo que tú dices. Perdón, pero me retiro, estoy casi dormida, no hice la siesta —e inmediatamente salió de la sala.

—Mi esposa es una dormilona —comentó muy sonreído el gobernador.

—Oye, tengo una magnífica idea, ¿a qué hora dices que lo citaste al dueño del café? —preguntó el director del partido.

—Para las dieciséis horas y media, ¿por qué? —contestó el gobernador.

—Quiero yo estar ahí, me presento como candidato a diputado que soy; mejor le solicitamos algo para la campaña política, para realizar la propaganda, como los materiales que vamos a utilizar, por ejemplo, las pinturas, brochas, megáfonos para difundir nuestros mensajes en los carros; que nos deje comprando todo lo necesario, es mejor pedirle eso que recibir dinero.

—¡Estupendo! ¡Magnífica idea! —interrumpió el gobernador, casi asombrado y sonriendo. Ya estoy atrasado para ir a la oficina, entonces vamos a la gobernación, te llevo en el vehículo —agregó.

El negociante de café se había adelantado, estaba esperando en la oficina; cuando llegó, lo primero que hizo fue mirar el sitio donde trabajaba María Gardenia, pero ella no estaba, pensó que llegaría de un momento a otro y observaba su reloj y la puerta de entrada creyendo que llegaría; posiblemente, no escuchó que María Gardenia le dijo al gobernador cuando estuvo en la oficina, que en la tarde no trabajaría. Su paciencia comenzó a terminarse y optó por preguntarle a una compañera, quien le contestó:

—María Gardenia casi no trabaja las tardes, porque estudia en la universidad, el jefe siempre le da permiso cuando ella le solicita, él nunca le niega nada, es el ojo derecho de él y el papá es un político muy conocido y además va ser diputado por Loja, porque está de candidato y estoy segura que ganará las elecciones, de eso no hay ninguna duda. Así es, mi señor. ¿Usted le busca porque tiene algún trámite, tiene algún pasaporte pendiente, busca trabajo, desea una cita, una recomendación, quiere colaborar para la agrupación política del gobierno? ¿El asunto es con ella o con el gobernador? ¿Qué problema tiene? —dijo la compañera de María Gardenia, mirándole a los ojos, y acercándose casi al oído con la voz baja agregó—: También le hago saber que aquí hay una persona que realiza cualquier trámite, el de pasaportes por ejemplo los hace enseguida, el de apostillar los documentos los realiza sin pérdida de tiempo, puede dejarle los papeles que usted necesita para que le firmen o legalicen, eso lo hace en un abrir y cerrar de ojos, por estos trabajos, él cobra unos pocos dólares; señor si está interesado, yo puedo rápidamente llamarlo o traerlo para que venga y converse personalmente y hasta puede hacerle una rebaja, amigo, porque si usted deja los papeles aquí para que se los despachen algunas secretarias, le va demorar esto un mes, si es que no se los confunden o los dan por perdidos y usted, amiguito, ha perdido el tiempo, ha perdido dinero y no ha conseguido nada...

El comerciante de café, rápidamente pudo darse cuenta que aquella empleada conocía todo y quería enterarse de todos los asuntos, lo tenía confundido, pero él no estaba claro si ese interés se debía al deseo de solucionar verdaderamente los problemas en la oficina, entregando un servicio oportunamente al usuario

o, era una mujer que le ayudaba al tramitador buscándole clientes o, era parte de la timada o, era una parlanchina.

Lo que el dueño del café no sabía exactamente es que esta empleada estaba al tanto de las personas y cosas que entraban y salían del departamento y ella procuraba estar bien informada para tener un tema nuevo que conversar, de oficina en oficina, sobre los asuntos resueltos y los no resueltos; esto lo hacía ella durante la jornada de trabajo, andaba preocupándose de sus colegas y conocía la vida de la mayor parte de ellos y de la sociedad.

Ella era la que llevaba y traía casi todos los cuentos y chismes de la mayoría de sus compañeros; a veces hasta los indisponía y tenían enfrentamientos por ella, por estos motivos se le presentaban muchos problemas, con sus colegas y hasta con el jefe.

Él, sin pensarlo dos veces, dijo: gracias. Entre sí pensó que no era ningún cojudo para decirle lo que él estaba haciendo en la gobernación, retirándose a ocupar el asiento que casi toda la mañana lo había utilizado; estaba aletargado, no podían salir de su mente dos ideas: la de no haber encontrado a María Gardenia para preguntarle si ella podía o alguien sabía recibir dinero o algún regalo para hacerle llegar al gobernador y éste le ponga empeño a su caso y le devuelva lo más rápido el café. O a su vez arriesgarse él mismo y preguntarle que cuánto deseaba cobrar por entregar el permiso para retirar su café, ya que el comandante del cuartel de Cariamanga, muy enfáticamente le había dicho “solo necesito la orden de retiro escrita y firmada del señor gobernador y el café vuelve a sus manos señor”, en una llamada que le hizo a las 15h00.

Estaba sentado, con el tronco encorvado, con la mirada hacia el piso, con los dedos de las manos entrecruzados y los codos apoyados a las rodillas, sus piernas permanecían separados cerca de un metro, no se daba cuenta que algunos empleados le miraban, pero lo que más veían eran las joyas que pendían de su cuello, de sus manos y de los dedos, y hasta la forma como estaba vestido; él se lamentaba más por no haberla encontrado a la bella María Gardenia, con ella las cosas eran diferentes, rápidamente él hubiera sido atendido.

Es por esto que tampoco notó la entrada del gobernador con el director del partido por la otra puerta, casi cerca de las dieciséis horas. Solo cuando oyó que una persona dijo: “¡Qué lindo, el gobernador me firmó el pasaporte!”; entonces

se reanimó y quiso preguntar, pero todos los empleados estaban haciendo firmar papeles, haciendo pasar a sus amigos para que sean atendidos; se formó un desorden en ese momento, él estaba confundido, aturdido, cuando alguien preguntó casi gritando.

—¿¡Señor del café!?

—Sí, soy yo —dijo con voz muy débil.

—Señor, que pase a la oficina dice el señor gobernador.

—Gracias, muchísimas gracias —contestó, muy alegre, el dueño del café.

Y, cuando llegó a la delegación, saludó:

—Perdón, buenas tardes doctor.

El gobernador firmaba documentos de empleadas y más personas que estaban esperando; ellas contestaron el saludo y una muy educadamente lo invitó a que tome asiento.

Él no oyó la invitación, por eso no se sentó, porque en ese preciso momento fue cuando divisó a un hombre al fondo de la oficina, el mismo que le hizo la venia para saludarlo. El dueño del café, contestó con voz fuerte:

—Buenas tardes.

—Ya, mis reinas —dijo el gobernador tajantemente mirándolas a las empleadas—, están despachadas, que nadie me interrumpa, porque voy a resolver un asunto muy importante, se acabó la atención.

Ellas muy contentas dijeron:

—Gracias, gracias, le agradecemos un mundo doctor —y salieron cerrando la puerta muy pausadamente.

Luego el señor gobernador le dijo:

—¡Siéntese!, ¡siéntese! Yo pensé que ya no vendría, que ya no deseaba retirar su café, o esperaba que se lo entregue a la aduana —se expresó con semblante muy risueño.

—Estaba afuera señor gobernador, desde las tres de la tarde he estado esperándolo —contestó él.

La primera autoridad miró a la dirección donde se encontraba la otra persona, casi gritando le dijo:

—Por favor ven acá, hazte amigo de este buen hombre, que es oriundo de la provincia, es una excelente persona.

El dueño del café se paró ante la llegada del desconocido, sonriente y muy atento pronunció sus dos nombres y apellidos completos:

—Para servirlo a usted en todo lo que sea posible.

—Mucho gusto de conocerlo —contestó el invitado, e inmediatamente estrechó muy fuerte la mano diestra del negociante de café, con su derecha, y con la izquierda lo palmeó algunas veces el hombro derecho, sin soltarle, muy sonreído, mirándolo a los ojos por algunos instantes—. ¿Es usted, de la frontera?

—Así es, señor, soy de allá, dónde comienza y termina nuestro país —le contestó con un tono atarantado y rostro ruborizado.

Nuevamente el dueño del café acababa de conocer a otra persona y estaba frente al número uno de la política de la provincia, el que tomaba las decisiones, el que designaba, colocaba y les cesaba en sus funciones a algunas autoridades y empleados de libre remoción de toda jerarquía, el que hacía los contactos, asesoraba y aconsejaba a todas las autoridades y representantes del gobierno local y provincial de lo que debían hacer y lo que no podían hacer, el que finalmente impondría todas las condiciones y pasos que debería cumplir el gobernador para la devolución de los 1.500 quintales de café.

Hubo un silencio en la oficina. De su parte, el de la frontera estaba fríamente pensando y hablaba para sí, “este es el que me ayudará a retirar mi café, este es el que yo deseaba conocerlo, porque ha de ser el burro pie; él ha de hacer los

arreglos y negocios para la gobernación, es a este al que debo entregarle la plata o cualquier donación. ¿Cómo sé la cantidad que me van a cobrar? ¿Cuánto será? ¡Ojalá no me cobren mucho! ¿Les pregunto yo? O, mejor, voy a esperar a que los señores me propongan, ya que se pueden resentir si algo mal digo, es mejor quedarme callado”.

En aquel momento pudo observar perfectamente una fotografía a colores de cuerpo entero del señor presidente de la República del Ecuador, miró su rostro ovalado, su pelo recio que se lo peinaba para atrás, sus ojos cubiertos con lentes; entonces leyó lo que decía en la banda presidencial: Mi Poder en la Constitución. Dijo para sí, “aquí en esta dependencia han tenido la foto del presidente, está igualito como lo sacan en la televisión”.

Seguía el silencio en la oficina, hasta que abruptamente el dueño del café lo invitó a que conozca la frontera, conozca los sitios hermosos que ésta tiene en cada cantón para divertirse, para descansar, por las oportunidades de negocios que existen, por la amabilidad, bondad y sencillez de su gente, por la diferencia de sus climas, por la variedad de las comidas, por la diversidad en sus costumbres; por eso tiene que visitarla, por las oportunidades de aventuras que ofrecen. Y, es más, le ofreció como vivienda su casa de habitación o un hospedaje en cualquier hotel, por el tiempo que desee quedarse el amigo.

Era una invitación sincera, muy sentida, que le salía desde el fondo de su corazón, como hacen las personas sencillas y buenas a ciertas autoridades y amistades, porque siempre desean compartir gratos momentos con los nuevos conocidos de la capital provincial o de cualquier otro lugar.

Quien recibió la invitación le agradeció muy sinceramente y le aseguró que lo más pronto estaría visitando toda la provincia, desde el norte, empezando por el cantón Saraguro; al sur iría a Macará y Zapotillo; por el este Cariamanga y visitaría de paso a los cantones de Olmedo y Chaguarpamba si es que el tiempo se lo permite; porque ahora le interesaba conocer los caseríos, parroquias, saber las necesidades de caminos vecinales, de carreteras, de educación, de salud, de carestías de vivienda, de transporte, necesidades de salud; ahora en forma urgente deseaba enterarse de todo cuanto les falta a estos pueblos olvidados por algunos años y casi por todos los gobiernos de turno.

—Analicemos el asunto, señores, que yo no tengo tiempo disponible como ustedes —interrumpió el gobernador.

Sonriéndoles, agregó:

—Verá, mi querido amigo, la persona que está aquí con nosotros es el futuro diputado de la provincia de Loja, lo he invitado a él para que oiga; es más, él me ha estado pidiendo que solucione este problema lo más rápido, en definitiva él quiere que le ayude o apoye, él es un hombre público, es también director del partido que nos está gobernando, es coideario y mi amigo personal y del presidente de la república. Él es mi asesor, mi consejero, y lo que aquí digamos, resolvamos o hagamos, todo es propuesto por él, el trabajo que he realizado hasta hoy en esta oficina es planteado, solicitado o sugerido por él, por mí, por todas las autoridades de Loja, que conocen el problema.

Con su pañuelo se limpió la cara sudada y agregó:

—Es por eso que entre todos hemos resuelto devolverle su café; claro, como le dije primeramente que también me ha hablado por este asunto el ministro de defensa, el de gobierno, por todo esto le vamos a devolver por esta vez el café, únicamente por esta vez le devolvemos la pepa de oro.

Pero, como anteriormente le dije, nuestro futuro diputado que está aquí presente, quiere que lo ayuden para su campaña política, que ahora es muy dura; se necesita de amigos como usted, de empresas que nos apoyen, necesitamos dinero que debemos gastar para una serie de actividades que tenemos que realizar, como bailes, regalos, fiestas, comités, pintura, spots televisivos, publicidad, propaganda, comida, compra de licor y más cosas por el estilo, para esto le solicita su importante aporte económico. Entonces usted lleva la orden para retirar su café, del cuartel de Cariamanga, ahora mismo, a cambio de que nos colabore con cuatro tanques de pintura de caucho de 55 galones que tiene cada uno, con pintura de la buena de unos 12 o 14 dólares cada galón; porque, como a lo mejor conoce usted, ya no queremos comprar carbonato de calcio para preparar el color con dramatomy, deseamos buena pintura y con esta hemos pensado realizar los mejores murales, escribir buenos mensajes, eslóganes políticos en toda la ciudad y provincia con nuestra propaganda — hizo una pausa, porque nuevamente su cuerpo sudaba, y luego continuó—: con su ayuda cubriríamos aproximadamente unos 800 o 1.000 metros cuadrados

de pintura, pensamos que es suficiente, y además nos regale dos equipos eléctricos completos, con micrófonos, parlantes que funcionen perfectamente, para hacer propaganda en los carros tanto en el mío como en el de su amigo que termina de conocerlo, que para mí ya es diputado si todos lo apoyamos de diferentes maneras.

El dueño del café, que había estado queriendo hacer la cuenta del valor que pagaría por retirar su carga, apenas avanzó a decir, con rostro muy alegre:

—Gracias, muchas gracias, eso para mí es muy poco cuando de ayudar se trata, y sobre todo a una persona que según lo dice usted, ya es diputado por Loja como representante de la derecha.

Casi anonadados se quedaron el gobernador y el director del partido, cuando muy contento el dueño del café se levantó de su asiento agradeciendo nuevamente y manifestó:

—Entonces, voy a comprar la pintura y las otras cosas ahora mismo para traerlas, luego usted me da la orden de retiro del café, para ver si en esta tarde viajo a Cariamanga y lo envío inmediatamente a Guayaquil, para que sea vendido, porque necesito pagar esa plata a los que me la han prestado.

—Muy bien, así es —avanzó a decir el gobernador.

Estaba el dueño del café bajando las gradas, cuando habló para sí: “¡Ah!, ¿qué color de pintura será de comprar?”, luego casi grita, “¿el color de la pintura?” Regresándose inmediatamente a la oficina preguntó:

—¿De qué color les compro la pintura?

—Amarilla —le contestó el primer personero, muy sonriente y como si estuviera cantando—, amarilla como la camiseta de mi equipo el Barcelona, amarillo como el oro y el fruto maduro, amarilla es la mayor franja de mi bandera, amarillo es el color de mi querido y glorioso partido político. ¿Ya sabe dónde va a dejar la pintura? —preguntó aún sonriente.

—No, mejor que me hace acuerdo. ¿Dónde me toca dejar las cosas?

—Aquí le anoto la dirección —dijo el gobernador.

El dueño del café tomó el papel, no leyó nada, lo dobló en cuatro partes lo guardó en el bolsillo de su camisa, se despidió y dijo:

—Hasta luego señor gobernador.

Aquel no le pudo contestar porque estaba redactando la orden para la entrega del café.

Cuando el cafetero preguntó por el costo de las pinturas, le dijeron que había de muchos precios: desde cinco, ocho, de diez, doce, catorce... hasta de 25 dólares cada galón y que tenían lindos colores; el interesado pidió que le vendan en 12 dólares, el que le habían dicho que cuesta 14, y que llevaría cuatro tanques grandes; el dueño del almacén y representante de las pinturas se acercó diciéndole:

—Pague nomás todo en caja, que ya le vamos a ser la rebaja que usted nos ha propuesto.

El comprador hizo la cuenta mentalmente: “55 galones por 12 dólares por cuatro tanques, son 2.640 dólares; tengo en mi chompa justo cinco veces 100 billetes de cinco dólares, entonces le agregaré 28 billetes de cinco más para cancelar la cuenta.” Se acercó y pagó el dinero sin decir una sola palabra, no le dieron ni solicitó recibo, ni factura por la compra.

—Dígame, ¿a qué dirección le envió? —preguntó el despachador.

El dueño del café le entregó el papel y éste lo leyó.

—Vamos, ya le hago cargar, sí conocemos —dijo, sin mirarlo—, es la casa del flamante candidato a diputado por Loja.

Entonces el dueño del café le preguntó, que si tenía las otras cosas, y le manifestaron que a dos cuadras había un almacén de artefactos eléctricos y podía comprar allí todo.

Pero él les dijo que sólo tenía que hacer la compra de las cosas que le faltaban y que lo esperen un momento, porque deseaba que lleven en el mismo carro todo lo adquirido y personalmente deseaba acompañarlos a la dirección domiciliaria adónde tenían que dejar las cosas compradas.

Llegó al almacén de aparatos eléctricos y preguntó por el precio de los equipos, de dos micrófonos, los dos megáfonos o bocinas y todos los accesorios para el funcionamiento.

Un empleado se le acercó y le indicó los modelos y marcas de los artefactos eléctricos, lo asesoró y le manifestó: estos son los últimos micrófonos llegados, los dos le cuestan 24 dólares; también debe comprar una bocina y driver para cada carro por un valor de 96 dólares las dos; necesita adquirir un amplificador para cada vehículo por el valor 190 dólares el par; y, los cables y otros componentes estaban dándole de promoción por la adquisición del equipo completo, porque la casa comercial ITALAUDIO, estaba en el mes de aniversario y que todo lo comprado allí era muy bueno y además le otorgaban una garantía por un año, el comprador estaba confundido, no entendía lo que le había explicado el vendedor, ni del manejo de los artefactos que iba a adquirir, pero, lo que deseaba era cumplir y entregarlos; mentalmente llevó la cuenta y dijo para sí, “esto me cuesta 310 dólares”.

—Me los llevo, encartónelos. —Expresó.

El dueño del café tenía 50 billetes de diez dólares en el bolsillo derecho de su pantalón, le mermó 19 y le entregó a la cajera; ésta comprobó la cantidad de dinero que era de treinta y un billetes de diez dólares, el total de la adquisición y le concedió la nota de venta; el provinciano no agradeció ni se despidió y solicitó que suban los aparatos al carro donde estaba la pintura que lo estaba esperando; se embarcó y pidió que lo lleven a la casa del nuevo candidato a diputado porque su mente le decía que debía acompañarlos, para cerciorarse que sean entregados completamente los cuatro tanques de pintura junto con los equipos adquiridos.

Cuando los empleados estaban dejando la pintura y los equipos eléctricos, su pecho empezó a suspirar más rápido y profundo, porque en ese momento distinguió que la bella María Gardenia ingresaba justo en la casa donde él estaba dejando las cosas compradas, como apoyo para la campaña del candidato a

diputado, por pedido del gobernador; no pudo resistir el deseo de conversar y le preguntó a un empleado que estaba parado junto a la puerta:

—La señorita que ingresa, ¿es la secretaria de la gobernación?

—Así es, señor —contestó secamente el mozo.

—Haga el favor de llamarla un ratito, que deseo hacerle una pregunta —le pidió el dueño del café.

El empleado, sin decir nada, se fue y le dijo a María Gardenia que la buscaba un señor y que deseaba hacerle una pregunta, pero en ese momento la llamaron por teléfono.

—¡Alóooo! —contestó ella.

—Sí, “mija” —dijo su padre del otro lado—, oye, ¿no han dejado algunas cosas en la casa?

—Sí papi, justo estoy llegando y veo que están descargando unos cartones grandes, unos tanques y “ahoritas” me dijo el empleado que me está buscando un señor. ¡Oh, verás, es el señor del café! —agregó.

—Dile que debe llevar la orden para que retire el café de allá de Cariamanga, que ya mismo cierran la gobernación, que ya está firmada, que está lista, que venga rápido.

—Ya papi, ya le digo —manifestó.

—Ya, chao “mija” —contesto el papá, con tono bajo.

Los empleados que llevaron y descargaron la pintura y los accesorios eléctricos se despidieron amablemente del dueño del café, indicándole que todo estaba entregado de acuerdo a la factura de compra y que él podía comprobar con la copia que le entregaron.

Él casi no pudo contestarles, porque María Gardenia estaba saliendo para darle la noticia que le encargó su papá.

—¿Aquí vive usted, señorita? —le preguntó, antes de que ella hable.

—¡Sí!... Esta es mi casa —dijo ella.

—Qué gusto, ahora ya conozco y puedo venir a invitarla cuando hayan fiestas, para que vaya a pasear, a bailar y tome un poco de sol...

—Sé que le han arreglado su problema y tiene que ir donde mi jefe a retirar la orden, que ya está lista —le interrumpió ella muy sonreída—, me comunicaron por teléfono y debe ir lo más pronto, antes que mi jefe se vaya y cierren la oficina.

—Entonces me voy, yo solo quería verla y saludarla aunque sea por un momento, —dijo, titubeando de emoción, el dueño del café.

—Me alegro mucho de que finalmente le vayan a devolver su café, —expresó ella, con suave timbre de voz y muy sonreída.

—Ahora estoy muy contento, estoy feliz. Y tengo que agradecerles a todos ustedes —expresó él muy emocionado.

—Sólo hice lo que estaba a mi alcance —contestó ella estirando su mano para despedirse.

—Gracias por todo, señorita —pronunció él con rostro compungido, estrechándole su mano suavemente, por un instante.

—Hasta mañana, señor —se dio media vuelta y caminó mostrando su belleza y encantos innatos.

Él la acompañó con la mirada, no pronunció una sola palabra hasta que entró a la casa.

Cuando llegó el dueño del café a la gobernación, todo el mundo estaba saliendo, se apuró y se dirigió directamente a la oficina del gobernador.

—Buenas tardes, señor gobernador —saludó quien ingresaba.

El representante del gobierno, pese a que escuchó muy bien el saludo, no le contestó, porque estaba leyendo el periódico; casi sin mirarlo, le dijo:

—¡Siéntese, por favor! Fíjese, sólo por usted, me he quedado hasta este momento, en otros días a esta hora ya no estoy; sé que ya dejó las cosas, por lo que le agradezco infinitamente de todo corazón, por este apoyo patriótico de su parte y con tan buena voluntad que lo está haciendo, para nuestro amigo el candidato a diputado.

El dueño del café se quedó anonadado, no pronunció una sola palabra.

Luego el gobernador, mirándolo fijamente a los ojos, le manifestó:

—Nuestro señor presidente de la República de Ecuador nos está hablando de austeridad, de economías, de achicamiento del estado todos los días, de la autogestión; estábamos viendo, las personas que trabajamos en esta oficina, que nos faltan materiales como papel, carpetas, rollos para las máquinas de escribir, tinta para las copadoras, papel carbón, materiales para el aseo como escobas, trapeadores, detergentes y más gastos que realizamos aquí; es por eso que le solicito, en nombre del gobierno del Ecuador que se digne colaborar con estos materiales que necesitamos para todo un año —empezó a caminar longitudinalmente la dependencia, pero elevando la voz agregó—:

Considero que con unos 4.000 dólares que usted nos regale y nos entregue en este momento solucionaríamos este grave problema que tiene nuestra dependencia, —volvió a sudar todo su cuerpo, hizo una ligera pausa e inmediatamente añadió—: pongo en sus manos la orden para que le entregue al comandante del batallón Capitán Díaz de Cariamanga. Usted solo le entrega este sobre y enseguida su café lo retira y vuelve a sus manos.

—Muchísimas gracias, mil gracias, su autoridad me hace un favor muy grande, que será imposible pagarle —dijo el dueño del café con voz vacilante... Y, por un instante, quiso pedir rebaja ante el pedido del gobernador, pero metió su mano derecha al bolsillo de su chompa y sacó algunos fajos de billetes, de cien, de cincuenta y de veinte dólares, escogiéndolos a éstos últimos, y sin contar los cien billetes le entregó al gobernador dos fajos. Aquí están los 4.000 dólares, esta es mi colaboración para la oficina —dijo finalmente el hombre.

El gobernador estuvo tratando de contar el dinero pero se detuvo. Luego agregó:

—Yo le doy las gracias en nombre del gobierno de Ecuador, como representante de la ciudad y provincia de Loja, le agradezco y en nombre de todo el personal de la gobernación, reciba usted nuestros sinceros reconocimientos. Le extendió su mano para despedirlo y el otro le correspondió y se estrecharon fuertemente.

—Gracias, mil gracias. —repitió por dos veces el dueño del café.

—Creo que vamos a ser muy buenos amigos —respondió la autoridad— y estoy seguro que pronto estaremos en la frontera para hacer campaña por el amigo que le presenté y por todos los de nuestra lista.

—Estoy a la orden, con mis carros, mis familiares, mi casa de habitación, mi hotel, con mis amigos, vayan nomás, manifestó muy contento y sonriente el de la frontera.

El dueño del café salió de la oficina. Quien recibió el dinero, lo contó y sí había los 100 billetes de 20 dólares en cada atado. “Ahora todo está perfecto”, dijo para sí, “están los 4.000 dólares completos, carajo este dinero no lo compartiré con nadie”.

—¡Todo está muy bien! —volvió hablar muy emocionado el gobernador, los metió a los dos fajos de billetes en los bolsillos de su pantalón, luego golpeó levemente su escritorio con el puño de su mano derecha y sonrió muy alegre.

Tomó el teléfono y lo llamó al comandante militar de Cariamanga, se saludaron con atención y le manifestó que todo estaba arreglado sobre el contrabando del café, que ya le había dado la orden por escrito para que el dueño personalmente lo retire.

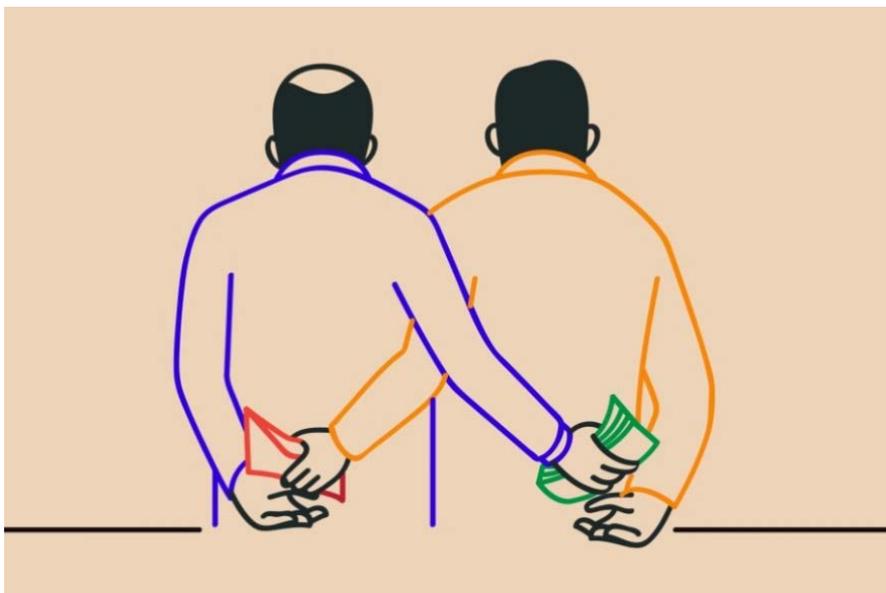
El comandante le hizo saber que lo había llamado el ministro de defensa y le había ordenado que devuelva el café, él tenía que cumplir esa disposición y nada más, pero como se había comprometido con todas las autoridades locales, solo esperaba el papel firmado de la máxima autoridad de Loja para la devolución respectiva.

El dueño del café, muy feliz, se dirigió al hotel dónde estaba hospedado por algunos días. A su chofer le dijo:

—Empaca tus cosas “cholino”, que todo está arreglado, voy a llamar a la frontera para que vengan el resto de choferes, saquen las mulas que están con el café del cuartel y hoy mismo en la noche viajen a Guayaquil. La carga sólo está de retirarla y nada más, ya tengo en mis manos la orden, los conductores solamente deben llegar a prender los automotores y rumbo a Guayaquil, yo me encargo de hablar con el jefe militar, me parece que este caballero es una muy buena persona.

Se comunicó con cada uno de los choferes y les dio la disposición para encontrarse en Cariamanga, en las primeras horas de la noche.

3. EMPIEZAN LAS GRANDES ESTAFAS Y LA POLÍTICA



Mientras estaba queriendo llamar a uno de sus hermanos, sonó el teléfono del hotel y le pasaron la llamada; una voz masculina le dijo:

—Por favor, quiero más café, me falta mucha carga todavía para llenar mi barco, aún no cumpla con el tonelaje total que tengo permiso para la exportación; envíemelo si ya lo tiene —habló el comprador de Guayaquil, que también era el presidente de los cafetaleros del Ecuador—; mire que el café está que cambia de precio, sube y sube, ya hoy amaneció con 20 dólares más por quintal, a eso está en el mercado, yo le voy a pagar con ese valor, pero, démelo fiado para unos

quince o veinte días de plazo, mire que es poco tiempo lo que le pido que me confíe el producto.

—No puedo fiarle —contestó tajantemente el dueño del café—. Estoy gastando bastante en el retiro del mismo, me falta el dinero para comprar más; recuerde usted que también pago intereses muy elevados a los chulqueros por algún capital que me han prestado. Le hago saber que ahora se va a poner muy difícil traerlo desde Perú como lo estábamos haciendo, los controles policiales y en la aduana en este momento son más exigentes, se van a volver más estrictos los de la aduana, los militares y más autoridades van a querer mucha plata para dejarlo pasar, ahora debemos entregar más dinero, por el problema que se nos presentó acá en la frontera. Va a mermar la oferta y estoy seguro que ante la gran demanda su precio con toda seguridad tiende a subir.

—De favor le pido —contestó el exportador—. Fíemelo amigo, estoy tratando de adquirir otro barco y todos los cafetaleros de la provincia de Loja, de El Oro, hasta de Manabí, me están entregando a crédito y tengo en este momento más de 200 toneladas que me han confiado, porque poseo muchos y muy buenos proveedores y amigos como usted que me están ayudando.

—Ya le dije, siento mucho no poder servirlo por ahora, necesito el dinero de la venta inmediatamente, —contestó secamente el vendedor.

—¡Bueno si yo no se le compro, nadie más puede comprar su producto! ¡Usted se olvidó que solo yo puedo adquirir esa cantidad y en ese precio tan bueno para usted! —expresó, con tono amenazante, el exportador.

—Mire he pensado vender mi café a las fábricas de Guayaquil, a las de Salinas o a las industrias cafeteras de Cuenca, de Quito, sé que ellos tienen pocos proveedores en este tiempo por la escasez del producto y por la demanda mundial existente, —nuevamente en forma tajante el dueño del café, le hizo comprender que no le fiaba y que podía recurrir a otros compradores a nivel nacional.

—Vea, vea. Tráigalo, tráigalo, sólo porque deseo completar la carga para mi barco se lo compro con las condiciones impuestas por usted, entonces el café queda por mi cuenta, sí.

—Ya ordeno inmediatamente que lo trasladen esta misma noche, mañana después de las 10h00 creo que ya está allá en Guayaquil; y, les paga en efectivo a las personas que lo llevan, porque son de mi absoluta confianza.

—Sí, sí... Pero le aseguro que ¡Esta es la última vez que le compro de contado! Caso contrario es mejor que no me avise nunca más de café. Buenas tardes —dijo el comprador con tono muy fuerte.

—Ya, chao, gracias —respondió el vendedor.

Mientras en el hotel acomodaba y guardaba sus pertenencias para el viaje, recordaba que los 4.000 dólares americanos entregados al gobernador, servirían para la compra de materiales, adquisición de papel y otros productos más, con la finalidad de que funcionen mejor esas oficinas; porque el presidente actual ha pedido que las instituciones públicas hagan autogestión y que practiquen la austeridad. “No entendí muy bien esto”, pensó el dueño del café. “O tal vez, al dinero se lo hace quedar él, se lo lleva a su casa y no hace saber a los compañeros de la gobernación de mi colaboración de los 4.000 dólares entregados, antes ya me hizo que incurra en gastos, con la ayuda de los cuatro tanques de pintura de caucho y más los artefactos eléctricos, para la campaña política que se viene, o tal vez esto era lo que me quería cobrar, y yo tanto que le insistí para que me cobre y retirar mi café lo más pronto”. Así terminó de guardar sus ropas y quedó listo para viajar.

Ahora sí, rumbo a Cariamanga en su carro, el dueño del café mentalmente quiso realizar las cuentas de todo lo que le había costado el retiro del mismo; pero sí conocía con exactitud que por la subida del precio de veinte dólares en quintal, recibiría 30.000 dólares como ganancia extra; también quería sacar los costos del flete de una mula por nueve días, la que no era de él, cuanto estaba perdiendo de ganar en los dos carros de su propiedad porque no habían trabajado, el mismo tiempo que el alquilado. Recordaba el cafetero de los dos choferes que habían ganado el sueldo sin trabajar. No se acordaba bien todos los regalos que hizo, la colaboración para la campaña, con las pinturas y artefactos para la propaganda, los 4.000 dólares que le entregó al gobernador como colaboración.

A veces se confundía, no recordaba a quienes les entregó regalos, por lo que sacó una libreta de apuntes y escribió: los gastos de los días en el hotel de él y el

chofer, los días no trabajados de él, sus automotores parados todo este tiempo, el chofer que lo acompañaba sólo había estado haciendo unas pocas carreras en la ciudad, el interés que le causaría el dinero pedido por más tiempo, más los nueve días de retraso, ya que tan pronto como vendía el producto, corría a pagar el dinero con los respectivos intereses de la usura, los regalos de los quintales de arroz, las jabas de whisky, etc.

No pudo escribir más porque el sueño le venció e hizo que se durma profundamente; era necesario que su cuerpo descansara, se relajara, ya que tan sólo había dormido entre dos y cuatro horas por noche, todo el tiempo que duró la gestión para recibir la orden de devolución del café. El conductor ya estaba preocupándose, si lo despertaba o no, porque estaban llegando al cantón Cariamanga, en el barrio de Tierras Coloradas.

Quien dormía, se despertó y dijo:

—20 dólares ha subido el café en quintal.

—¿¡Así!?, buena noticia, ¡usted tiene mucha suerte! Bien dicen “que no hay mal que para bien no venga” —contestó el chofer.

—Oye, directamente vamos al cuartel —dijo el dueño del café y añadió—: qué lindo que he dormido. ¿Dónde metí la orden para retirar el café? ¡Ah, ya la encontré!, creí que la había perdido.

Preguntaron por el comandante a un soldado que estaba de guardia y este les pidió papeles de identificación e indagó el motivo por el cual deseaban conversar urgentemente con el jefe militar.

Ellos le mostraron los documentos de identificación personal, junto con el sobre que iba dirigido al jefe de esa unidad militar y que debían entregarle de parte de la gobernación para retirar el café.

—Entonces, ¿usted es el dueño de los tres carros de café que están detenidos desde la semana pasada? —preguntó el militar.

—Así es, jefe —contestó.

Mientras el militar marcaba un número de teléfono, decía:

—Voy a arriesgarme a llamarlo, ustedes saben que no son horas de atención al público, además es muy tarde y puede estar durmiendo. Aún está “chuchaqui” porque estuvimos de fiestas aquí en Cariamanga que cumplió 123 años de cantonización y tuvo que participar en muchos eventos cívicos, militares, sociales y más invitaciones particulares que le hicieron algunos ciudadanos por algunos días.

—¡Hola! —contestó el jefe militar, con voz fuerte.

—Mi comandante, perdone la interrupción, pero hay dos personas que desean conversar con usted urgentemente...

—¿Quiénes son? —dijo el jefe, interrumpiendo.

—El uno es el dueño del café y está con un acompañante y tienen un sobre que dicen que le ha enviado el señor gobernador de Loja, dirigido a usted, mi comandante.

—Mándelos inmediatamente con un recluta al casino de oficiales, para ver qué desean —ordenó el jefe militar.

—¡Su orden mi comandante! —contestó el soldado con voz fuerte.

Mientras el conscripto los conducía de la prevención al casino de oficiales, el dueño del café recordaba que estuvo ahí anteriormente, fue hacer barra y a alentar a sus compañeros de colegio, en un partido de fútbol entre estudiantes del colegio Eloy Alfaro y el batallón de infantería Cap. Díaz; ¡cómo había cambiado ese cuartel!, miró por algunas veces a los alrededores y con mucha dificultad entre las sombras pudo identificar el estadio, allí él con un sinnúmero de amigos y compañeras observaron el juego y cuando los estudiantes alcanzaron el gol del empate, los conscriptos y personal de tropa que se encontraban a un costado de la cancha alentando y arengando a sus colegas del cuartel, comenzaron a perseguirlos para agredirlos brutalmente a los jugadores, entonces todos los del colegio se lanzaron en defensa de sus compañeros, que algunos yacían en el suelo, otros sangraban y algunos estaban por ahí escondidos, las mujeres valientemente ayudaron a defender y a sacarlos

del estadio, luego ese recinto se convirtió en una batalla feroz...Nadie conocía exactamente quienes la ganaron, porque los militares tenían una versión y los estudiantes expusieron otra, ninguna institución, ni persona, demandó ante las autoridades competentes por las agresiones y heridos que resultaron de parte y parte, el encuentro del balompié quedó empatado, por el resultado de este juego, los militares ese año no fueron los campeones de fútbol, del cantón.

Ya estaba el dueño del café impacientándose porque lo había esperado más de un cuarto de hora, quiso levantarse del asiento para ir a preguntarle al recluta, cuando vio que este se cuadraba perpendicularmente y a la vez saludaba a viva voz:

—¡Buenas noches mi comandante!

—Retírate, retírate —le ordenó el jefe militar, con el ceño fruncido, sin mirarlo, sin contestarle el saludo.

—¡Su orden mi comandante! —gritó el recluta, conservando la misma posición del cuerpo y timbre de voz.

Ante la entrada de la autoridad militar, los dos que lo estaban esperando se pusieron de pie y lo saludaron en coro

—¡Buenas noches señor comandante!

—¡Buenas noches! —contestó el jefe militar, sentándose en una silla que estaba junto a un escritorio.

—¿Quién es el dueño del café? —preguntó displicentemente, sin mirarlos.

—Soy yo —contestó con voz disminuida el dueño, e inmediatamente le entregó la orden de retiro del café.

El que la recibió, rompió el sobre, extrajo la esquila y solo leyó: “Señor Comandante del Batallón de Infantería 20, Capitán Díaz, de Cariamanga”, se fijó muy bien en los sellos, la fecha y la firma del gobernador, asentándola en el escritorio; entonces le pidió al otro ciudadano.

—Por favor, déjenos solos, que lo espere en la prevención. A ver señor, tiene usted aquí tres carros detenidos con el café y ya están nueve días y casi nueve noches, le hago saber que este recinto militar cobra por garaje y cuidado de los automotores 25 dólares por día, quiero decirle las 24 horas, por camión, de manera que para llevarse sus tres carros, debe cancelar... a ver son...cuanto de plata.

Quiso hacer las cuentas mentalmente, pero no pudo.

—¡Son 675 dólares, ésa cantidad es la que debo pagarle comandante! — interrumpió el dueño del café.

—¿Ésa cantidad es? —preguntó dudando el comandante, con voz vacilante y rostro incrédulo.

—Sí, eso sale según mis cuentas —agregó el dueño del café, muy seguro.

—Está bien —dijo secamente, el jefe militar— puede cancelarme hoy mismo o mañana.

—Sí comandante, pero “ahoritas” mismo le pago —y le entregó 13 billetes de 50 dólares, uno de 20 y otro de cinco dólares.

El que recibió la paga contaba y recontaba y al final dijo:

—Está bien, está completo. Vea caballero, los carros están guardados en ese edificio que tiene el portón de hierro grande y ancho y tiene tres candados, las llaves las he manejado yo, con uno o dos miembros del personal de tropa de semana y nadie más, para que no se pierda nada; ahí están sus automotores con todos los quintales, no les falta ni un solo grano de café.

Estaban terminando de salir del local, cuando recibió una llamada de la prevención. El jefe contestó:

—¿Qué pasó?

—Perdón, mi comandante, están aquí los choferes del señor del café para llevar los carros, no sé si usted autoriza para hacerlos pasar.

—Sí, sí, que pasen “hijito” —dijo y cortó.

Dirigiéndose al dueño del contrabando le manifestó:

—Quiero aclararle algo: en mis manos estuvo enjuiciarlos por la falsificación de las firmas, por intento de soborno y podían irse presos a pagar la sentencia de un juez, que no sé porque tiempo, pero no quise y además todo dependía de mí, porque como militar honesto y disciplinado que soy, debía cumplir la orden dada por el ministro de defensa inmediatamente, ¿cuál era?, devolverle su contrabando; pero no la cumplí, porque verbalmente nos comprometimos con la primera autoridad de la provincia para que él haga todo lo concerniente sobre este asunto y así se ha hecho.

El de la frontera le oyó todo con mucha atención y finalmente muy sonreído expresó:

—Solo tengo que agradecerle por toda su ayuda prestada, comandante, muchas gracias. Seguidamente miró el reloj, eran las veintidós horas.

Así fue como finalmente salieron los tres carros con el café que habían estado detenidos por nueve días, en esa unidad militar.

El dueño del café muy emocionado y para despedirse dijo:

—Tengo un regalito para usted —fue al carro y sacó una jaba de whisky y se la entregó, diciéndole—: para que se sirva con sus amigos en mi nombre y por agradecerle; también le indico algo muy importante: a nosotros nos tramitaban todos los papeles para llevar las cargas, yo ni sé cómo se hace eso, nosotros pagábamos, porque no disponíamos de tiempo para ir a Loja y obtener todos los papeles legales que se necesitan.

—Bueno, olvidémonos lo malo y enhorabuena que está arreglado todo, usted lleva toda su carga, sus automotores están en buenas condiciones aquí en este recinto militar no se queda ni un solo grano de café, ya que se lo he tenido vigilado con mis hombres y asegurado con tres candados, por lo que me quedo muy satisfecho de haberlo conocido y servido, gracias por su regalo —expresó el comandante, ahora muy atento y sonreído.

—Le agradezco más yo, por haberme atendido en la noche —dijo el dueño del café, muy complacido—, espero algún momento tenerlo en la frontera, mi casa está a su disposición.

—Gracias, algún día iré —contestó el invitado, con rostro todavía risueño.

—Hasta otro día comandante, que tenga una buena noche —se despidió el hombre, tendiéndole la mano derecha y apretándola fuertemente.

—De la misma manera, buenas noches, que tenga un feliz viaje —contestó el jefe militar.

Eran las veintitrés horas cuando salía del recinto militar rumbo a su tierra; al fin, pronto estaría con su familia, con su esposa, con los suyos, aproximadamente en unas dos horas. Su mente empezó a trabajar y hacía los cálculos sobre la hora aproximada que los carros estarían en Guayaquil entregando el café. “A ver, salieron a las 22 horas, mañana cerca de las once horas llegan, de ahí al banco, luego a cobrar se ha dicho. Es bastante riesgoso recaudar tanto dinero y traerlo; bueno, pero van siete personas incluido mi hermano, ellos ya saben de este trabajo, siempre lo han hecho, mañana les indico cómo deben actuar para que soliciten unos guardianes y los acompañen, desde el banco hasta donde dejan los carros”.

Iba alegre, miró por la ventana del carro y pudo distinguir perfectamente el cerro Ahuaca, que parecía estar enganchado en el firmamento, acompañado por muchas estrellas y luceros; esa noche, la luna iluminaba todo el cosmos de este hermoso y pujante cantón que recién había celebrado sus fiestas de cantonización, respiró profundo, mientras quedaban atrás las últimas casas de la ciudad y del barrio Las Arabizcas, recordaba que en Cariamanga, él vivió un año como estudiante, porque su padre quiso que sea profesor, pero, el cafetero no aprobó el periodo de estudios, perdió casi en todas las asignaturas; tuvo buenos amigos en el Barrio Chile ya que allí vivió.

Todas las noches recorría la ciudad, iba a la avenida Loja muy temprano en la noche a ver su novia, siempre fue un novio muy puntual; de regreso caminaba cuatro cuadras y estaba en el barrio Central, se quedaba en el parque y se encontraba con muchos amigos que también eran de la frontera, de la parte alta de la provincia de El Oro, de Zamora Chinchipe, de casi todos los cantones

de la provincia de Loja y de otras regiones del país, que estaban estudiando en el prestigioso Normal Eloy Alfaro, ahí permanecía tertuliano, hasta la última hora de la noche, todos los días de la semana, acompañado siempre por una o dos botellas de aguardiente.

Luego, con algunas copitas en su cuerpo y en compañía de uno y otro amigo, caminaban tres cuadras, llegaban al barrio San Vicente y constantemente visitaban el Barrio La Merced, para llegar a las dos o a las cuatro primeras horas del nuevo día a su domicilio, ahora sí a descansar.

Cuando por fin se terminó el año de estudios, llegó a la frontera muy contento y le dijo a su padre, que había sido promovido al curso inmediato superior y con muy buenas notas, que el pase de año lo retiraría y se lo entregarían cuando se vaya a matricular después de unas merecidas vacaciones que tienen todos los estudiantes del colegio, su madre que había estado oyendo la conversación, luego de saludarlo y abrazarlo, muy emocionada se dirigió a la cocina y le preparó un succulento plato, cuando él comía el potaje lo felicitaba, lo alababa por el esfuerzo, por el año ganado y ella muy emocionada o trastornada lloraba de alegría...

El vehículo en que viajaba, luego de salir de una hondonada, le permitió verlo por última vez al cerro Ahuaca, esa noche, esto hizo que el dueño del café pensara en sus asuntos pendientes, su paso por el colegio Eloy Alfaro, a nadie le gustaba comentar y nunca se sentía bien cuando algún familiar o un amigo le preguntaban sobre su vida estudiantil.

Estaba contento, porque pese a todo había salvado su café, luego de realizar una serie de actividades tanto lícitas como ilícitas; es decir, de acuerdo a las circunstancias que se le fueron presentando, con cada autoridad, con ciertos empleados, con los nuevos amigos, en cada oficina, en cada lugar que le tocó visitar.

Aunque su alegría empezó a desdibujarse en su cara, porque le preocupaba que el cargamento tuviera el riesgo de ser asaltado, o tal vez podían asesinar a alguien por robarles la carga, los vehículos, o posiblemente algún automotor sufriría cualquier desperfecto y esto obligue a que se retrase el viaje algunas horas o días y tenga que pagar más interés a los chulqueros por el dinero

pedido, puede suceder que algún chofer se duerma en el traslado tan largo y se produzca algún accidente.

Pero, se daba fuerza y se decía “estoy más que seguro que todo me va a salir bien, las personas que van son muy aptos para estos trabajos”, y se motivaba cuando hacía cuentas sobre las ventas y conocía que en esta transacción las ganancias serían más del ciento por ciento, de eso estaba muy seguro, pese a que no hacía los cálculos todavía, ni había estimado exactamente cuánto le estaba costando la devolución de su café, no podía aún determinar los gastos y los costos realizados.

Era muy simple realizar ciertas cuentas: porque lo había adquirido al quintal de café en 40 dólares puesto en la frontera de Ecuador y había estado calculado venderlo en 80; pero el comprador, sin pedirle precio, le ofreció 100 dólares por quintal y a este importe pactaron con aquel, que también era presidente de los cafetaleros del país, eran amigos por mucho tiempo, además era originario de Cariamanga.

Luego pensó en todos los gastos que había realizado, como el pago por el interés de la plata al 8% mensual, el alquiler del automotor con una capacidad de carga de 500 quintales, que era alquilado por 400 dólares el día; aquí no sabía qué valor debía anotar de sus dos automotores que no habían trabajado los nueve días, que habrían realizado tres viajes a Guayaquil por 800 dólares cada viaje; si únicamente los hubiera alquilado, más 25 dólares por garaje por los nueve días de los tres vehículos, pago a los choferes que estaban ociosos 600 dólares por mes de cada uno, también tenía que anotar el desembolso y las propinas entregadas a los estibadores por la carga y descarga de los 1500 quintales, los gastos por la estadía en el hotel, más los días que él no pudo trabajar. Divagaba, hablaba mentalmente. El total de ganancias brutas por las ventas era de 60 dólares por quintal, gracias al alza del precio del café.

Se dio cuenta que estaba llegando al fin a su tierra natal, su pueblo, el reloj marcaba más de la una de la mañana. Estaba de nuevo en su casa, en su hogar, con los suyos, iría a acariciar a sus hijos, a sus nietos, a oírlos reír o llorar, a comer con ellos, a jugar, a verlos crecer, a trabajar con ellos y por ellos, respiró profundamente con mucha satisfacción por estar al fin en casa, porque parecía que se había ausentado una eternidad.

Su delicada esposa, una mujer joven aún, de buen porte, muy fina, de facciones moderadas, cabellera negra, ojos de color indescifrable, tenía una sonrisa muy tierna, esto le daba una personalidad impresionante de bondad, de ternura, a su aspecto le mermaba unos diez años de edad; muy cariñosamente lo invitó a comer y a la vez lo saludaba. Él no aceptó nada, indicando que estaba muy cansado y con sueño, que ahora solo quería dormir.

Ya en la cama, ella le preguntó cómo le había ido en este viaje. Él le contó todas las cosas sucedidas en la capital de la provincia, desde el frío intenso que sentía en las mañanas y en las noches, hasta las conversaciones, las colas largas que tuvo que hacer en toda oficina y los ruegos que hizo para ser atendido, el tiempo perdido, todos los regalos entregados a las autoridades que había conocido, la mala actitud de ciertos empleados y empleadas para trabajar o atenderlo en muchas oficinas. Hizo una pausa, cuando habló de la amabilidad y belleza de la secretaria de la gobernación, de la ayuda brindada, de la forma de vestirse, de su figura, de su talle, de su finura, de su educación, de la manera de atender al público en general.

Entonces la esposa lo abrazó ardientemente y él recordó el busto redondo en movimiento de María Gardenia, que lo observó la primera vez sentada en la silla, mientras ella escribía en la máquina, por lo que sintió un deseo sexual inmediato, incontenible y se imaginó que la tenía en sus brazos.

Él le correspondió a sus caricias, cerrando sus ojos, hizo el amor con su esposa (pensando en María Gardenia), él no pronunció un solo término de pasión y cariño en todo el acto sexual. Su esposa, muy satisfecha, dijo:

—Mijito, me estabas haciendo tanta falta.

Él vio el reloj, eran más de las tres horas del nuevo día, lo que importaba era descansar y dormir.

A las seis horas, el dueño del café despertó especulando en su carga, estaba muy preocupado, pues nadie lo había llamado, se levantó y se metió al baño y se duchó rápidamente, luego se vistió y su esposa lo llamó para que desayune; mientras estaba empezando a comer, sonó el teléfono convencional. La empleada le dijo.

—Es para usted señor.

—Buenos días, ¿con quién hablo? —contestó él.

—Hola, llamo de Chiclayo —era la voz de un hombre—, quiero avisarle que le tengo comprado café del bueno; por esta vez no me ha enviado la plata por adelantado, usted conoce muy bien que todos aquí recibimos el dinero anticipadamente, así es —dijo secamente—. Yo viajo en una hora; no sé qué me pasa solo con usted, a veces me entrega el dinero, muchas veces no me hace llegar nada y yo siempre le compro el café, nunca lo he dejado sin llevarle la carga, a usted yo lo prefiero. Y si la suerte me ayuda —agregó—, a la una o dos de la mañana estaré en el sitio dónde todas las veces le entregamos, o si puedo voy con la carga directamente a esa hora a su casa, no quiero que me falle, no me hará esperar mucho tiempo.

—¡Ah, bueno!, sí deseo comprar la carga que tú vas a traer —expresó el comprador de café—. Lo que ocurre es que aún no lo vendo al anterior y apenas los carros se fueron anoche y todavía no es la hora de llegada al puerto de Guayaquil. Tú me quieres vender, pero no me dices el precio del quintal ni la calidad del mismo. ¿Será bueno?, ¿será malo?

—Es del mismo que le entregué últimamente —dijo el peruano, y prosiguió—, en cuanto al valor de cada quintal, acá subió 20 dólares por bulto de 50 kilos. ¿Va a querer? ¿Sí o no?, para llevarlo hoy mismo.

—Sí voy a seguir comprándote, tráelo y ahí conversamos y si me conviene te lo compro, de eso debes estar completamente seguro —contestó fríamente el comprador.

—Bueno, ya se lo llevo para que lo vea y estoy convencido que usted me lo comprará —replicó con tono desinteresado el peruano. Luego dijo—: Y si no quiere, sé que puedo vendérselo a otra persona que me ha estado llamando últimamente; ¡así es!, a mí me gusta ser sincero y hablar claro y usted me conoce muy bien.

—Bueno, bien sabes tú que otra cosa es viendo el producto, ahí uno se anima y se compra —habló con voz conciliadora el comprador.

—Entonces quedemos así, nos vemos, chao —agregó el peruano y cortó la comunicación.

—Ya nos vemos, chao —dijo el comprador.

Volvió a la mesa y cuando estaba por terminar el desayuno, la empleada le acercó el teléfono, diciendo que era un hermano que lo llamaba desde un teléfono monedero que quedaba frente al control de la policía de Río Bonito de la provincia de El Oro, muy cerca de la parroquia Camilo Ponce Enríquez de la provincia del Azuay.

El dueño del café directamente dijo:

—¿Cómo les fue? ¿Qué, pasó algo?

—Oye, acá hay nuevos jefes, mejor funcionan los viajes cuando se envía al campana adelante y ahí se hace los pactos o acuerdos y las cosas salen muy bien así. No ha quedado ningún amigo o conocido nuestro, les han cambiado a todos, estamos de mala suerte, fíjate que nos tienen con los carros parados casi una hora y quieren revisar saco por saco el café —con voz entrecortada hablaba el hermano.

—Dejen que revisen o controlen, tú sabes que estos quieren billete, si son nuevos vienen con más ganas de cobrar dinero, por eso es lo que hacen problema. Qué podemos hacer si ya los tienen ahí, en eso nada tienen que hacer ustedes, vean si pueden regalarles hasta unos 800 dólares, porque necesito la plata hoy mismo; ¿sabes que el hombre en Chiclayo ya tiene más café?, quiere el dinero y sale hoy mismo, en cuanto a los papeles que ustedes llevan, están en orden, ellos no conocen que las firmas y los sellos tienen problemas, o que no son auténticas, el problema es acá en Loja, allá no conocen nada, ellos por esos papeles no les van a hacer ningún problema, de eso ustedes deben estar muy seguros y díganles que vienen con todos los permisos y papeles en regla, eso háganles notar muy bien. Aunque de todas formas ustedes negocien muy bonito, pero, no les entreguen más de los 800 dólares, explíquenles que así les ordenó el dueño.

—Mira que nosotros estaremos en tres horas en Guayaquil y por las mismas nos volvemos, enseguida te llevamos toda la plata para que les devuelvas

pronto a los chulqueros y con el resto compres más café ya que has estado sin trabajo nueve días y necesitas recuperarte económicamente lo más pronto, de eso estamos todos conscientes —dijo el hermano.

—Bien, muy bien, como les dije: no me fíen el café y reciban cheque a la fecha, verán que esté bien girado, que las cantidades en letras y números sean iguales, que tenga la firma respectiva —expresó el dueño.

—Oye, te dejo porque estoy viendo desde aquí que hay algunos militares y soldados aduaneros; luego te llamo, chao, nos vemos.

Era el único control donde les habían revisado minuciosamente los documentos, ya que en el control de La Avanzada los dejaron pasar sin pedirles ningún papel, pero aquí les pidieron facturas, permisos y más documentos personales y de los automotores, todos los papeles y documentos fueron presentados con las firmas y sellos de las autoridades lojanas que les habían retenido el café por más de ocho días. El dueño del café solo pidió que se le devuelva el producto. No los papeles.

Las autoridades de Loja no sabían ni pensaron que los transportadores del café tenían dos o cuatro copias de permisos idénticos a los que ellos los habían querido acusar de falsificación de documentos; estos mismos papeles falsos serían nuevamente presentados, revisados y aceptados en los diferentes controles de la policía y la aduana en las provincias del oro y guayas.

Mientras estaba examinando minuciosamente los papeles, un guardia de la aduana, regordete, negro, patizambo, ojos sanguinolentos rasgados, se daba vueltas alrededor de los carros, simulando chequear las llantas, los cajones, las carpas, un chofer se bajó de un vehículo, se aproximó muy cerca a la oreja y le dijo:

—Jefe, todo anda muy bien, tenemos papeles legales, permisos, los automotores están en muy buenas condiciones; para nosotros ahorrar tiempo aquí le entregamos 400 dólares, para que rápido nos deje pasar —poniéndole los billetes doblados, entre los papeles y la mano izquierda del guardia.

Él siguió leyendo los papeles falsos detenidamente, una, dos veces, hasta que finalmente comentó:

—Es mucha carga, mucha carga, ¡verá que son tres carros! Debe realizarse un chequeo quintal por quintal —luego casi gritando agregó—: que venga más personal para que ayuden, necesito reclutas que apoyen para revisar esta carga, a ver, por favor... dos personas más en cada carro.

—Jefe, todo está en orden —habló otro chofer—, papeles, la carga, los carros, nuestros documentos personales, las licencias no están caducadas. A ver ¿qué nos falta? Todo tenemos en regla, no haga problema, hombre, nos retrasa el viaje adrede.

—Sí, sí, así es —contestó el guardia—, pero son lojanos y pueden llevar droga, mucha droga, porque son de Loja; ahora me rompen de cada carro unos seis sacos al azar y además me hurgan el resto de costales minuciosamente, para ver que más llevan.

—Jefe, todo está muy bien, aquí le entrego 200 dólares más, para que nos haga pasar rápido, queremos llegar lo más pronto —dijo el chofer.

—¿600 dólares para que deje pasar 1.500 quintales de café?, ¡a menos de 300 dólares por cada carro! ¡Qué pasó, mis paisanos!, si recién llegamos aquí y aún no llega el billete; no nos han dejado nada toda la mañana, —dijo con rostro y un tono de voz burlona.

Luego puso un rostro muy serio, inmediatamente indicó: no, no.

—¡Bueno, ya! Paguen 1.500 dólares por los tres carros —expresó esbozando una sonrisa y cambiando los papeles a su mano derecha—. Finalmente —agregó—, este café viene de contrabando y el contrabando deja harto dinero, muchos billetes, así es mis paisanos. Yo conozco mucho de esto, si ya me voy a jubilar.

—Jefe, no andamos más que con 800 dólares, ¡si todos los papeles están en orden!, ahora en cada control nos toca darles plata, es muy bueno para usted, —decía el chofer, casi implorando.

—Yo tengo que repartir con todo el personal que ustedes ven aquí, y ellos no perdonan nada, nada, ellos no se contentan solo con los refrescos, ellos son caros, muy caros, no reciben bagatelas.

—Tome 200 dólares más, solo tenemos 800, en dos o cuatro días nuevamente le dejo una propina y así vamos a continuar obsequiándolo hasta cuando usted se encuentre aquí, así es jefe, no sea malo —volvió a suplicarle el chofer.

Mientras tanto, de las personas que estaban revisando la carga, uno gritó:

—Jefe todo lo que llevan es café, ya rompí con la bayoneta los seis sacos, que usted ordenó.

—Acá yo he hecho lo mismo —dijo otro.

—Yo también —gritó un recluta—, toda la carga es de café, solo café y no llevan nada más, mi jefe.

El aduanero regordete, negro, patizambo al fin explicó:

—Bueno parece que están bien todos los papeles, están en orden, los automotores bien, licencias de los conductores están en vigencia, las facturas están en regla; ahora hay que sellarlos y pueden continuar con el viaje señores, están despachados paisanos —luego, casi increpando cerca de una ventanilla, agregó—: todo anda muy bien mi jefe, no hay ninguna novedad, entonces ¿hago pasar los carros?

En la ventanilla no había ninguna persona y algunos policías daban señales con las manos para que pasen los carros y continúen con el viaje.

Y los militares con los reclutas gritaban: “sigan, sigan, pasen, pasen”.

Entonces el chofer y los que estaban dentro de los vehículos agitaban las manos en señal de despedida. Decían “gracias, muchas gracias, hasta la vuelta jefes”.

Así fue como dieron paso a todos los tres carros, cargados con el café, las autoridades policiales, aduaneras y militares, luego de revisar y observar que los permisos, las facturas, las licencias de los conductores y los automotores, todo estaba en orden y no tenían por qué complicarles el viaje.

Aceleraron lo más que pudieron para llegar antes del mediodía y entregar el café a la exportadora, para luego cobrar el dinero en el banco y rápidamente regresar lo más pronto a casa.

En la frontera, el dueño de la carga hacía lo posible por comunicarse por teléfono con el comprador en Guayaquil, pero todo era inútil, ya había intentado por más de una hora; casi con rabia comentó para sí “¿cuándo se arreglarán las líneas telefónicas para nuestra tierra?”

Inmediatamente, lleno de coraje salió a la calle a comprar el periódico y lo primero que revisó fue los precios de los granos y constató que el café había subido más.

Era una buena noticia, puesto que a las primeras horas del nuevo día le llegaría más café, y debía comprarlo conociendo exactamente su valor actual en el país. Luego regresó a casa, ya más tranquilo, en donde la empleada después de saludarlo, le dijo: que estaba listo el almuerzo, que ya estaba puesto en la mesa.

El dueño del café no le contestó pero le sonrió, pues vivía un día tenso, casi no tenía hambre, pero se sentó a comer.

Seguidamente timbró el teléfono y contestó la empleada, quien muy respetuosamente le habló:

—Es el chofer que desde Guayaquil quiere conversar con usted.

Dejó de alimentarse y prontamente contestó desde la extensión.

—Sí. ¡¿Qué ocurre?! ¿Cómo les fue? ¿Todo salió bien?

—Nada pasa, es que verá nosotros llegamos —dijo el chofer—, estamos en las bodegas del comprador y al realizar el pesaje en la balanza y al contar los quintales, solo salen 1.440 y no los 1.500 quintales que nosotros deberíamos tener, es decir, no está la cantidad total que se cargó en la frontera, la semana pasada y que se dejó en el cuartel.

—¡¿Cómo dices?! ¿Qué les falta el café? ¡Digan mejor cómo les robaron! ¿O cuantos se cogieron ustedes? —interrumpió el dueño gritando—. Y no estén

con esos cuentos, váyanlo sabiendo, que ustedes son los responsables del faltante del mismo, a mí no me van a ver la cara de cojudo, ni soy ningún caído de la maca, ¡váyanlo sabiendo carajo! O cuéntenme qué pasó con el resto del café, ¡qué lo hicieron!

—Verá, verá, no nos han robado nada, en ningún momento, ni ha pasado nada, ni en el viaje, ni acá en Guayaquil, según nuestro criterio los 60 quintales se pierden o se los roban en el cuartel, donde quedaron los carros por algunos días —contestó el chofer con tono suave.

—¡Cómo! —exclamó el dueño del café—, dicen que nada pasa, que no les han robado nada, y les falta ahora 60 quintales de café y que solo constatan 1.440 quintales, es decir faltan sesenta y ¡¿dónde se les pierde el café?!, ¡¿quiénes les robaron?! Debieron...

—No, no pasó nada durante el camino, no hubo ninguna novedad, a ninguno de los tres carros les despojaron de nada, a nosotros no nos roban, si nos hubieran robado, se llevaban todo el café de cualquier carro, o nos despojaban cualquier automotor o a los tres con toda la carga, a veces así roban algunos pillos cuando asaltan en el camino; pero, si hubiéramos sufrido algún hurto tampoco se van a llevar solamente los sesenta quintales —volvió a interrumpirle el chofer con el mismo timbre de voz.

—Los quintales que faltan —dijo, muy enojado el dueño del café—, o sea los 60 sacos, les descuento a ustedes, ahí van a cuidar mejor las cosas, ahora me faltan 60 quintales y dicen ustedes que no falta nada, que no ha pasado nada. ¡Linda respuesta!

—¡Verá!, ¡espere!, ¡por favor, déjeme hablar! —dijo el chofer, con tono un poco fuerte—. Pensamos que al café se lo roban en el cuartel, porque de la frontera, usted sabe, todos contamos y se cargó los 1.500 quintales, distribuidos 500 en cada carro, hasta que nos capturaron y todo quedó allí donde los militares. Lo malo es que nosotros, ni usted comprobamos, ni contamos anoche cuantos sacos estaban en cada automotor, o cuantos quintales recibíamos, no se nos cruzó esa idea cuando lo retiramos y, es más, cómo íbamos a pensar que se pierda el café donde los militares. Se piensa que ahí estaba muy seguro, que los carros y la carga quedaba a buen recaudo, pero resulta que en cada carro justamente faltan veinte quintales.

—Pero vieron ustedes que el comandante había tenido con tres candados asegurado el garaje dónde habían estado los tres vehículos —contestó el dueño, con tono más bajo.

—Así fue, nadie desconfió al ver las seguridades del portón, ni se comprobó que en realidad retirábamos exactamente toda la carga, simplemente, pusimos en marcha los vehículos y salimos, lo más rápido posible.

—Bueno, pensándolo bien, posiblemente sean así las cosas —indicó el dueño, ya más calmado—. Para mí ese comandante parecía ser incorrupto, el más honesto, para mí él era el bueno de la película, cómo podía desconfiar si él mismo tenía las llaves y si las entregó fue a una o dos personas, naturalmente personal militar que estaban de turno esos días.

—También el exportador dice que va a comprar a crédito por quince días el café porque va a adquirir otro barco —dijo el chofer interrumpiéndole—; comprando y teniendo una nueva embarcación nos indica que nos pagará a mejor precio y cualquier cantidad que le llevemos, porque ya no gastará en fletes, y nos propuso que le esperemos el dinero de 600 quintales y que por este tiempo a todos los vendedores les está pidiendo crédito por más de quince días; pero nosotros le dijimos que no.

—¡No fíen nada! Yo quiero todo el dinero ahora, mucho tiempo se le ha fiado, siempre él fía; ese caballero tiene mucha plata, está podrido en plata, puede comprarnos todo al contado, me da rabia que dice que le fíe —hizo una pequeña pausa—. Ya, ya, que un cheque nos facilite para ocho días plazo, contados desde hoy, y el resto que les entregue en efectivo, está bien, está muy bien, háganlo así —estornudó, luego bajó la voz—. Traigan el efectivo con sumo cuidado, cuando les entreguen metan el dinero en los sacos vacíos de café para que nadie sospeche que es dinero y el cheque que no lo gire cruzado —terminó diciendo, con rostro fruncido.

—Muy bien, haremos como usted lo manda —contestó el chofer y la comunicación se cortó.

No pudo terminar de comer, porque ahora tenía la noticia de que 60 quintales de café habían desaparecido y era más pérdida para él. “¿Quién cogió mi café?” “¿Dónde me roban!?”, decía para sí, “es verdad, puede ser como me dijo el

chofer, los 60 quintales de café se pierden o mejor dicho se los sustraen en el cuartel, no hay más qué pensar; sí, en el cuartel se pierde el café, anoche debí haber contado los quintales que me entregaron, ¡qué tonto fui! ¡Qué diablos me pasó! ¡Qué fácil que nos engañaron a todos! ¿A quién puedo reclamar? ¡Qué puedo decirles ahora, si ya retiré mi carga!”, cavilaba el perjudicado. “Ahora todo lo que se quiera hacer es demasiado tarde, ¿cómo me iba a imaginar que en el cuartel, se hagan quedar parte de mi carga? ¿Quién cogió mi café?”

“Se roban de cada carro la misma cantidad, veinte quintales de cada uno, la carpa que cubría cada automotor estaba como la habían dejado los choferes, porque si vi los vehículos cuando salieron anoche; seguramente el jefe compartió con alguien, o posiblemente él no conoce nada de esto y yo estoy juzgándolo” seguía hablando el cafetero.

Pero recordaba exactamente las palabras del comandante del recinto militar de Cariamanga cuando retiraba la carga: “Usted lleva todo su café, aquí no se queda ni un solo grano, ya que se lo he tenido vigilado con mis hombres y asegurado con tres candados el portón del garaje”; además aún quedaba en su mente el portón de color verde oliva, que había estado protegiendo a los automotores, con las seguridades respectivas; no podía creer ni aceptar lo que estaba sucediendo con su carga.

Estuvo en su casa el resto del día y gran parte de la noche sin poder hacer nada. Por algunos momentos se sentó en su escritorio queriendo hacer las cuentas, pero como tenía nuevas pérdidas, decidió realizarlas cuando tenga todo el dinero de la venta del café en sus manos.

No podía concentrarse ni trabajar en nada, porque su mente estaba pensando en el dinero y en el cheque que traían su hermano con los choferes desde Guayaquil, era mucho dinero. Ahora tenía más ideas en su cabeza que no podía sacarlas.

Recordaba nuevamente, decía que por algunos dólares estaba pagando interés, no había merendado, eran las once de la noche y se recostó en su cama de madera de cedro de color negro, cubierta de sábanas y cobijas con marcas peruanas, de muy alto valor. ¿Quién cogió mi café? Miró al techo y fijó su mirada en el ventilador de largas hélices que daba vueltas para proporcionarle aire fresco.

Ya se fue la media noche, cuando aletargado, le vino los recuerdos de la bella María Gardenia, sus ojos, cabellos y cejas negras, su talle alto, su abultado busto muy simétrico con su cadera; recordaba exactamente sus primeras palabras cuando él le preguntó por el señor gobernador, y ella con un tono de voz tierno, con su rostro amable y sonreída, le contestó: ya mismo llega, espérelo un ratito, ya no más viene el señor gobernador. “¿Quién cogió mi café?”, su mente volvía a repetir y empezaba a meditar en este asunto, sin poder llegar a una conclusión lógica que le permita sacarlo de su cabeza este pensamiento.

Entonces, los ruidos y los pitos de los carros lo hicieron saltar, e inmediatamente la codeó a su esposa, diciéndole fuertemente:

—Ya llegaron mis carros.

Ella se dio media vuelta envolviéndose más en las cobijas y semidormida contestó:

—¡Mis carros!, ¡mis carros! ¡Estás loco!, no puedes conciliar el sueño, te voy a llevar donde el médico; así no suenan los motores, ni pitan así, estás muy equivocado, ¡duerme por favor!

Él no hizo caso y levantó las cortinas, miró a la calle y no eran sus automotores; pero de un carro un hombre se bajó y le gritó:

—Ya está aquí su carga, ¡venga a recibirla!

El comprador de café, en ese momento recordó que tenía que llegarle más café, debía recibirlo inmediatamente; antes de salir dijo:

—Mujer, es la carga que acaba de llegar, voy a abrir la bodega para allí guardarlo, ya que deben descargar los carros aprovechando la noche, también voy a comprobar la pesa de cada quintal.

Su esposa no pronunció un solo término. Siguió durmiendo.

Ni bien terminó de abrir el local, inmediatamente aparecieron seis estibadores, preguntándole que en dónde arrumaban el café.

—Debemos primero pesarlo, para esto deben colocarlo en la balanza, hasta cinco quintales resiste de peso, y los pesan para que luego lo coloquen tras de la tercera pilastra siguiendo a la derecha —les explicó el dueño, con voz fuerte.

—¿Y cuántos me trajeron? ¿Oye, peruanito, cuántos quintales cargaron allá? —preguntó a un estibador.

—No sé varón, mi padrino sabe la cantidad —contestó el aludido y prosiguió—, a nosotros nos contrató por 30 dólares a cada uno, pero usted debe reconocernos ahora siquiera unos veinticinco centavos de dólar por saco, por lo que estamos trabajando ya casi hasta la madrugada.

—Bueno, les voy a regalar quince centavos por quintal —contestó.

Fue entonces que vino el primer cargador con los dos sacos, colocándolos en la balanza y el comprador leyó mentalmente que pesaron 208 libras, y los otros tres cargadores los llevaban de la balanza, para colocarlos tras de la tercera pilastra derecha a unos 20 metros de distancia aproximadamente.

Luego un compañero de los estibadores gritó:

—¡Oye, Veinticuatro!, contarás cuántos quintales descargan, llevarás muy bien las cuentas, no te vayas a equivocar.

El dueño, hablando para sí, repitió: “Veinticuatro, ¡qué apodo!”

Así fueron trabajando, carga y descarga, con bromas y chistes, gritos y carcajadas, manoteos, entre simulación de agresiones y pequeñas agresiones los estibadores; era la madrugada con vientos muy frescos en la calle, acompañada por los ladridos de los perros; y los descargadores, por el esfuerzo físico, cada vez de su cuerpo brotaban gotas de sudor más grandes y abundantes, sus ropas ligeras estaban totalmente mojadas, de donde emanaban un hedor muy fuerte.

El dueño, que estaba anotando el peso de cada bulto, ya no podía soportar ese mal olor. En su mente no se le ocurría cómo hacerlos que descansen o pedirles que se cambien de ropa. Recordó que tenía un refresco de dos litros junto a la pesa y les ofreció diciéndoles:

—Salgan a respirar aire fresco, descansen y beban lo que les brindo.

Todos le agradecieron por la invitación que les formulaba para que reposen y por el refresco.

Nuevamente las bocinas de los automotores hizo que los estibadores sigan con su descanso y el cafetero anotó en su libreta el peso de los dos bultos que habían dejado sobre la plataforma: “208 libras”. La guardó con llave en el escritorio y respirando profundamente salió al encuentro de los que llegaban, su hermano y los choferes que regresaban muy contentos con el dinero y por la felicidad del viaje, desde Guayaquil.

Inmediatamente realizaron las cuentas, le entregaron primero el cheque y de entre algunos costales iban sacando y contando los fajos de billetes, le mostraron las facturas de los gastos realizados. Les pagó y les reconoció de todo, hasta el último centavo de los gastos. Al hermano le pagó por el viaje y le regaló una muy buena propina.

Los choferes con el hermano se marcharon inmediatamente a descansar, el señor del café subió al dormitorio y guardó el dinero con el cheque, luego aseguró muy bien la puerta y bajó para seguir pesando el resto del cargamento, pero los cargadores estaban tan dormidos que debió menearlos para despertarlos.

Nuevamente empezaron la tarea: de cargar y descargar, arrumar, a molestarse, a manotearse, a reírse y simular las agresiones; la gente se amaneció trabajando, en esta nueva carga de café que le había venido, tal como habían quedado con el vendedor de Chiclayo, quien dormía plácidamente en la cabina de un carro.

Una vez más embodegaba 800 quintales de café en este sitio, eran las siete de la mañana y no quedó nadie, todos se fueron a descansar, solo el dueño aseguró bien los cerrojos de las puertas del local y también se fue a dormir, llegó al dormitorio, su esposa ya no estaba.

Cuando eran cerca de las once de la mañana, despertó y llamó a su esposa para preguntarle si había llegado el hombre del café.

Ella le contestó que no había regresado y lo invitó afectuosamente a desayunar. Ya desayunando un poco más tranquilo, se le vino a la mente que era

momento de negociarlo al café y sin terminar de comer llamó a Guayaquil, a la exportadora, y la sorpresa más grande fue cuando le contestó el comprador de café que deseaba adquirir otro barco.

Se saludaron, se preguntaron por la salud, por su familia, conversaron de algunas cosas, se hicieron bromas respetuosamente y luego de hacer una pausa, él aprovechó para ofertarle los 800 quintales de café.

El comprador de Guayaquil dijo que le compraba encantado de la vida y que incluso le pagaba con 10 dólares más por quintal, porque ese era el nuevo monto, y que el café estaba en alza de precio por la escasez en todo el mundo, por la sequía en Colombia, por las inundaciones en Brasil. Que en Centroamérica y Méjico las cosechas no fueron tan buenas. Que el resto de países productores de café no avanzarían a cubrir la demanda mundial y que en unos ocho días más o en un medio mes subiría un veinte o treinta por ciento en quintal y que incluso el mercado local quedaría desabastecido, por la exportación a los mercados internacionales.

Bajando la voz y en secreto le manifestó que de Guayaquil o Machala van a ir compradores a adquirirlo allá en la frontera mismo y eso le daba por hecho y aprovechó para pedirle una vez más que le fíe el café, sólo por unos quince días, o veintidós, hasta volver de un viaje que tenía planificado.

El dueño del café le contestó que él necesitaba la plata, que por alguna cantidad de dinero estaba pagando interés a los chulqueros, intereses muy caros, pero quedaba su propuesta para ser analizada y le avisaría en cualquier momento, despidiéndose cordialmente.

Después, muy sonreído recordaba lo que el comprador le había dicho, “le aseguro que esta es la última vez que le compro de contado”, “es mejor que no me avise de café”.

Volvió a la mesa muy contento porque había subido 10 dólares por quintal, luego fue al cuarto donde tenía todas las facturas y una libreta de anotaciones de los gastos realizados que hizo para retirar el café, también fue al dormitorio y trajo un saco con el dinero y el cheque que había sido entregado por los hermanos, lo primero que hizo fue ordenar y estirarlos a los fajos de billetes,

porque algunos estaban demasiado maltratados, luego comprobó si cada fajo estaba completo.

Cuando estaba casi todo terminado y se aprestaba a realizar la suma de los gastos y obtener al fin cuánto había ganado en esta venta, su esposa, del umbral de la puerta con voz fuerte dijo:

—¿No vas a almorzar?, son las dos de la tarde y aún no comes.

Él no le contestó una sola palabra, pero terminaba de comprobar que el total del dinero y las facturas de los gastos estaban ordenados, con el problema de que faltaban algunas, pensó que en cualquier momento se dedicaría a buscarlas y pronto las encontraría.

Entonces sonó el timbre y él se levantó apresurado, miró por el balcón y estaban siete personas esperándolo y pudo distinguirlo perfectamente al que le entregaba el café.

—¡Ya bajo inmediatamente! —les gritó.

Lo primero que les preguntó en tono jocoso:

—¿Dónde está Veinticuatro?

Todos se rieron graciosamente de diversas maneras y le indicaron a un cargador guiñando los ojos, los que estaban a los lados y haciendo gestos con el rostro; los que estaban al frente, moviendo la cabeza, aquel estaba con las manos en los bolsillos y llevaba zapatos cerrados; diferente a los demás que estaban con chancletas; hombre muy joven, muy fornido, su cuerpo bien distribuido, una cara ancha huesuda, pómulos prominentes, un pelo muy recio y abundante, pero seguían algunos riendo.

Nuevamente hizo otra pregunta, con rostro y tono más chistoso:

—¿Por qué le dicen Veinticuatro? El apodo, para mí, no tiene razón.

Entonces el vendedor (peruano) aclaró:

—Le dicen Veinticuatro, porque el amigo tiene polidactilia, esto lo digo porque le consulté a un médico de Piura sobre el problema.

Nadie entendió nada, ni hubo comentarios, y el que preguntó se quedó más confundido, pero mentalmente repetía la palabra para no olvidarse “polidactilia”, y hubo un silencio.

El vendedor peruano secamente dijo:

—Amigo, vengo para que me pague el dinero del café que le he dejado hoy en la madrugada y son 800 quintales.

—Tengo todo el dinero listo —contestó el comprador—, subamos para que lo cuentes.

El vendedor comprobó dos veces el número de billetes en cada fajo; y así, quedó satisfecho, mientras acomodaba el dinero en un maletín grande de cuero negro, de doble agarradera, con dos divisiones, sin mirar a nadie con tono amenazante dijo:

—Quiero que me adelante el dinero para comprarle aunque sea unos 2.000 quintales de café, antes de que suba más, antes que comiencen a controlar las autoridades de allá, antes que me nieguen el crédito mis proveedores, por eso deseo llevar el dinero por anticipado.

Luego agregó:

—Mire usted, si llevo ahora el capital, en unos cuatro o seis días ya tiene de nuevo el café, yo se lo traigo o se lo hago llegar, porque jamás yo le he fallado, ni he pensado en engañarlo; usted, conmigo siempre ha obtenido ganancias y vamos a seguir por algún tiempo trabajando y ganando mucho, tal vez un año, dos, tres. ¡Esa es mi propuesta!

Hubo un silencio. El dueño del café, no había contestado nada, porque para sí había estado pensando: “Si le entrego el dinero anticipadamente, tengo el riesgo de que no vuelva más, ni con el dinero, ni con el café”. Recordaba que algunos de estos negociantes aparecen cada 15, 20 o 25 años y se van llevando todo, dejan estafando a los de la frontera y nunca más vuelven; así ha sido, así es y así será

siempre en la frontera, se corre un alto riesgo de perder todo. Pero no sabía que decirle, su mente empezó a divagar.

Seguía el silencio. El peruano terminaba de meter y arreglar todo el dinero y cerró el maletín.

Entonces muy hábilmente, con palabras sencillas y convincentes, contestó el dueño del café:

—No tengo tanto dinero para adelantarte para que me traigas los 2.000 quintales que me has ofertado, creo que tienes toda razón para sentirte obligado y solicitarme el dinero por adelantado; sé que te sacrificas como yo para traer los granos acá; el riesgo que tienes al acarrear el café; entiendo muy bien que te pueden robar, o asaltar, pones en peligro tu misma vida, viajar y trabajar toda la noche, eso de estar solicitando crédito, de no dormir a veces las dos noches de tres días ¡es muy duro!.

Pero tienes que pensar en mí; no es prudente, ni es rentable que pague interés muy caro para adelantar la plata hasta por dos semanas y luego comprar el café, a veces para guardarlo un mes, hasta que el exportador complete su carga; para después fiarlo por unas dos o tres semanas, corriendo el peligro de que me lo quiten y estar cada vez con esa incertidumbre en todo control militar, o aduanero, regalando o entregando plata, siendo humillado de muchas maneras, en cada banco yendo a cobrar fuertes sumas de dinero, con la posibilidad que nos roben o que seamos asaltados y hasta peligrando la vida.

¿No te has dado cuenta lo áspero que es este negocio? ¿Lo difícil que es ganarse algunos dólares? ¿Lo complicada que es esta vida? ¿Sabes también tú lo injusta que es la vida! Muchas de las veces se sale hasta perdiendo en estos negocios, cuando el grano ha bajado de precio; yo lo hago porque aquí en la frontera no hay en qué trabajar, ni en qué emprender y soy un hombre “enfamiliado”, como quisiera ahora ser un profesional, ser médico, abogado o profesor aunque sea, para enfrentar esta vida tan cara que ahora se puso, tú no conoces que acá en nuestro país, se duplicaron los precios de casi todos los productos que consumimos, con los servicios ocurrió lo mismo subieron hasta más; el gobierno devaluó nuestra moneda nuevamente, la gasolina es la que más varió de precio.

De aquí para adelante, voy a ser todo lo posible para que alguno de mis hijos menores pueda estudiar, llegue a ser un profesional en la universidad, para que obtenga un trabajo de gobierno, aunque pagan poco, pero tendrá un sueldo seguro y para que nunca se enfrente a estas situaciones tan difíciles y humillantes que me estoy enfrentando y, que me están afectando demasiado.

Por todo lo que he reflexionado frente a ti y pensándolo bien, no, no voy a comprar café, por el tiempo que el exportador solicita que le fíe, es decir hasta unos veintidós días.

—¡Ah caramba! —dijo con tono asombrado el peruano—, pero así estamos haciendo todos los que ahora traemos café y otros productos, estamos solicitando por anticipado el dinero; y, todos nos están entregando el billete, incluso usted me ha confiado algunas veces, pero siempre les he traído los productos, yo nunca le he fallado a nadie, peor a usted, pero si esa es su forma de pensar, si esa es su decisión, no puedo llevarle la contraria; entonces yo también no puedo venderle nunca más, lo siento mucho amigazo.

Se encogió de hombros e inclinó su cabeza hacia su hombro izquierdo; mirándolo fijamente al comprador, sin ver el maletín, lo tomó con su mano izquierda de las agarraderas y empezó a bajar las gradas, sin decir una sola palabra, seguido por el anfitrión.

El vendedor peruano era un joven que tenía aproximadamente unos 34 años de edad, de estatura mediana, piel color canela, ojos de mirada profunda, un rostro amable, con una facilidad de palabra asombrosa y había aprobado en la universidad de San Marcos de Lima, Perú, dos años de ingeniería comercial y un curso de marketing; conocía perfectamente que él era el único proveedor para la mayoría de los comerciantes de la frontera y que a su cliente lo pondría a pensar, lo haría que reflexione sobre su propuesta, sabía que el dueño del café era un cliente cautivo.

Pero no tuvo respuesta inmediata de su comprador; mientras terminaron de bajar las escaleras, no cruzaron ningún término.

En la planta baja le esperaban al dueño los cargadores y uno de ellos le dijo:

—¡Ah varón, usted nos ofreció regalar quince centavos por quintal!

¿Quién cogió mi café?

—Así fue..., ¿cuánto les debo?

—Tú Veinticuatro, ¿cuántos quintales bajaste? —gritó alguien.

—Solo yo hice 140 viajes de dos quintales —contestó.

—Tú has realizado 120 viajes —le dijo al otro—, porque Veinticuatro descargó igual que mí, es decir los 140 viajes.

Entonces uno de los que llevaban la carga de la balanza para arrumar, les dijo:

—Está bien, miren ustedes ahí salen los 800 quintales, porque nosotros hicimos montones de 20 sacos por 40.

—Yo les regalo seis veces 20 dólares, no sé cómo ustedes deben repartirse —manifestó con tono suave el dueño del café.

Luego todos estaban contentos y se fueron despidiendo con un estrechón de manos; pero no lo hizo Veinticuatro, que desde el sitio donde se encontraba, muy respetuosamente dijo:

—Hasta otro día señor —inclinando la cabeza hacia adelante, siempre con las manos en los bolsillos, con zapatos cerrados y así empezó a caminar.

El vendedor peruano, dijo:

—Le agradezco por todo amigazo, si nos volvemos a ver, qué bueno si es por asuntos del negocio, caso contrario, mucho gusto de haberlo conocido.

—Gracias de la misma manera, felicidades en el viaje —contestó el provinciano, mirando al grupo que se alejaba.

Faltaba un estibador por retirarse y se acercó al provinciano, en voz baja le dijo:

—Le dicen Veinticuatro porque tiene en cada mano y en cada pie, seis dedos.

—¡Ah... diantre, que por eso era! Entonces tiene razón el apodo.

Luego muy sonreídos se despidieron.

El provinciano subió al segundo piso de su casa alegre y feliz, conversaba para su conciencia: “No sé qué le ocurrió al vendedor, en cada quintal existen entre cuatro y hasta seis libras de más en esta nueva compra, cuando lo repese sabré cuantos quintales exactamente me salen del sobrepeso, todo vendedor peruano, dice que trae 110 de peso por quintal, pero únicamente traen 100 libras y nada más”.

Entró al comedor y la esposa muy enojada le dijo:

—Son las cinco de la tarde y aún no almuerzas, tengo siempre el mismo problema casi todos los días de estar calentando tu comida, pareces criatura, ¡no me importa que si algún día te da una gastritis o te mueres con cáncer! ¡Tú siempre comes cuando se te antoja! ¡Nunca vienes a la hora que te llaman! ¡Nunca vienes a compartir la mesa con tus hijos! Ni la empleada ni yo, te podemos atender fácilmente.

Él se reía, se reía y fingió no oír nada y por eso no contestó, pero se dedicó solo a almorzar.

4.

VISITA DE LOS POLÍTICOS A LA FRONTERA, CONTINÚAN LAS ESTAFAS



Mientras tanto, las elecciones en el país se aproximaban y todo se ponía más candente. Venía a visitar Loja el abogado de Guayaquil en diez días, y había que preparar el recibimiento con todas las de ley. Se tenía listo el programa de visitas a los cantones más importantes de la provincia, como Saraguro, Calvas, Catamayo, Macará y Zapotillo, para lo cual previamente el director del partido de Loja se relacionó y se comunicó con sus coidearios de estos cantones y más amigos que había conocido en la frontera, y el primer avisado e invitado fue a quien le devolvieron el café; éste les había dado su palabra de que iba a trabajar con ellos en reconocimiento a los favores recibidos.

Pero, antes que nada, solicitaron que la recepción debía hacerla en su hotel, que ellos pagarían todos los gastos ocasionados por este evento, que debía el dueño preparar el recibimiento para los acompañantes del candidato. El de la frontera aceptó con buen agrado la propuesta y, es más, se alegró mucho ya que podía ayudar o devolver los favores recibidos y también porque tendría o conseguiría algunos ingresos por la utilización de su hotel.

El dueño del café hizo los cálculos de las personas que llegarían y habló para sí: “El candidato a presidente de la República del Ecuador (no viene el candidato a la vicepresidencia), los tres aspirantes a diputados provinciales por Loja, con sus respectivos suplentes, los candidatos a consejeros y a la prefectura y otros honorables, sus guardaespaldas, directivos del partido, asesores políticos, los empleados públicos que ingresaron en este gobierno, los que se han cambiado de camiseta, los periodistas, algunos seguidores de este cantón y uno que otro colado”.

Además, los amigos de él le habían ofrecido que pondrían los carros a disposición de los barrios rurales, para que toda la gente de las parroquias, los trabajadores del campo lleguen a oír, a ver y conocer a los futuros mandatarios, consejeros, prefecto, concejales, diputados del país, de la provincia y del cantón fronterizo.

En una previa reunión, se acordó así: primero sería el recibimiento de todos los candidatos en el parque central del cantón y también asistirían los líderes del campo, de la ciudad, los comerciantes, los dirigentes del magisterio, empleados públicos y privados; después de las intervenciones, serían invitados todos los dirigentes que deseen asistir al hotel y reunirse para conversar, realizar preguntas a los aspirantes a las distintas dignidades y oír las respuestas y propuestas de solución a la crisis económica, política y social que afecta en estos tiempos a todo el país.

Llegó el día y todo salió exactamente como se había programado, jamás habían concurrido tantas personas al único parque grande que tenía el cantón, ni en fechas de cantonización se había reunido tanta gente, ni había estado tan adornado y alegre. Era un ambiente de júbilo; los que vinieron del campo estaban desde las ocho de la mañana, otros fueron llegando hasta las dos de la tarde, esperaban y esperaban sin respetar el sol, el polvo, el viento, el esfuerzo físico y el hambre.

Porque a algunas personas, los comerciantes les habían traído muy temprano de los sectores rurales más alejados del cantón, ya que a todos los sitios habían enviado sus vehículos, para que vengan a conocerlos y oírlos al futuro presidente del Ecuador, al próximo prefecto de Loja, con sus consejeros, a los tres candidatos a diputados y otras personalidades.

Con ansias les esperaban casi todos los habitantes del sector urbano y rural, ahora estaban unidos y habían formado una calle de honor para el apoteósico recibimiento.

De pronto se oyeron cohetes, las bocinas de los carros más caros del país y del cantón sonaban, encendían las luces y se aproximaban en un número no menos de treinta vehículos, sin contar aquellos que habían ido a recibirlos y traerles desde el cantón Catacocha; se empezó a escuchar más fuerte las vivas, los cánticos, las alocuciones, hasta que en un solo coro los recibieron gritando todos fuertemente:

—¡Se ve, se siente,

llegó el presidente!.

—¡Amigo presidente,

aquí está tu gente!.

Estas vivas, arengas y gritos las repitieron un sinnúmero de veces y duraron hasta que en el escenario, quien hacía de maestro de ceremonias se calló mirando al público y no habló por unos treinta segundos, luego con voz muy fuerte silenció a todo el vocerío, se diría que en todo el cantón nadie habló cerca de un minuto.

Posteriormente todos los asistentes escuchaban atentamente las intervenciones más importantes, como las palabras de estadía y bienvenida para todos los ilustres visitantes que expresó un representante de los comerciantes de la frontera, en la que también solicitó, entre otras cosas, el comercio libre entre los dos hermanos países, Ecuador y Perú.

Intervino entonces el candidato a prefecto, y lo primero que hizo fue indicar los méritos, funciones y trabajos realizados de cada uno de los candidatos, a los cuales los iba presentando desde la tribuna a los asistentes que se encontraban esa tarde y noche; luego en su discurso solo atacó y denigró a las personas y a los grupos opositores a su candidatura y al resto de sus coidearios y pidió el voto a todos los asistentes, para poder llegar a la prefectura a trabajar por la abandonada frontera, y solicitó el apoyo para él y para todos los candidatos que habían sido presentados previamente en esa tarde y noche.

A continuación, llegó el turno al candidato a primer diputado y, con una voz armoniosa, agradable al oído, empezó su discurso muy locuaz, muy claro y prometió crear, aprobar y reformar leyes para la República, que permitan el libre comercio entre los dos países hermanos, porque hasta la presente fecha no existe una ley que beneficie a todos los pueblos de la frontera, y algunas que existen, solo sirven para un grupo que no lo dejan trabajar al gobierno y están caducas, y prometió la fiscalización de algunas instituciones públicas de la provincia y del país.

También dijo que fiscalizaría a cualquier ministro de estado, aunque sea de la misma tienda política de él y que no aceptará ninguna coima o soborno, no hará ningún trato para fiscalizar o dejar fiscalizar a los ministros; prometió darles trabajo, edificar hospitales, colegios, escuelas, construir carreteras, edificar grandes obras de energía eléctrica y terminar con el racionamiento de la energía eléctrica y hasta con los apagones que se venían repitiendo año por año durante las épocas secas en nuestro país, ya que esto causa muchas pérdidas económicas para nuestra nación, hizo una pausa, bebió agua.

Entonces se emocionó el público concurrente del cantón y aplaudió e hizo vivas luego de cada pensamiento dicho por el candidato a diputado.

El candidato utilizaba los movimientos de su cuerpo de acuerdo a cada palabra o frases habladas; las manos, sus miradas las desplazaba a todo el auditorio y su gesto en cada mensaje era muy expresivo; prometió, como obra prioritaria, una ley que permita el libre comercio en la frontera o las zonas francas, porque los habitantes de este sector de la patria son sobornados, son estafados, utilizados, por los miembros de la aduana, de la policía, del ejército y muchas autoridades civiles, tanto locales como nacionales.

Prometió a los campesinos entregarles diversas semillas seleccionadas, proporcionar asesoramiento técnico, tanto agrícola como pecuario y hacer bajar los intereses por los préstamos agropecuarios en el banco nacional de fomento del cantón y conseguir más dinero para ese banco, con la finalidad de que siempre tenga capital suficiente para que otorgue préstamos a todas las personas del campo que lo soliciten.

Era un buen orador, el público estaba enardecido, el mensaje era convincente, todo lo que prometió había sido escuchado y quedó posicionado en la mente de la muchedumbre; puesto que, cuando terminó el discurso el pueblo hizo sonar sus palmas, corearon sus arengas por unos cinco minutos, esto fue muy notorio, porque deseaba intervenir el candidato a presidente de la República, no le permitían por los largos aplausos.

Entonces quien iba a participar, levantó la mano derecha con la palma hacia adelante a la altura de su cabeza, y mentalmente contó de uno hasta veinte; luego con voz un poco chillona y fuerte dijo:

—Gracias, muchas gracias —así consiguió que todo el público lo escuche—. Estamos aquí, un equipo de trabajo que ha venido a verificar y a palpar todos los problemas y las necesidades de los habitantes de Loja y su frontera. A ponerse a la orden para trabajar, a ponerse a la orden para luchar por la frontera y sacarla adelante, a trabajar por Loja, a trabajar por el Ecuador, un país pobre, sin carreteras, sin hospitales, sin escuelas, sin ningún ingreso para los pobres, ni trabajo para su población. Nuestra propuesta es simple, sencilla: la economía del país se basará en el libre mercado, o en la economía de empresa, donde exista la libre oferta y libre demanda, y ellas sean las reguladoras de los precios de los bienes y servicios, porque necesitamos competir, para crecer, para producir y si queremos crecer y desarrollarnos, debemos competir con una muy buena producción. De manera que, cualquiera de ustedes puede salir a vender libremente sus diversos productos en el mercado, producidos con esfuerzo y esmero en sus tierras fértiles y les aseguro que serán comprados aquellos bienes que tengan un mejor proceso en su producción. Debemos competir para conocer nuestra capacidad productiva, para desarrollarnos como individuos, como personas, desarrollar las empresas y hacer un gran país, próspero, generador de riqueza; un país competitivo que nos permita el desarrollo en todo y de todos sus habitantes, necesitamos construir un país generador de trabajo, donde haya libertad, prosperidad y riqueza para todos.

Se dio un breve respiro y continuó:

—Mi gobierno, no intervendrá en ninguna de las empresas, ni las controlará, antes daremos paso a las nuevas ideas empresariales, a nuevos emprendimientos, para que la empresa privada se desarrolle y ofrezca los servicios de educación, de salud, de comunicación, de vivienda; y hasta la seguridad social de los trabajadores del Ecuador debe pasar a lo privado, porque solo la empresa privada puede administrar bien, generar riqueza, crear bienestar en la población, crear empleo, entregar bienes y servicios de muy buena calidad, capaz de satisfacer todas las necesidades y gustos a todos los habitantes del país; está demostrado que el Estado es un mal administrador. Toda la educación estatal es mala, la salud, los hospitales son una vergüenza, el Estado no puede ser el padre de todos, tenemos un Estado sumamente grande, que se encarga de regalar vivienda, entrega el servicio de salud gratuita a toda la colectividad, confiere educación a toda la población, sin que todo esto no tenga un costo para el adquirente; yo tengo una propuesta con la finalidad de mejorar esos servicios populares, tan necesarios, tan sentidos por ustedes y no se los desperdicie. En conclusión a esto digo, que todo lo que entrega gratis el estado a sus habitantes es malo.

”Conciudadanos, me refiero a un costo simbólico, porque todo lo que tiene un costo es bueno, es de buena calidad, porque todo lo que tiene un precio se cuida y se guarda. No se despilfarra, ni se bota, como se hace con los bienes del Ecuador, entonces el Estado no puede, así lo quiera, ser el padre de todos, porque es un país pobre, sin mayores ingresos. Por eso es necesario construir un nuevo estado, un país activo, que trabaje con eficacia y eficiencia y entregue los recursos, los servicios a ustedes que son el pueblo, para ello propongo el achicamiento del Estado, donde nuestro país no incurra en demasiados gastos, que no necesite excesivo presupuesto, que debe tener pocas instituciones públicas, pero que entreguen un buen servicio, así se economizaría mucho dinero y los bienes públicos improductivos tendríamos que venderlos y que pasen a las manos privadas, porque lo privado genera utilidad y buenas ganancia a sus accionistas que van a ser ustedes.

”El Estado Ecuatoriano tiene entidades públicas que no están cumpliendo su rol, no están trabajando, que solo pasan desperdiciando sus recursos, que al final de cada periodo productivo, económico y contable, tenemos que asignarles recursos a esas instituciones, porque siempre sus balances contables arrojan

perdidas cada fin de año, esas pérdidas las asume el pueblo, el personal no realiza ninguna labor, esas instituciones deben ser vendidas inmediatamente y con los recursos obtenidos invertir en obras para el bienestar del pueblo soberano del Ecuador, que son ustedes.

”Ustedes estarán de acuerdo conmigo, que para salir de la crisis económica debemos proponer medidas económicas en forma técnica, bien analizadas y estudiadas por un equipo financiero y más técnicos en la materia, graduados en universidades del exterior, para que esas medidas no les afecte a los que menos tienen, porque no pueden pagar la crisis económica solo el grupo de los pobres, de manera que si llego al solio presidencial, no habrán medidas económicas inmediatamente, sin el análisis técnico-financiero previo de mis mejores asesores económicos.

Aplaudió una parte del público.

—Creo con toda certeza que el equipo financiero, va asesorarme y también lo hará al ministerio de finanzas, sobre la regulación del cambio del dólar, no puede estar subiendo el dólar todos los meses, ni es posible solo vender dólares a través del Banco Central. Considero que debe regularse su valor con la libre oferta y demanda, ustedes saben que al existir más personas ofertando el dólar en el mercado, con toda seguridad que bajará su precio, así ya no tendremos problemas con la subida estrepitosa del mismo y, sus pocos ingresos en sucres que ustedes reciben, les alcanzará para comprar más productos para su hogar y llevarle a su familia.

”También nos afectan profundamente las devaluaciones monetarias en el país; nuestro sucre cada vez tiene menos valor en un 20, 30% frente al dólar, es algo perverso o siniestro que se estén dando devaluaciones cada seis meses, o cada año; lo que se ha logrado con esto es agrandar la inflación, que no es otra cosa más que un desequilibrio entre la oferta y la demanda de los bienes y servicios en el mercado, creando un aumento incontenible de los precios en los servicios públicos y otros productos que para ustedes van a tener valores inalcanzables, con los sueldos y salarios sin poderlos revisar cada vez que se genera este fenómeno, con los pocos ingresos que tiene el pueblo, esto es imposible que ustedes puedan satisfacer las necesidades más elementales de subsistencia. En caso de tomar esas medidas, serán compensadas rápidamente con un alza

salarial en el mismo porcentaje de la inflación producida de ser posible, esta alza la podemos analizar.

”Con ustedes también tenemos que aumentar inmediatamente la producción y la productividad en el país, con una alta fabricación de bienes y servicios en todas las actividades económicas y con la venta de los mismos, corregiremos el déficit de la balanza comercial y el problema financiero fiscal del país, así solucionaremos las necesidades más sentidas de los habitantes más pobres del Ecuador.

”La deuda externa, que ha sido adquirida sistemáticamente por todos los gobiernos que se han sucedido en este país, debe ser renegociada, debemos revisar sus plazos, acreedores, acuerdos e intereses, entre el equipo técnico financiero conformado y los representantes del Fondo Monetario Internacional y más bancos extranjeros que al Ecuador le han prestado dinero y pagarla solo cuando nuestro país esté en posibilidades, no cuando los bancos internacionales quieran cobrarnos, o cuando les dé la gana.

”Porque todo lo que se pide hay que devolver, así lo hacen ustedes, como personas honestas, sencillas, pagan sus deudas, y mi país está conformado por esas personas y cumpliremos con el pago religiosamente a nuestros acreedores, en la medida que nos permitan nuestros ingresos nacionales.

”Si llego a ser el presidente del Ecuador, pronto daré paso a los inversionistas ya sean nacionales o internacionales, crearé las condiciones necesarias ejecutando proyectos y leyes enviadas por el Congreso Nacional, leyes bien intencionadas, que beneficien a los inversores en el país, con esta medida también se benefician los obreros, porque van a encontrar fuentes de trabajo y para que nuestra nación sea un atractivo económico para todos los capitalistas del mundo.

Aplaudieron casi todos los que se encontraban en las primeras filas de la reunión, el resto del pueblo conglomerado ahí, no se interesó en lo que decía, no le ponían atención, porque según los asistentes, el candidato presidencial no ofrecía nada para el cantón, ni les ofrecía nada para ellos. El aspirante a la presidencia del Ecuador parece que se dio cuenta y cambió en parte el discurso señalando:

—Nuestro país debe ser parte del nuevo mundo naciente, abrirse al mundo moderno, al mundo de la globalización, que es una alternativa incluyente que presentan las grandes empresas de los países perfeccionados, a los mercados mundiales, a las financieras, al comercio, incluso a los obreros, ya que aquellos pueden producir y entregar sus tecnologías, sus maquinarias, los bienes y los servicios de muy buena calidad en cualquier parte del mundo, a los países pobres como el nuestro.

Bebió agua, respiró profundo y prosiguió:

—En mi presidencia todos los aliados comerciales del Ecuador serán los países prósperos que están entregando a la humanidad nuevas alternativas de producción, de comunicación, de técnicas y de trabajo, nosotros con esa meta trabajaremos, ellos serán nuestro modelo, a seguir.

”Y nos desarrollaremos siguiendo el ejemplo y el camino de los pueblos y las naciones que son líderes en el mundo, líderes en desarrollo económico, líderes en tecnología, líderes en producción y en libertad. Esa es mi propuesta, sencilla, simple y fácil de ponerla en práctica como la han escuchado todos ustedes amigos de la frontera que se encuentran presentes en este escenario del pueblo.

”No se olviden compañeros de la frontera que la producción de bienes y servicios se da por las buenas relaciones que deben existir entre las fuerzas productivas y los dueños de los medios de producción; es decir, entre obreros y patrones deben estar y permanecer unidos en el trabajo para generar utilidades, mayor riqueza y bienestar para su familia y el país, —hizo una pausa y bebió agua.

Continuó con el discurso:

—Los pueblos con ideologías desestabilizadoras, como son los de la extrema izquierda, no serán mis aliados comerciales, ni políticos, ni los apoyaré, no realizaré ningún tipo de convenios o acuerdos; es más, los ecuatorianos que apoyan a grupos subversivos o alzados en armas, mi gobierno los combatirá, en mi gobierno no tendrán cabida, no se mostrará flexible ante sus pedidos, peor ante sus amenazas, porque yo no negocio con terroristas que han causado mucho daño a la humanidad.

Pocos aplaudían; el discurso se volvió un monólogo aburrido y largo, los oyentes no estaban muy interesados, permanecían desatentos y ante todo para ellos no les resultó interesante, porque no les ofreció nada.

Hasta que alguien se acercó por la parte de atrás del candidato y muy cerca de la oreja le dijo:

—Ya termina tu intervención, ya termina hermano, los asistentes no te están poniendo atención y están retirándose.

Inmediatamente, el candidato a presidente concluyó con su perorata:

—El partido político que yo me honro en representar tiene una vasta experiencia en la conducción del Ecuador, y que nosotros somos los llamados a seguir gobernando, a seguir dirigiéndolo con la ayuda de Dios y por el voto de todos ustedes, solicito el voto también para todos los miembros de nuestra noble agrupación política, que se han presentado esta tarde y noche, especialmente para los candidatos a diputados, para que los mismos puedan trabajar desinteresadamente con el presidente y no haya la famosa compra de conciencias, porque constantemente ha venido ocurriendo en nuestro Ecuador, y por siempre desaparezca del congreso nacional el hombre del maletín. El que compra a los diputados, diputados que venden su voto al mejor postor, diputados que se cambian de partido político, por una buena cantidad de dinero o por cargos públicos para sus familiares, como lo conocen y saben ustedes, esto se viene dando por mucho tiempo; entonces el voto de todos los presentes es decisivo, es un mandato del pueblo que debemos cumplirlo, para que haya paz, libertad, para que haya trabajo, riqueza y bienestar en mi querido Ecuador.

”Les agradezco por haber venido, mil gracias a todos los presentes en esta plaza, muchas felicidades a todos ustedes, desde ahora son mis amigos, siempre los llevaré en mi corazón ¡Viva la frontera! ¡Viva el Ecuador!

El sol estaba al poniente, la tarde lentamente le daba paso a la perezosa noche, también hubo intervenciones de un candidato a consejero y otro a diputado, pero no despertó ningún interés en los presentes porque estaban agotados, algunos grupos de jóvenes esperaban impacientes, se encontraban dispersos y lo que deseaban era que se acaben las participaciones para empezar a bailar,

mientras la mayor parte de personas habían emprendido el retiro a sus hogares; luego se abrió el baile del éxito, con abundante licor y buena música.

Eran las diez de la noche cuando algunos invitados especiales, amigos, comerciantes, los líderes de diferentes grupos, estaban esperándolos en el hotel, porque todos querían conversar, compartir, preguntar, oír las propuestas políticas, los planteamientos de desarrollo para el pueblo, aquellos grupos estaban muy interesados en conocer todas las alternativas de solución a un sinfín de problemas locales, provinciales y nacionales, que esa noche propondrían los candidatos a gobernar.

Había licor, bocaditos preparados para unas 200 personas, que llegaron al acto; pero los que realmente pernoctaron esa noche en el hotel fueron 55 individuos, según el informe entregado por el camarero.

Llegaron al hotel, cerca de las 23h00, el candidato a la presidencia de la República, con el aspirante a diputado (director del partido) y lo acompañaban aproximadamente unas 40 personas, sin contar los guardaespaldas, uno que otro periodista y otros agregados; fueron recibidos con fuertes ovaciones, aplausos, gritos de bienvenida y de alegría.

Luego en el salón de actos sociales del hotel se les dio la bienvenida en nombre de los miembros del partido de la región fronteriza y de todos los habitantes, se le entregó al candidato a la presidencia un ramo de flores y luego un pliego de las vitales aspiraciones y necesidades de la frontera firmado por algunos líderes de los grupos sociales y la mayoría de autoridades, inmediatamente el invitado especial hizo uso de la palabra.

Lo primero que señaló, fue agradecer muy sinceramente por las atenciones recibidas al dueño del hotel, a los militantes y simpatizantes del partido y a todos los habitantes de la frontera, por el entusiasta recibimiento.

Posteriormente, empezó a leer, analizar, punto por punto, todas las necesidades consignadas en el pliego de peticiones, las iba contestando muy escuetamente; también les indicó a los presentes, que todas las necesidades de la frontera serán cumplidas o llevadas a cabo, si llegara a ser presidente del Ecuador con el voto de todos los de este cantón, porque las penurias muy sentidas por los habitantes

de la frontera y de Loja, también estaban contempladas en su plan de gobierno, que muy pronto haría conocer por todos los medios de comunicación.

Luego se dio libertad a los concurrentes para que realicen cualquier pregunta que estimen conveniente, con el deseo de que el aspirante a la presidencia de la república, aclare, explique o conteste todas las inquietudes en caso de haberlas, pero nadie de los asistentes le hizo preguntas ni sugerencias, no hicieron uso de la palabra.

Por último, se brindó una copa de licor por la presencia de las personalidades que se encontraban en el hotel y se dio paso para que los mejores artistas de la frontera intervengan.

Un grupo de hermosas jovencitas con lindas togas y muy alegres repartían abundantes y exquisitos bocadillos a todos los de la reunión; otras agraciadas chiquillas, entregaban copas de buen licor a todos los asistentes; luego los artistas, en soberbias actuaciones, arrancaban admiración, aplausos y alegrías de los presentes, al instante de interpretar algunas canciones como Alma Lojana, Añoranzas, El provinciano, Si usted nunca ha ido a Loja no conoce mi País, Del Carchi al Macará y más canciones de Cariamanga, Zapotillo y Macará.

Inmediatamente el candidato a la presidencia se levantó y caminó, sonriente, tarareando: “a pichir para ir a misa/ sí.../ a pichir para ir a misa”; seguidamente el aspirante a diputado, con armoniosa voz cantó para el grupo: “su cantar no es llanto/ no es congoja/ si usted nunca ha ido a Loja/ no conoce mi país”, seguidamente volvió a la otra melodía, “se alistaban las chiquillas para embutir las...”

Le aplaudieron todos muy emocionados, algunos dijeron:

—Usted es un artista, debió subir a este escenario para que nos cante —él sonreído les contestó:

—Recuerden que soy lojano, soy lojano, y todo lojano canta, algunos dicen que de cuatro habitantes lojanos, tres cantan.

Enseguida, con algunas personas, fueron al salón del hotel a merendar y degustar la comida típica de la frontera, saboreando el ceviche de pescado seco,

el ceviche de carne de res, el seco de chivo, el chivo al hueco, con refresco de agua de coco, o de tamarindo, ya era más de la media noche; por el esfuerzo físico, por el desgaste intelectual, solicitaron habitaciones para dormir; rápidamente fue atendida esta petición por el camarero, era un poco más de las 02h00 del nuevo día.

Más tarde, a la hora del alba empezaron a acomodar sus equipajes para seguir con la campaña en el resto de la frontera y el país, uno por uno se fue agolpando cerca de la salida del hotel; cuando ya estaban casi todos, muy comedidamente el camarero entregó las facturas de las cuentas a uno de los acompañantes, de los siguientes gastos: por la preparación de 200 bocaditos y licor, por la música, por el pago al maestro de ceremonias y artistas, por arriendo y arreglo del salón del hotel, agua y colas, por serpentinas, adornos y las flores, por 35 meriendas e igual número de habitaciones alquiladas para dormir, ya que cuatro personas habían utilizado dormitorios familiares con cuatro camas, otros descansaron en habitaciones para dos personas y que para algunos sus cuartos fueron individuales.

En ese preciso momento, se unía el candidato a la presidencia de la república y le entregaron las facturas de las cuentas, y al constatar la cantidad de los gastos efectuados para atender a toda su comitiva, preguntó a uno de sus guardaespaldas:

—¿Tienes dinero?

—¡No!, ¡no tengo un solo dólar!

Entonces el candidato a la presidencia, muy serio, le dijo al mesero:

—Oye, dile al dueño del hotel que yo le envío de Guayaquil un cheque y me hago responsable por esta deuda, que no se preocupe por ese dinero, que no llevo efectivo y mis acompañantes se han quedado sin plata —inmediatamente expresó con voz fuerte—: hasta mañana.

—Dale nuestras gracias al dueño —le dijeron todos casi en coro y salieron.

El empleado contestó:

—Hasta mañana, entonces me envía el chequecito.

Nadie pronunció una sola palabra.

El dueño del hotel, como lo hacía siempre, había estado constatando que todas las habitaciones tenían los materiales y más implementos de aseo personal que se les había entregado a los posantes; casi nunca había sucedido que muy temprano habían quedado vacías, además aparentemente todo en el hotel estaba en orden.

Cuando el camarero lo encontró le dijo que se habían marchado todas las personas y que él ya había hecho las cuentas, las mismas que ascendían a 6.666 dólares americanos, y que personalmente el candidato a la presidencia de la República le va a hacer llegar un cheque firmado por él, desde Guayaquil.

—¿Cómo dices?! ¿O sea que no pagaron nada? —dijo el dueño del hotel, con un gesto de admiración en su cara.

—No, no me dieron la plata, ¡pero no se preocupe, ya que el mismo candidato dijo que le va a pagar!

—¡Eres un tonto!, ¡eres un cojudo!, ¡cómo no me has de llamar! Tú me respondes por ese dinero.

—Verá yo creo que sí le va a pagar...

—¡Calla pendejo! —le gritó, interrumpiéndolo.

Salió violentamente el dueño como queriendo seguirlos, pero ya era demasiado tarde y además a él se le hacía muy difícil cobrar esa deuda, sentía vergüenza de decirle al candidato a presidente de la República, a otras personalidades de la política, al casi diputado ex director del partido, papá de la hermosa María Gardenia, que tanto le habían ayudado en la gobernación para la devolución del café, que le paguen.

—No, no. ¡Jamás cobraré esa cuenta! —dijo.

Y se fue caminando al centro de su pueblo, saludado y saludando a los pocos amigos y vecinos que recién estaban despertados. La mañana empezaba mal, las estrellas y luceros parecía que no querían esconderse, porque habían sido mudos testigos y los vieron muy bien a los que se fueron sin pagar los servicios recibidos en el hotel.

Él respiraba profundamente y alimentaba sus pensamientos con palabras desordenadas: “No me pagaron, querrán que les siga colaborando por lo que me ayudaron en el retiro de mi café, ¡será bueno contarle al pueblo lo que me han hecho! Pero ¿cómo voy hacerme de enemigos, sobre todo de esta clase de personas? ¿Qué puede suceder si no los apoyo con mi voto? Mejor voy a echarle tierra al asunto y no recordar esto por el momento”.

—¡Compramos café!... ¡Pagamos buen precio!... ¡Traigan su café!... Le compramos cualquier cantidad—, oyó.

Estaba muy cerca del mercado, aceleró el paso y recordó exactamente lo que en días anteriores le había dicho el exportador: que desde Guayaquil o Machala irían compradores allá y que subiría su precio en un veinte y hasta treinta por ciento en quintal, entonces dijo para sí: “Mi amigo no me ha mentado, me ha dicho la verdad”.

Se paró muy cerca del hombre que aún seguía vociferando:

—¡Compro cualquier tipo de café, solo vamos a comprar esta semana, véndannos su producto!

—¿A cómo están comprando el quintal? Yo tengo unos cuatro quintales que podría venderle —dijo el de la frontera, con tono inquisidor.

Así fue que un individuo de raza negra, pelo rizado, alto, corpulento, boca grande y labios gruesos, le contestó:

—Estamos pagando por quintal 130 dólares, amigo, si tiene tráigalo, prefiéranos a nosotros, porque por ahí andan unos tres compradores más, por eso le ruego véndanos y vamos a traerlo si usted quiere.

—Si vine a la plaza no fue a vender el café, sino a llevar cosas para el desayuno, voy a pensar, si me animo ya le aviso; como usted dice que van a estar una semana, a lo mejor a usted mismo se lo venda —dijo el dueño del café, y se fue caminando lentamente.

—Ya amiguito, ya amiguito, aquí lo esperamos y aquí está la plata de su café —contestó el hombre de raza negra, casi gritando.

Regresó a casa y lo único que deseaba era comentar sobre el aumento del precio del café, llamó inmediatamente a Chiclayo para solicitar que le compren más café, pero nadie respondió al teléfono.

Su esposa, con voz amorosa le hizo saber que le había servido el desayuno.

Él muy emocionado le comentó del nuevo precio del café y que al cantón habían llegado algunos compradores y por su acento parecen que son Guayacos, que ahora lo importante era adquirir más quintales para venderlos a buen precio.

La esposa, sin hacer ningún comentario, salió del comedor; a ella muchas de las veces le parecía muy mal que su marido esté siempre pendiente de estos negocios y más actividades de esta índole, que le quitaba muchas horas de su tiempo y no se preocupaba por el hogar, ni era cariñoso ni tierno con ella, tampoco con sus hijos, nunca se daba espacio para poder dialogar y compartir algunos momentos con los miembros de la familia.

Él se fue al dormitorio, se acostó en la cama y descansó toda la mañana, estaba muy agotado por el agasajo que les hizo a los candidatos a las diferentes dignidades políticas del Ecuador y de la provincia, la anterior noche, en el hotel.

Era el medio día y seguía durmiendo, entonces entró su esposa solo para recordarle y decirle si quería almorzar y luego salir a caminar con toda la familia; pero no quiso compartir la caminata con ella y tampoco aceptó almorzar.

Mentalmente se puso a examinar y recordó algunos sitios en donde podía adquirir alguna cantidad de café, entonces dijo: “por sí las moscas, voy a preguntar en Cariamanga”, y se comunicó con algunos comerciantes y le contestaron que no tenían, luego hizo lo mismo con el resto de cantones y parroquias productores de café, como Amaluza, Chaguarpamba, Olmedo,

Sozoranga, Catacocha y Quilanga, en ninguno de estos sitios de la provincia de Loja tenían el producto para la venta, por la mente se le cruzó que podía encontrar café en el cantón Piñas o Zaruma de la provincia de el Oro, pero en ese momento, no tenía ningún contacto personal o comercial con nadie, “tendré que viajar a estos lugares personalmente”, dijo.

Nuevamente iba a llamar a Chiclayo, pero se dio cuenta que por ser fin de semana nadie le ofrecería traer alguna cantidad de café, ni podría informarse si había variado el precio.

El lunes a las ocho de la mañana llamó a Guayaquil y de la oficina del exportador le hizo saber la secretaria que el café todavía estaban comprando y recibéndolo, pero fiado, cualquier cantidad y con la calidad no estaban muy exigentes, el precio era de 150 dólares por quintal, y que le pagarían el dinero cuando el exportador viaje con la carga y regrese de los Estados Unidos de Norteamérica, que aproximadamente sería en tres o en cuatro semanas.

Con esta información, lo conveniente era llamar al Perú para pedirle a su proveedor y amigo que le acarree café a cualquier precio, que la calidad no importaba, pero sí deseaba que le traiga lo más pronto.

Seguía llamando y llamando hasta que al fin contestó al teléfono la esposa del proveedor, y el comprador de café le preguntó por su esposo. Ella le dijo:

—Señor, mi marido se fue a Ecuador llevando café, no sé para quién lleva ni cuánto de carga llevó, no sé si ya llegó allá, porque no me ha comunicado nada, solo le indico que salió de aquí como a la una de la mañana y nada más.

—Dígale usted que lo he llamado —expresó el comprador, con un tono de voz suave— y mi deseo es que me traiga cualquier cantidad de quintales, lo más pronto posible, ya que el dinero lo tengo aquí, que es como si estuviera la plata en el bolsillo de él.

—Yo le daré su noticia señor, pero cuando venga de Ecuador, que usted desea cualquier cantidad de quintales de café, que el capital lo tiene listo, hasta mañana señor.

—Ya, gracias —contestó.

Todo el día estuvo espíandolo y esperándolo a su amigo que había traído el café, para comprarlo antes de que llegue a la plaza y lo adquieran los compradores recién llegados, pero nunca lo encontró. Al otro día muy por la mañana fue a buscarlo y se alegró cuando le dijeron que lo habían visto muy cerca del mercado, se adelantó y en media hora de espera lo pudo observar que venía solo.

Se acercó y le dijo:

—Te llamé a la casa ayer y contestó tu esposa, me indicó que habías traído café para vender, yo estoy dispuesto a comprarlo, ¿cuántos quintales trajiste?

—He traído más de 1.000 quintales y no lo he vendido en la plaza, que ahí me lo hubieran comprado, solo traje para entregarlo a quienes me dieron la plata por adelantado, ¡esa es la verdad! Sabe amigazo que estoy muy cansado, toda la noche estuve pasándolo en la frontera, no he descansado nada, así es que ahora estoy de regreso, tengo un viaje largo, del sábado hasta hoy martes no he dormido dos noches —comentó secamente el peruano.

El dueño del café se dio cuenta que su amigo estaba cambiado, actuaba algo huraño, no había conversado del negocio; era obvio que no quería traerle ni venderle el café.

Entonces muy entusiasmado le expresó:

—Quiero que me traigas unos 1.000 quintales, que yo hoy mismo voy a realizar cualquier cosa para obtener dinero con la finalidad de comprar más, porque hay una fuerte demanda en este rato, aquí en nuestro país.

—Mire mi amigazo, allá subió el café y ya no hay, ahora se lo encuentra rebuscando por todo lado —dijo el peruano y añadió—: a fines de semana se pondrá por lo menos a 130 dólares el quintal.

—¿Subirá tanto allá? ¿Será precio confiable? —inquirió el comprador, mirándole fijamente a los ojos.

—Más por la escasez amigo, que está subiendo rapidito —entonces, muy serio le propuso—: debe usted adelantarme la plata, para ver si le traigo por lo

menos unos 2.000 quintales, así sea la última venta que le haga, si encuentro café, porque tengo propuestas de otros compradores que me han entregado el dinero, que llevo en el maletín y que les voy a traer en el próximo viaje. A otros vendedores siempre les entregan el dinero por adelantado y ya no traerán café; traerán maíz, arroz, canguil, cebolla, a ellos ya les dieron los comerciantes de Ecuador mucho dinero, lo que ellos pidieron, para que les traigan, pero no sé si encontrarán.

El comprador atrapó el maletín negro de dos agarraderas, lo alzó y le dijo:

—Aquí llevas hartos de dinero. Yo no poseo mucha plata para pedirte que me traigas la cantidad que tú dices (2.000 quintales), solo tengo para adelantarte por unos 200, el resto te pago cuando me entregues cualquier cantidad de quintales que traigas, pero por los 200 sacos, sí te puedo anticipar los billetes ahora mismo y si quieres vamos a la casa para que lo lleves en este momento.

—Vamos a su casa —interrumpió el peruano— a que me entregue los dólares por los 200 quintales, porque estoy casi dormido.

El peruano contaba lentamente los billetes y casi en forma despectiva comentó:

—Es muy poco el dinero que me anticipa. ¿Por qué no pide plata hombre, para mejor traerle unos 2.000 quintales? Va a obtener mucha ganancia, como ha estado sucediendo, porque usted sí ha sido de suerte, sus ganancias han sido altas, de mucho dinero; pienso que desde que trabaja conmigo ha hecho una buena fortuna y esto me alegra mucho.

—No creas, no, no es como tú piensas —replicó el dueño del café—. Verás que también tengo muchos gastos y recuerda que tú has llevado una muy buena parte, no debes quejarte; en lo que dices que te adelantes la plata para unos 2.000 quintales ¡es imposible!, sabes muy bien que no tengo tanto crédito en los bancos comerciales, ¡tendré que pedir a los chulqueros esa cantidad! Y nadie de ellos va arriesgarse a prestarme tanto dinero. No, no puedo, te hago saber que el otro café ahí lo tengo guardado, aún no lo vendo, porque el exportador está empeñado en comprar otro barco y quiere que se lo fíe y eso no me parece muy bien; fíjate lo que es pedir dinero al chulco, pagar interés caro, no me resulta costear un interés al seis y ocho por ciento mensual, trabajar solo para

los chulqueros y ganancias ya no quedan, me quedaría en bancarota, solo por pagar los intereses muy elevados.

”Verbigracia, haz las cuentas de un préstamo de 100.000 dólares al ocho por ciento mensual, son 8.000 dólares por mes que debo cubrir y pagar mensual y puntualmente a los chulqueros, ellos no perdonan ni un dólar si es que te falta, ni que te pases un día del plazo; enseguida dicen: te demando por la letra que me firmaste y te recuerdo que está en blanco, o te embargo tus bienes, entonces cuando trabajas con dinero prestado todo el tiempo, no son lucrativas ni generan ganancia las actividades del comercio.

—Si no tiene donde conseguir la plata, entonces yo el fin de semana llego donde usted, yo vengo, ahí le traigo los 200 quintales, no me busque porque a usted tengo que entregarle al último... así quedemos entonces.

—¿Cuántos quintales me vas a traer? —preguntó muy emocionado el provinciano.

—Los 200, nada más —contestó muy serio el peruano.

—No, no hombre, tráeme siquiera unos 1.500 quintales —propuso el comprador.

—Es imposible —contestó el de Perú—, ahora quieren cobrar todo por adelantado, ese dinero que llevo en el maletín es para traer café a los que me entregaron la plata por anticipado.

—Bueno —dijo el comprador del café—, si consigo el capital para comprar esa cantidad, yo te llamo, y lo vienes a ver tú mismo, luego te aviso, yo entonces voy hacer un préstamo fuerte, para hacer una compra pero buena, los 2.000 quintales que tú me has propuesto, aunque esta sea la última adquisición de café que yo haga y me quede endeudado para toda mi vida.

—Vea, yo sé que usted no quiere entregarme el dinero para traerle los 2.000 sacos, ¡no sé qué le ocurre amigazo!

—Hombre, no es así, lo que pasa es que por hoy no tengo dinero disponible —contestó tajantemente el comprador—. Ya te aviso el día que me presten el dinero, para que lo vengas a llevar y me traigas el café.

—Quedemos así, entonces me voy, ¡que sueño!, me espera un largo viaje — expresó el peruano.

—Ya pues tráeme la mercadería y seguimos trabajando por un largo tiempo — habló muy sonreído el comprador.

—Hasta mañana, amigazo —se despidió el peruano, también sonriendo, poniéndose en el hombro izquierdo el maletín negro de dos agarraderas.

—Hasta el fin de semana —contestó el comprador, con voz apagada, cuando vio que su proveedor de café se embarcaba en una camioneta que en ese momento la abordó.

El comprador empezó a especular inmediatamente en el dinero que le acababa de entregar al peruano, no le había hecho firmar ningún recibo, no tenía testigos de la entrega del dinero, no podía ir a verlo en Perú, porque no conocía su casa, ni el barrio donde vivía.

“¿Qué me pasó?, ¿por qué entregué mi plata? El otro día no quise concederle dinero y hoy casi le he rogado para que se lleve mi capital”; luego se reanimaba cuando reflexionaba: “Todos los de la frontera están entregando el dinero por adelantado a los peruanos, lleva su maletín muy pesado, lleno de dinero; siempre en este tipo de negocio hay un riesgo muy alto, porque en cualquier negocio, cuando más alto es el riesgo, la utilidad es mayor y quien no arriesga, no obtiene ninguna utilidad”, decía mentalmente; esto lo repitió por algunas veces casi desordenadamente.

Cambió el semblante cuando entró su esposa y le preguntó:

—Recién lo vi salir al peruano de aquí de la casa, nuevamente te haya solicitado que le entregues dinero por adelantado, sabes decir tú mismo que esos negociantes peruanos aparecen cada 15, 20 y hasta 25 años en este cantón, y dejan estafando a todos los comerciantes de este sector, tú esto lo conoces desde hace muchos años, no le hayas entregado el dinero.

—No, no le he dado ni un solo centavo —dijo él, en forma atarantada.

—Está muy bien —contestó ella—. Y ¿no te va a traer más café?

—Sí, no... sí, sí me va a traer el fin de semana.

—Está muy bien —volvió a decir la esposa—. Oye casi no has comido, ven a que comas algo, si no te alimentas a las horas, de esa manera te va a dar una fuerte gastritis, luego yo soy la que debo enfrentar la situación aquí, de atenderte cuando enfermes.

—Ya voy, tú hablas demasiado, ¿está servida la comida?, ¿está lista? ¡A ver, no hay nada —dijo con rostro descompuesto.

—Ya la sirvo —le contestó ella, con gesto de admiración en su rostro.

Comió el hombre poco, luego se levantó y buscó la libreta de apuntes para ver si podía hacer las cuentas de la venta del café, le buscó pero no encontró nada, su esposa o sus hijos a lo mejor se la traspapelaron, dijo para sí: “Aquí todo se pierde, nadie ayuda a guardar nada, todo botan, todo despilfarran, solo a mí me toca guardar”.

Llegó la hora del descanso, él no lo hizo en ese momento; más tarde se acostó sin realizar el menor ruido, porque su esposa estaba completamente dormida. Era más de las doce de la noche y el comprador se revolvía en la cama para dormirse, cosa que no lo consiguió, porque mentalmente hacía las cuentas de sus pérdidas y ahora tenía que sumar los 60 quintales de café que se perdió en el cuartel, la cuenta que no le pagaron del hotel que era cerca de siete mil dólares, debía sumar una gran cantidad de dinero que le dio por adelantado con sus propias manos al peruano, para que le traiga los 200 quintales de café.

“¿¡Cómo fui a regalar mi plata!? ¡Soy un tonto!, ¡soy un cojudo!” Pero buscaba soluciones pensando: “El dinero entregado al peruano aún no está perdido, porque pienso que sí me va a traer el café, tal como hemos quedado, yo confío que el fin de semana viene con los 200 quintales de café y no dudo que puede traerme algunos quintales más de los que hemos pactado”.

Después su mente volvía a pensar en lo mismo, en sus pérdidas, en sus gastos, y el tic-tac del reloj de pared, el movimiento de las cortinas mecidas por el viento, el ladrido de los perros, los gritos y bullas de los trasnochadores y madrugadores, hicieron que no durmiera nada y se levante a las cinco de la mañana y se duchara, luego salió y caminó largo, solo con el pensamiento en el

último dinero entregado a la persona que por muchas veces en poco tiempo le abastecía de café.

Así pasaban los días que faltaban para que llegue el fin de semana. En la tercera noche se dio cuenta que ya había dormido un poco, tal vez unas dos o tres horas. Se levantó, se bañó, luego salió y se fue caminando rumbo a la plaza y allí divisó que algunos estibadores cargaban café en unos carros.

Caminó acelerando el paso y supuso que era la carga de los nuevos compradores, los cargaban a los cuatro carros unos diez estibadores, en ese momento aún era más fuerte la luz de las farolas que la de la aurora, no podía distinguir fácilmente a las personas, se quedó parado y oía que algunos individuos conversaban casi tras de él.

—El precio del café es para la baja, mejor nosotros nos retiramos y llevamos lo poco que hemos encontrado, van a existir buenas cosechas en Colombia y Centroamérica, aquí en el país subió mucho y las cosechas también se aproximan y esto tiende a una inseguridad en el mercado local, si no avanzamos a venderlo al exportador que quiere comprar otro barco, en este negocio posiblemente perdamos.

—Sí, me hace rabia haberme venido de tan lejos a comprar café en la frontera, no sé qué me pasó —alguien hablaba.

La luz del día le permitió distinguir a la persona de raza negra, pelo rizado, alto, corpulento, boca grande, labios gruesos. Se acercó a éste y le dijo:

—Oiga, a usted vengo a buscarlo, para ofrecerle 800 quintales de café del bueno, que los tengo en mi casa y para este fin de semana o sea pasado mañana me vienen unos 200 quintales más como mínimo.

—Gracias, señor —contestó sonreído el hombre de raza negra—, el café en este momento su precio bajó; hasta ayer estábamos comprando y pagándolo ya con diez dólares menos, es decir a 120 dólares, pero hoy no compramos ni un solo quintal a ningún precio, porque los carros están muy llenos y por la inestabilidad del precio en los mercados de todo el mundo.

—Muchas gracias —dijo secamente el dueño del café, retirándose inmediatamente y caminando muy apurado, siempre saludado y saludando a algunos vecinos hasta que llegó a su casa.

Empezó a llamar a Guayaquil, pero no le contestaban. Por más de tres horas intentó un sinnúmero de veces, hasta que a las once de la mañana, de la secretaría del exportador, una mujer contestó y habló como una tarabilla.

—Señor, si se trata de café, no estamos comprando, no queremos café así lo fíe, las exportaciones están cerradas hasta que venga el exportador que se fue para los Estados Unidos de Norte América, sabemos que en los mercados mundiales bajó el precio del café 20 dólares en quintal; así es, si lo quiere traer, aunque se lo hubiéramos pedido no hay quien lo reciba, porque la exportadora está cerrada, ya que nos dieron vacaciones por quince días y no hay quien lo atienda. Le ayudo con algo, llamaron aquí de las industrializadoras del café, tanto de Salinas como de aquí de Guayaquil, para ver si había alguien que pueda ofrecerles, hay muchas empresas que procesan el café y usted, ahí puede llevarlo, estuvo con suerte señor que le pude contestar su llamada, porque vine a esta oficina solo para llevar algo que olvidé. Gracias, chao —y se cortó la comunicación.

El dueño del café no le pudo preguntar ni decir nada, pero sintió que su cabeza le hormigueaba, su corazón se agitaba, respiraba con dificultad, su cuerpo sudaba y temblaba hasta que logró sentarse en el mueble; su cuerpo lo encorvó y puso sus codos en las piernas y con sus manos trató de sostener y ocultar su cara y dijo para sí: “¿Adónde llevo mi café? ¿Quién me lo va a comprar? ¿Y si baja más?” Pero no se dio cuenta de la llegada de su esposa a casa.

—¡Estás como ido! Estás fuera del mundo, parece que ni vivieras aquí, se te ve por momentos, estás demacrado y puede ser de lo que no comes a las horas, también he notado que no duermes lo suficiente; ven a que desayunes ¡No sé qué te pasa! Te veo con una cara diferente —le dijo su esposa con rostro de preocupación.

—Si me vas a dar de comer, no es para que me trates mal —contestó él, con voz desafiante—, ¡sirve la comida y no hagas tanta bulla, carajo!, ¡déjame hacer mis cosas a mi manera y no te metas! ¡Te metes en asuntos de hombres!

Ella lo regresó a ver y su semblante estaba frenético, pálido, malhumorado; pensó que era una imprudencia si le pedía una explicación o tratar de contestarle algo, en los términos que él lo hizo; ella optó por quedarse callada, solamente le sirvió la comida a la mesa y salió del comedor sin dirigirle una palabra.

Él se sentó y desayunó muy poco, inmediatamente volvió al teléfono; esta vez llamaba al Perú, tenía un gran pretexto para hacerlo, comunicarle al peruano que el precio del café estaba bajando, que le traiga rápido, porque el negocio no se vislumbraba rentable, era urgente conversar, pero nadie le contestó. Llamó todo el resto del día, el teléfono solo sonaba, así el resto de los otros días.

Llegó el domingo y muy de madrugada el peruano debía venir con los 200 quintales de café y el comprador exageradamente entusiasmado, o preocupado tal vez, lo esperaba, salía a buscarlo, pero el peruano no asomó, no cumplió con su palabra, esto hizo que se impacientó más; entonces debía buscar una alternativa para que el proveedor le traiga la carga de café que ya estaba pagada anticipadamente.

Todo el resto del tiempo de su mente no salían las opciones que utilizaría para conseguir que el peruano cumpla con su palabra, pensó en realizar un viaje a Chiclayo (Perú) pero en cambio no conocía dónde vivía y no tenía ninguna dirección del domicilio, jamás le había comprobado sus verdaderos nombres y apellidos, dudaba ahora hasta de la identidad con la que se había presentado, tampoco estaba seguro si vivía en la ciudad de Chiclayo.

Creyó que era necesario conversar con el resto de comerciantes de la frontera que le entregaban el dinero, para preguntar si alguno de ellos conocía su vivienda; así estaba ensimismado analizando qué hacer, cuál era la mejor alternativa para solucionar este problema y que el peruano cumpla con lo ofrecido, es decir le traiga los 200 quintales de café, por lo que le entregó el dinero él.

El domingo ya más de las 23h00, antes de ir a dormir, se le vino a la mente una idea genial, dijo que debía colocarle una carnada o un cebo para conseguir que el peruano le traiga el café o le devuelva la plata; empezó a esa hora a llamar y llamar por teléfono hasta que le contestó la esposa, que en tono enojada dijo que su marido se había ido al oriente del Perú, que se encontraba muy lejos, que era muy difícil explicarle dónde se encontraba, porque ella no sabía, que había realizado el viaje para buscar el café, que no había hecho ninguna compra,

porque no había café en Chiclayo, que el lunes volvería y le daría cualquier noticia.

El comprador muy hábilmente le dejó un buen dato:

—Dígale que me traiga el café al precio que esté, porque ya hice el préstamo fuerte, ahora ya tengo el dinero, ya lo conseguí prestado para comprar los 2.000 quintales, lo que él mismo me propuso, que lo estoy esperando para que venga a recibir el dinero, que yo quiero entregarle en sus manos, porque si no viene rápido a llevar el billete, pago más interés. Y deseo que me siga trayendo, por mucho tiempo.

—Entonces le voy a decir que usted desea más café al precio que esté, que ya ha realizado un préstamo fuerte, que tiene el dinero para que mi marido vaya a Ecuador a traerlo, que usted espera entregarle lo más rápido, para comprar 2.000 quintales, si no va rápido a Ecuador, usted paga más interés por el dinero, yo le voy hacer conocer su noticia, señor, no se preocupe.

—Bueno entonces así espero —dijo el dueño del café.

—Así es señor, yo le daré su recado, no se inquiete —finalmente comentó ella.

—De eso estoy muy seguro —contestó el que llamó, terminando la conversación.

Y volvieron esos días de incertidumbre, de desánimo, de la desconfianza, donde el sol, el viento, el polvo, la falta de trabajo, la falta de obra pública y privada, permiten que en la frontera las cosas se pongan más difíciles para sus habitantes.

La compra y venta de productos, como el café, o pepa de oro, para unos comerciantes este negocio los había dejado millonarios y a otros muy pobres, para el comprador de café, el polvo, el viento, el sol, la falta de fuentes de trabajo, la incertidumbre eran los únicos existentes en esos momentos, estaba triste, solamente pensaba en sus numerosas y cuantiosas pérdidas que podían ocurrirle si bajaba más el precio del café o no lo podía vender, creyó que tendría serios problemas financieros.

Y vinieron las noches más difíciles de su vida hasta ese entonces, casi se amanecía algunas veces pensando en ciertas frases dichas por el peruano: “Será la última venta que le hago si encuentro café, sí aquí subió el café, es por la escasez; a ellos (a los vendedores peruanos) ya les dieron los comerciantes de Ecuador mucho dinero, lo que ellos pidieron, para que les traigan café”.

Pero el dueño del café era un perro viejo en los negocios, nunca pensó anticipadamente en llamarlo para decirle que venga a llevar más plata, que venga él mismo a llevar el dinero para la compra de 2.000 quintales, el precio no importaba, conforme le manifestó la última vez que conversaron, en que haría un fuerte préstamo para realizar una buena compra, aunque se quede endeudado toda la vida y que ahora quería entregarle ese dinero en sus manos.

Él estaba seguro que con esa noticia que le dejó a la esposa, el vendedor peruano vendrá de cualquier parte que se encuentre en el Perú a llevar más plata y en esta vez bastante; mucho dinero, como para no volver nunca más a Ecuador y esconderse de por vida en su país y vivir como un rey, o como cualquier político ecuatoriano que haya sido presidente de la república, o legislador, o director de alguna institución pública; hasta ése entonces, él estaba muy seguro que en cualquier momento mordería el anzuelo o caería en la trampa y vendría pronto; porque nunca antes el comprador de café le había mentido, él era considerado un hombre muy cumplidor de su palabra en asuntos de negocios y en todos sus actos con sus semejantes; y, todos los vendedores de cualquier parte del mundo hubieran querido tenerlo como cliente de por vida.

Sin embargo, ya se acababa otra semana y él no tenía a quien vender el café que estaba en la bodega (ochocientos quintales), no podía llamar a Guayaquil, porque la importadora estaba cerrada; “desde mañana”, se dijo para sí, “llamaré a las procesadoras de café para avisarles que me lo compren, no importa si están pagando más barato”.

Llegó la aurora, como de costumbre él se bañó y desde la siete de la mañana buscó los números telefónicos y empezó a llamar a una fábrica procesadora de café hasta que finalmente le contestaron.

Le respondió el jefe de compras, que ellos estaban desabastecidos del grano y que lo han estado pagando hasta 130 dólares cada quintal, pero como hay un descenso en su precio de compra, pueden adquirir hasta unos 1.000 quintales,

a un precio de 110 dólares y a un mes plazo, pagamos con cheque cruzado de la empresa.

El dueño le contestó:

—Sí tengo esa cantidad de café, solo que no me gusta el precio y el plazo, ¿bajó tanto de precio?

—Caballero, compro solo a este precio y la cantidad que le he manifestado, por una semana, porque en stock nos hemos quedado sin nada, los inventarios nuestros siempre nos dan para tener como reserva un mínimo de 300 quintales y no tenemos un solo grano en la bodega, y con muchos pedidos por cubrir inmediatamente a nuestros distribuidores y clientes, sin tener cómo trabajar por lo menos un mes, le doy plazo hasta el miércoles o el jueves próximos que me traiga; caso contrario, conversaremos con nuestros proveedores, a lo mejor ellos ya tienen café —así dijo el representante de compras de la empresa.

—Me parece una excelente idea, de manera que yo también pienso si me conviene o no llevarlo —contestó el dueño del café.

—Un gusto caballero, gracias, muchas gracias —cortó la comunicación el jefe de compras.

Todo el día pasó en casa, oyó las últimas noticias nacionales acaecidas de ese día en la noche, puso mucha atención cuando indicaron que el próximo domingo se realizarán las votaciones, treinta y seis horas antes y doce después regirá la ley seca, que desde el jueves empieza también el silencio electoral, por la jornada de las elecciones; que el candidato más considerado para llegar a la presidencia de la República del Ecuador era el de centro izquierda y que le seguía muy de cerca el representante del populismo, según algunas encuestadoras.

No indicaron nada más, solo agregaron que el voto era obligatorio para todos los ecuatorianos, porque el comprobante de votación siempre va a ser un requisito indispensable para realizar cualquier actividad pública o privada para todos los habitantes del país mayores de edad, así es que nos recordaban y nos exigían que debíamos concurrir a votar muy pronto, que en la mañana empezará desde las 07h00 hasta las 17h00, que ninguna persona, partido o grupo político, puede hacer campaña política por sus candidatos, luego de haber cumplido el plazo

para la culminación de la misma; y, que todos los ecuatorianos que incumplan estas disposiciones, el Tribunal Supremo Electoral aplicará las sanciones pertinentes, que se encuentran en la Ley de Elecciones y en la Constitución de la República del Ecuador.

Entonces pensó en que debía entregar su voto a los candidatos que habían estado en su hotel, es decir, el candidato a prefecto, los consejeros, los diputados y el candidato a presidente del Ecuador, quien le estaba debiendo la factura de los gastos del recibimiento de él y su comitiva en el hotel y le había dicho al camarero: “Oye, dile al dueño de la posada que yo le envío de Guayaquil un cheque y me hago responsable de esta deuda, que no se preocupe por ese dinero, que no llevo efectivo y mis acompañantes se han quedado sin plata”.

Él recordaba la deuda por algunas veces. Se quedó anonadado en el mueble, diciendo: “Si me enviara el valor de la deuda, sería muy bueno; yo le daría mi voto y todos los de mi cantón; jamás sabré por qué no me pagó esa mañana: ¿no estuvo el tesorero del partido? ¿O los que deben pagar son los partidarios de este cantón? ¿Es verdad que no tuvieron plata? ¡Qué diantre les pasó! ¡Cómo lo sé! Lo único cierto es que hasta ahora no me pagan y estoy convencido de que ya no me pagarán,” pensaba. “Pero a mí sí me dijeron que me iban a pagar los comprometidos con el partido de aquí del cantón, pero no lo hacen, ni me han dicho nada; también ellos debieron hacer lo posible para cancelarme esa cuenta, que todo el mundo conoce”.

Lo que no conocía el dueño del café era de que en su tierra, también estaban divididos los del partido político de gobierno, por esa razón es que no presentaron candidato a la alcaldía, se fraccionaron más, porque algunos miembros de esta agrupación, pactaron y entraron en acuerdos con otros grupos políticos, para que éstos tengan postulante para alcalde en el cantón y a cambio los nuevos aliados políticos apoyarían con su voto a todos los candidatos presentados esa noche a las diferentes dignidades, provinciales, nacionales, pero, algunos activistas y miembros del partido, habían estado conversando y preparándose para lanzarse como candidatos a las diferentes dignidades del cantón, para eso habían estado trabajando y luchando por mucho tiempo y los divisionistas los dejaron “con los rizos hechos y la falda alzada,” sólo les dieron la oportunidad para que se postule una sola persona a concejal, en el cantón.

Se preparaba para dormir, porque ya era más de la media noche, estaba cambiándose y tenía mucho miedo, tenía miedo ir a dormir, estaba aterrorizado, porque sería otra noche llena de insomnios, otra noche de incertidumbre, otra noche de nerviosismo, otra noche de estar revolviéndose en la cama, otra noche de algunas noches, que él no lograba conciliar el sueño.

No estaba seguro si mentalmente desde el catre contaría las 100 o 200 borregas, o posiblemente pondría su mirada en un punto fijo, o trataría de pintarse las uñas con un pincel delgadísimo, para poder dormir al fin. ¿Cómo conciliaría su sueño?, ¿qué haría para dormir?, se preguntaba.

Sentía mucho miedo al acostarse, le tenía miedo a la cama, fue tan grande su miedo, que cuando el timbre de su casa tintineó por dos ocasiones seguidas, lo hizo saltar y gritó:

—¡Ah, carajo!

Se quedó inmóvil. Estaba temblando, quedó muy nervioso, su cuerpo sudaba, le hormigueaba toda su espalda y parte de la nuca, la cabeza y lengua, las sentía muy grandes.

Su esposa se despertó, dándose la vuelta en la cama sin abrir los ojos, muy enojada dijo:

—Es el colmo que aún no duermas, mira a la hora que te llaman, no hay respeto para la casa, tampoco respetas mi descanso; pareces lechuza sin dormir; te quedas en el mueble de la sala divagando, estás como ido, pasas rondando, pasas mirando al firmamento; luego siento que caminas interrumpiendo mi sueño y ya van algunas noches, son muchas noches; ¡no sé cuánto tiempo soportaré esto!, no sé qué hacer ya en esta casa, ¡mira que ya no puedo más!

Él estaba sordo a las quejas y los reclamos que con toda razón le hacía su esposa, entonces con las palabras de ella, se animó; pero, aun temblando sus manos levantó la cortina, pudo vislumbrarlo perfectamente al peruano, que estaba junto a un furgón de carga.

—¡Ya bajo a abrir! —le gritó, esta vez muy contento.

Cuando terminó de abrir la puerta de calle, estaban dos estibadores cargados con dos quintales de café cada uno, entonces él se apresuró en abrir las bodegas y les señaló el espacio en donde debían poner la nueva carga, se quedó controlando y luego aparecieron dos cargadores más trayendo el café.

Él los notó que no conversaban entre ellos, acarreaban muy rápido la carga, oyó decir a uno de ellos que debían bajar o descargar en una media hora el café, que tenían que salir antes del amanecer de la frontera; en esta vez los estibadores no se hicieron bromas, no jugaban, no preguntaron nada.

Fue tanta la emoción del dueño o comprador de café cuando recibió la carga, que se olvidó y no comprobó la pesa de cada quintal, ni controló el total de quintales que iban dejando en la bodega, pero uno de los estibadores entrando con dos sacos de café sobre el dorso le dijo:

—Los dos hemos realizado 26 viajes cada uno con dos sacos y los otros dos compañeros han realizado 24 viajes con la misma carga, a ver varón haga usted la cuenta.

Entonces el aludido simplemente contestó:

—Veamos dos veces dos por 26 son 104 y dos veces dos por 24 son 96 quintales, sí están los 200 sacos que debía de traerme, todo está muy bien muchachos.

—¡He cumplido yo; —Dijo muy sonreído y satisfecho el vendedor peruano.

—Buenos días amigazo, le he traído su café, los 200 quintales, si he demorado unos días más, es porque le he estado buscando el mejor café; es el mejor café de la región, el producto está muy bueno, todos los granos están enteros y grandes, están muy bien pelados, no tienen nada de humedad, tienen un color verdoso natural, no tiene tamo, ni está quebrado, ni nada, todo el café es de muy buena calidad, ahora es suyo este producto, lo felicito por esta muy buena compra.

Estoy también aquí, porque usted la ha llamado a mi esposa el domingo por la noche y le ha dicho que va querer los 2.000 quintales de café y que ya había conseguido el dinero, y que lo tenía listo para entregármelo, yo vengo a llevarlo, recuerde usted que así habíamos quedado, cuando me dijo que iba a realizar un préstamo fuerte, para hacer una compra buena, aunque sea la última que haga y

así se quede endeudado para toda la vida;—dijo el peruano con voz muy suave y sonriendo—, ahora quiero traerle la cantidad de café que le propuse.

Yo tengo que ir al oriente para traer ese café, porque allá encuentro de ese bueno, es del mismo sitio del que le estoy entregando; porque allá no me fían, allí hay que pagar por adelantado y arriesgar —tomando el maletín de dos agarraderas, agregó—: entonces, le doy la valija para ir contando y poniendo cada fajo; entre todos contamos rápido el dinero, ya que he venido a llevarlo personalmente, tal como usted lo ha pedido.

El vendedor peruano se acercaba al dueño del café o comprador, sacudiéndolo varias veces y abriéndolo con sus dos manos al maletín, sin mirarlo al anfitrión.

El dueño del café conversaba para sí: “Cayó en la trampa el pericote, mordió el anzuelo el pez y ahora es pescado, este piensa o todavía cree que le voy a dar otra vez mi plata, por la que he sufrido tanto, por el dinero adelantado por los 200 quintales, que casi no he dormido algunas noches, cómo me salvé, ¡tengo suerte! ¡Mucha suerte tengo! Lo que si quisiera saber es que el dinero que se llevó de los otros compradores ¿ya les traería la carga?, ¿cuándo les va a traer?”, seguía conversando y preguntándose.

—¡Qué me dice hombre!, no tengo mucho tiempo, son ya las tres de la mañana y tengo que regresarme inmediatamente —interrumpió el peruano, con tono impaciente, pero sonriendo y mirándolo fijamente a la cara.

Impensadamente le preguntó el de la frontera:

—Oye, ¿si les trajiste la carga a los vecinos del cantón que te adelantaron el dinero?

El semblante del hombre se transformó a pálido, titubeó, se frotó la nariz, la boca y parte de la cara con la mano derecha muy fuerte. Luego con voz descompuesta contestó:

—Vea, es bastante carga... la estoy comprando... la estoy preparando, ahora no se encuentra café fácilmente, es verdad, estoy demorando unos días, hay que repagarlo, aún no puedo traerles y por eso mismo he venido a esta hora y me

voy pronto, quiero que no me vean, no vayan a pensar mal de mí, ni usted dirá que me ha visto, amigazo.

—Verás, para mí ya no es rentable trabajar en el café, tú has de saber que está baja y baja su precio, por lo tanto ya no voy a comprar y te cuento que el dinero que me prestaron está en mi cuenta del banco, a esta hora ¿cómo saco el billete?, así quisiera darte mi dinero, no lo tengo.

El peruano con rostro y tono calmado expresó:

—Allá también bajó el grano, por eso quiero decirle que le puedo traer con 20 o posiblemente 30 dólares menos en quintal. Más yo vine muy seguro, porque su café casi lo tengo comprado, les he dicho a unos vendedores que me lo guarden, que solamente me voy a traer el dinero, yo ya hice ese compromiso y que debo cumplirlo, porque soy un hombre serio y de palabra, cuando doy mi palabra, la cumplo, mi palabra es como una escritura pública, como ha podido comprobar usted siempre.

—No, definitivamente no, no compraré más café; primero necesito venderlo al que tengo, ahora ya son 1.000 quintales que poseo en bodega, recuerda que se lo ha comprado muy caro, porque tengo oferta de compra a 110 dólares el quintal y a un mes plazo. ¿Crees tú, que eso es rentable? No, no es conveniente seguir en este negocio, porque no deja ganancias en este momento, ni para pagar los intereses a los chulqueros, nada queda para los múltiples gastos que tengo que realizar, hasta llevarlo a Guayaquil, entonces solo tendré pérdidas. A veces quiero cambiar de actividad, pero lamentablemente no sé en qué actividad emprender, no sé qué hacer para dejar estos negocios, ¿qué se podría hacer aquí en la frontera?, si todo es malo ahora, ni se encuentra trabajo en ninguna parte.

—Bueno amigazo, creí que lo que usted decía, lo cumplía. Pero no ha sido así, más me hace venir adrede, a perder mi tiempo, teniendo tantas cosas que hacer allá —interrumpió el peruano, como buscando un culpable.

—¡Pero tenías que traer mi café! ¿No es así?

—Sí, sí, pero se lo hubiera enviado, con cualesquiera de los que me acompañan, no hubiera realizado el viaje yo.

¿Entonces no me dará el dinero para traerle el café? —dijo, mirándolo a los ojos, con el ceño un poco fruncido.

—No, no, ya te he dicho, que no voy a trabajar en este negocio —contestó casi gritando el dueño—, te agradezco por haber venido, ojalá en otro momento podamos emprender en otros negocios que den mayor seguridad, que den tranquilidad, que no cambien tan rápidamente el precio y que no haya tanto riesgo para transportarlo, venderlo y que no se necesite tanta inversión para adquirirlo, ya deseo vivir tranquilo con mi familia, sin tener que escuchar malas noticias que me afectan mucho.

—Bueno amigazo. No me voy contento —dijo, encogiendo los hombros, dándose media vuelta—, pero gracias de todas formas, caminó en dirección al carro que trajo la carga.

El dueño del café, estaba queriendo cerrar la puerta cuando un cargador, joven, fornido, cara ancha huesuda, pómulos prominentes, pelo recio, se le acercó diciendo:

—Ah varón, reconózcanos veinticinco centavos en quintal por la descargada, mire la hora que estamos trabajando.

—Bueno yo les voy a dar 30 dólares sueltos que tengo, ese es mi regalo porque no tengo más —contestó el cafetero alegremente.

Recibió el dinero el cargador muy contento y se dio media vuelta, se puso de espaldas, para contarlos.

El dueño dijo entre sí: “A este le dicen Veinticuatro. Este es Veinticuatro”. Pero aquel se paró de frente y agradeció, se despidió, haciendo la venia, sin dar la mano y caminó con sus zapatos cerrados, manos en los bolsillos.

“Sí, es Veinticuatro”, decía muy sonreído, cuando subía las gradas y llegó a la cama; eran casi las cuatro de la mañana, se volvió acostar y durmió plácidamente hasta las siete.

Llamó por teléfono a la exportadora, era ya más de quince días que habían tenido de vacaciones los trabajadores y empleados, deberían estar trabajando, dijo, pero nadie contestó, pese a que insistió muchas veces, nunca le respondieron.

Luego, llamó a la procesadora de café, para indicarle que en ese día a las catorce horas enviaba dos carros con 500 quintales cada uno, con la finalidad de cumplir con el contrato verbal que hicieron de entregarles los 1.000 quintales.

Del otro lado le dijeron que el jefe de compras estaba contestando y le dio la dirección exacta de la procesadora, que igual se pagaría con cheque cruzado a nombre del vendedor y para un mes de plazo, que se contaría los días luego de recibir el producto.

Finalmente le indicó que el precio del café será de 110 dólares por quintal, que cada saco debe ser comprobado su peso y que no se aceptará, ni más ni menos, que costales de cien libras; si algún saco tiene más de ese peso, no se pagará las libras que vienen demás y si tienen menos de 100 libras, al producto no se lo recibe, o a su vez se le paga por lo que pesa en la balanza de la procesadora.

—Esas son las exigencias de la empresa, si usted las cumple a las mismas, podemos recibir su café, caso contrario, no se realizará ninguna compra; gracias señor, buenos días.

Toda la mañana estuvo haciendo revisar los carros, buscando las facturas y permisos falsos que aún tenía guardados, para entregarles a un hermano y a los choferes, con la finalidad de que los presenten en los diferentes controles de tránsito y de la aduana.

Inmediatamente llegó el hermano y le preguntó:

—¿Qué, vas a vender todo el café? Ahora que dicen que su precio ha bajado, dicen que va bajar más en lo posterior; cuando estuvo a buen precio era de que lo vendas hombre, o mejor espera un tiempo a lo mejor suba y ya no pierdes tanto dinero.

—Sí, lo voy a vender todo lo que tengo, incluso los 200 quintales que me trajeron anoche, solo quedan en bodega los veintiocho que salieron del repeso de los ochocientos.

—¿Te trajeron los 200 quintales!? —Inquirió el hermano con rostro incrédulo—. Se ve que tienes mucha suerte, ¡carajo que eres suertudo!, mira si a mis vecinos, al Gallito, al Chivo, al Zorro, al Pura Leche, al Pavo, al Racha, no les trae el café el peruano, parece que se ha largado o se va a quedar con la plata, todos ellos están muy preocupados porque no saben nada del vendedor, ni del resto de vendedores que les traen a otros vecinos.

—Espero que les traiga el producto, aunque dudo, sus titubeos me hacen desconfiar, su forma de actuar anoche me dejó muchas dudas, llegó más de media noche, dijo que no quería que lo vean, él y los estibadores estaban muy apurados, querían regresarse lo más pronto, me pidió que no les cuente que yo lo he visto; ya anda arisco, puedo apostar que no vuelve más, me solicitó que no diga nada a nadie.

—¿Eso te dijo? ¡qué audacia del tipo!

—Sí, si él vino fue para llevar más dinero, que yo le había ofrecido, él creyó que le iba a entregar más dinero, estoy muy seguro que por eso volvió y me pidió que no cuente nada, a nadie, eso era lo que más me recomendó y me repitió por algunas veces, pero, a mí me trajo el café que me estaba debiendo, por el que le adelanté la plata y me tenía sufriendo.

—¿Ah, o sea que tú le ofreciste más plata? ¡por eso vino trayéndote el café!... Qué idea para genial la tuya, ofreciéndole más dinero el hombre vino con el café que te debía y, según él a llevar más dinero, —Terminó hablando muy sonreído el hermano.

—Oye y tú ¿ya tienes todos los papeles que solicitan para llevar nuevamente el café? —Inquirió el hermano.

—Tengo todo en regla, ustedes ya saben cómo se opera en cada control, en caso de que se den cuenta que los permisos y facturas son falsos, aunque es muy difícil, eso es imposible, deben regalar billetes, lo que les pidan, ahora estamos en manos de ellos, porque sería peor caer en manos de las autoridades de Loja.

—¡Ah! Eso ya arreglamos, deja por cuenta nuestra —dijo el hermano.

—¡Caramba! ¡Cómo me olvido! —Habló el dueño del café—. Hombre, no hice el control del peso de los 200 quintales que me vinieron anoche, ¡cómo se me escapó!, en ese momento debí comprobar la pesa, ahora ya no se puede, por el tiempo y porque no hay cargadores para que ayuden. ¿Cómo hago ahora?, hombre. ¡Cómo me olvidé! Ya no tengo tiempo para comprobar el repeso —dijo resignándose.

—Eso déjales que ganen a los de la industria que le vas a vender —expresó el hermano, muy sonreído—, estoy seguro que todos los sacos tienen entre cuatro y seis libras más, sabes bien que allá en el Perú se pesa en kilos y eso que nunca pesan los 50 kilos, los que nos venden a nosotros no son legales, no venden los 50 kilos exactos, ellos también extraen de cada saco unas cuatro o seis libras como mínimo, caso contrario tendría cada saco 110 libras, pero ya sabes ellos te ponen menos; pero, los campesinos y negociantes de allá te venden el peso ordenado por la ley.

—Bueno, ya no puedo tardarme más, porque en la procesadora esperan la carga y quedé enviando hoy, ahora sólo debo cumplir mi palabra —dijo encogiéndose de hombros el dueño.

Luego de las catorce horas de ese día los carros salieron de la frontera rumbo a Guayaquil, iban solo un chofer y un ayudante en un carro y en el otro, a más del chofer y el ayudante, les acompañaba el hermano del dueño del café, entonces este carro se fue adelante, no les hicieron ningún control ni los de la aduana, ni la policía, ni los militares, no tuvieron ningún problema o inconveniente hasta llegar al cantón Santa Rosa, de la provincia de El Oro.

Cuando, cerca de las veintidós horas, dos camionetas se estacionaron delante de los automotores y los hicieron parar. Dijeron que eran policías, estaban ocho personas muy armados y con pasamontañas, se subieron a un camión, un policía se quedó en cada camioneta que permanecían encendidas; empezaron a revolver y a romper los quintales de café, indistintamente, esta inspección duró más de una hora en cada carro.

Cuando los choferes y el hermano les preguntaron y les reclamaron de la actitud tan dura y tan drástica de la manera de actuar de los uniformados, los policías contestaron que era un control de rutina que estaban realizando por algunas noches y días en todo el país y que ahora lamentablemente “les tocó a ustedes”;

entonces, entre ellos conversaron y concluyeron que todo lo que había en los carros era sólo café, que habían tomado una muestra de quince sacos de cada carro para llegar a determinarlo.

Luego uno de ellos gritando dijo:

—¡Perdónennos! ¡Disculpen señores! ¡Lamentamos mucho haberlos incomodado y retrasar su viaje!, que les vaya bien —subieron a sus automotores y se marcharon.

Entonces los viajantes se quedaron y durmieron dentro de los carros en el cantón Santa Rosa, cuidando los automotores con la carga, hasta las cinco de la mañana; la sorpresa más grande que tuvieron fue que en ningún control militar, policial, aduanero, de las provincias del Oro y del Guayas, inspeccionaron la carga de los automotores, ni les revisaron, ni les pidieron ningún tipo de papeles; es más, no los hicieron parar, todo el trayecto tuvieron luz verde en los controles, hasta llegar a la misma fábrica de café.

Se comprobó el peso en la báscula de la fábrica y arrojó un total de 45. 818,19 kilogramos, lo que un chofer anotó esa cantidad en un papelito, que se lo guardó en el bolsillo izquierdo de su camisa guayabera.

Inmediatamente, el jefe de compras les dijo:

—Todo está muy bien señores, el producto está de acuerdo a las especificaciones de compra que necesitamos, el peso de cada costal es exacto, han traído los 1.000 quintales... Ya les traigo el cheque del departamento de contabilidad, espérenme un momento—salió hablando.

Luego uno de los choferes pidió el teléfono para realizar una llamada a la exportadora de café, pero nadie le contestó. Entonces comentó: “Esos cojudos de la exportadora aún no están trabajando, nadie contesta, ya van para más de veintidós días que no laboran; posiblemente el barco que iban a comprar se demora en venir mucho tiempo, por el mar o tal vez porque es nuevo no pueden acelerarlo”.

—El exportador está disfrutando la plata en el exterior —contestó el otro chofer riéndose—, tanto dinero que haya ganado en el último café que llevó y que

fue fiándolo por más de 15 días, ese café lo debe todito, a nadie le compró de contado, ahora tiene que traer la plata para pagar a muchos comerciantes de todo el país. Pero estoy muy seguro que en este viaje perdió dinero, por la baja en su precio a nivel mundial, ¿no dicen que la caída del café en el exterior es muy fuerte?, creo entonces que muchas personas dedicadas a estos negocios quebrarán.

—Aquí está el cheque caballeros —se expresó, con tono suave, el jefe de compras—, lo depositan de aquí a 31 días, porque antes no tenemos dinero; les pido respetar la fecha, así es “paisanos.”

—Gracias —dijo el hermano del vendedor— y se puso a leer (110.000 dólares), era el valor del cheque, que era la misma cantidad escrita en letras muy claras, estaba la fecha un día después del mes, pero no se debía hacer problema, tenía el cheque dos firmas ilegibles, un sello de la fábrica de café, un sello con dos palabras: “Dirección Financiera”, otro que decía, “Cruzado.”

Luego el jefe de compras les tendió la mano derecha para despedirlos a cada uno, pero les dijo:

—Todo está muy bien, muchas gracias, ha sido un placer realizar negocios con ustedes —y salieron todos contentos, rumbo a la frontera.

El jefe de compras entró a la bodega muy animado y le dijo al bodeguero:

—Los “paisanos” que entregaron el café, han dejado ocho quintales más; porque el peso que debían dejar era de 45.454,70 kilogramos.

El bodeguero sorprendido contestó:

—No puede ser, porque yo conté y están los 1.000 sacos exactamente, porque fui contando y revisando para informarte luego.

—Oye, algo está pasando —interrumpió con su rostro confundido, el jefe de compras.

Sacó una calculadora del bolsillo y manejándola, dijo:

—Lo que realmente tienes en peso es de 45.818,19 kilogramos, o sea existe una diferencia de 363,49 kilogramos, y mostrándole la calculadora para que el bodeguero lea, lo que equivale a los ocho quintales más que nos dejan en peso, no en bultos, a lo mejor algunos sacos pesan más de 100 libras, porque este café debe ser peruano, ya sabes que cuando lo traen directamente siempre ocurre esto.

—Pésalo nuevamente, uno por uno —dijo, guiñándole los ojos— y coges tú cuatro quintales y a mí me dejas los cuatro; así debemos seguir partiendo, mitad por mitad, no te olvides de sacar los ocho quintales que hay demás, por el repeso.

—Tengo que hacerlo, ya los descubro a los que tienen más pesa, hasta completar los ocho quintales y los llevo a vender, donde siempre hemos estado vendiendo, para que te enteres a qué precio me lo han pagado —contestó muy sonreído el bodeguero.

—Luego te cruzo el billete que te corresponde y todo queda en paz; porque nos une una buena amistad, tú como jefe de compras y yo como bodeguero de la empresa.

El dueño del café había estado llamando a la industrializadora toda la mañana, para saber o que le informen de cómo les había ido en el viaje a su hermano y a los choferes.

Al fin contestó el jefe de compras, quien le dijo que todo había salido muy bien y que las personas que entregaron el café estaban viajando aproximadamente una hora, que no se demoraron mucho tiempo en la empresa, porque las dos partes habían cumplido todas las condiciones y de parte de la industrializadora estaban satisfechos, con la calidad y con el peso, que si deseaban comprar más café, ya se pondrían en contacto inmediatamente, con una llamada.

Entonces el vendedor, muy emocionado le agradeció y se despidieron.

El vendedor se quedó en la sala pensando en lo que los choferes y el hermano vendrían a las dos de la mañana y traerían muchas noticias sobre el precio real del café, pero con él conversarían al otro día; estaba un poco satisfecho, porque finalmente había podido vender todo su café ganando bagatelas y en

algunos sacos estaba perdiendo; conocía él que no eran halagadoras las noticias para los vecinos de la frontera, todos indicaban de la caída del precio del café, aseguraban que en menos de un mes estaría pagándolo el exportador a 80 o 60 dólares por quintal. Que se vendrían nuevas posibilidades en la venta, o en la compra de otros granos, como el maíz, el fréjol, el maní, el arroz, pero, deberían esperar a lo mejor más de un mes para empezar en estos nuevos negocios, todo ese tiempo estarían sin poder hacer ningún trabajo que les permita obtener ingresos, no se le venía a su mente en qué actividad emprender.

Se recostó sobre un mueble y se puso a pensar en qué actividad emprender, él estaba consciente de que algún día dejaría estas actividades del contrabando, porque siempre le ocasionaban extorsión, incomodidad, hasta muchos desacuerdos con la familia y con autoridades que persistentemente querían ser sobornadas, solicitándole mucho dinero, para dejar pasar la carga.

Le llegaron muchas ideas y se decía para sí “un negocio no vale la pena implementar, porque aquí existen muchos y de toda clase; involucrarme en negocios de estupefacientes que constantemente me han propuesto, porque dicen que enseguida se obtiene mucho dinero, en esos negocios nunca incursionaré, jamás lo aceptaré, así sea el hombre más desdichado por la pobreza, en ningún tiempo consentiré, ni trabajaré en tráfico de drogas; eso es crearse problemas en la vida, tengo una linda familia, buenos amigos y no puedo causarles daño a ninguno de ellos, a la juventud, a la sociedad, siempre he querido vivir tranquilo, no hallarme en zozobra toda mi vida, o estar preso en una cárcel y quedarme solo, todo eso yo lo tengo muy claro en mi cerebro.

Una finca si la compro, me convendría adquirir animales, por lo menos animales de corral, buen trabajo es alimentarlos y cuidarlos muy bien para que no me los roben, también para que la propiedad produzca tendré que rozar, quemar, preparar la tierra con abonos orgánicos naturales, para sembrar hay que tomar en cuenta los ciclos de la luna, adivinar o saber cuándo va a llover, lo mismo hay que enterarse con el sol; luego desyerbar las plantas y cosechar, pero cuando aquí en la frontera cosechan los campesinos, todos los granos bajan su precio y los pobres venden muy barato sus productos a los intermediarios.

Los intermediarios, ellos sí tienen buenas ganancias, si comprara la finca, me toca trabajar muy fuerte en el campo, el trabajo de campo es demasiado pesado, tendré que esperar algunos meses para que llegue la lluvia, para luego

poder sembrar y el sol para la cosecha y me han dicho que a veces no se tiene todo, en muchos períodos hay poca o demasiada lluvia y lo mismo pasa con el sol ocasionando las grandes sequías que siempre se repiten en el sur de mi país, muy bien recuerdo la sequedad fuerte y cruel del año 1969, en aquel tiempo los paisanos perdieron todos sus animales y no pudieron ni sembrar siquiera, esto ocasionó que se produzca un éxodo masivo de casi todos los campesinos de la frontera sur del país, a otros confines del Ecuador y del mundo, nuestros coterráneos que migraron al norte del oriente ecuatoriano, fundaron la Nueva Loja, como testimonio que fueron muchos y que su vida continúa...

En estos momentos, aún nuestros lugareños sufren grandes pérdidas en sus actividades agrícolas y pecuarias por falta o por exceso de estos fenómenos naturales y se encuentran sin ningún apoyo gubernamental. Labrar la tierra... esa es una actividad muy pesada...no sé en qué emprender...en la frontera"...En aquel momento se quedó dormido, hasta que en más de una hora el teléfono lo despertó.

Del otro lado alguien le dijo:

—Esta noche queremos que no faltes al cierre de campaña y para el domingo te pido que nos prestes los carros para sacar a la gente de los barrios rurales, para que vengan a votar por nuestros candidatos —luego agregó—: ¿ya sabes quién te está hablando?

—Sí, ya te reconocí —dijo con tono seguro—, bueno, hay que darte el voto; cuéntalo para ti, vamos a dar toda la familia, para que seas un buen concejal y trabajes y hagas buenas cosas por el cantón, que esa es la aspiración de todos nosotros.

—Verás que tienes que apoyarnos con tu voto a toda nuestra lista, es el voto por lista, o sea, tú haces una raya vertical sobre la horizontal que está cerca del número de nuestra lista, que ahí viene anotado en la papeleta y simplemente tienes que rayar; y, de esta forma votas por toda nuestra lista, así apoyas a todos los candidatos de nuestro partido, por eso, no queremos que faltes esta noche, porque vamos a explicar la nueva forma de consignar el voto y a designar representantes de nuestro partido para cada mesa electoral en todas las parroquias urbanas, porque si ganamos nos pueden acusar de fraude electoral. El domingo festejamos todos en el país el triunfo de nuestros candidatos, a las

ocho de la noche vamos a realizar el desfile motorizado y luego el baile en el parque; mira, ¡yo no sé por qué no has llegado al local del partido! —dijo quien lo llamó al teléfono, que era candidato a concejal—. El otro día me preguntó por ti el candidato a diputado, el que nos va a permitir el comercio libre, el que nos ofreció muchas cosas y pienso que si las va a cumplir, porque él tiene muchos amigos y él sabe hacer los contactos y amarres que ahora necesitan en el Congreso Nacional para conseguir lo que nos prometió —así le hablaba el candidato a concejal.

—Sí, sí, yo sé, no he tenido mucho tiempo de ir por ahí es por mis negocios —contestó secamente el dueño del café.

—Verás, que todas las autoridades a elegir son de suma importancia, de manera especial las del congreso, debemos recuperar el congreso que lo tiene ahora la oposición, no siempre se puede confiar en la compra de votos para aprobar ciertas leyes que nos benefician a nosotros; asistirás, te esperamos, vendrás con toda tu familia, ¡ya, chao! —expresó y enganchó el teléfono.

El cafetero no pudo contestarle nada, asentó el teléfono e inmediatamente volvió a recostarse en el mueble y durmió como un lirón hasta casi las ocho de la noche.

Cuando se despertó, su esposa que estaba terminando de merendar, le preguntó si deseaba comer, para servirle la cena. Él con tono alegre contestó:

—Ya hijita, sí quiero merendar, porque si deseas nos podemos ir al cierre de campaña; me invitaron. ¿Sí estás en condiciones de acompañarme?, podemos ir a la reunión y al baile, a pasar momentos alegres —se acercó y le acarició tiernamente su mejilla, luego la asió a su profundo tórax, ella le correspondió a sus lisonjas y se abrazaron cariñosamente por algunos momentos y se besaron muchas veces.

Ella entonces con tono suave dijo:

—Oye ¿a ti no te duele lo que te hicieron?, no debes llegar allí, te recuerdo lo que pasó, no te pagan la cuenta del hotel, te piden regalos, les regalas la pintura y más objetos para la campaña política, te solicitan dinero, te roban los 60 quintales de café y tantas cosas más, aún quieres llevarme allá. ¡Yo no me

voy!, yo estoy muy resentida, con lo que nos hicieron, tú sabrás lo que haces, si quieres ir, ándate, pero, te vas solito —lo separó suavemente con sus manos y salió del comedor, sin hacer más comentarios.

Él no hizo ninguna observación; luego se cambió de ropa y salió diciendo:

—Si está bonita la fiesta me quedo, caso contrario regreso enseguida.

Llegó a la reunión y se dio cuenta que no estaba ni la mitad de personas que estuvieron la primera vez, fue saludado casi por todos los asistentes y muchos se reunieron formando un círculo en torno a él, conversaron de los negocios del café, de la baja que había experimentado el producto, un amigo le preguntó qué ¿cómo retiró los 1.500 quintales de café del cuartel de Cariamanga y cuánto le costó?

Él solo dijo que ese es un asunto muy espinoso y largo de contar y toda la noche no bastaría para exponerlo, pero si mal no recuerdo eso me costó, cuatro tanques de pintura de 55 galones cada uno, cuyo valor total ascendió a 2.640 dólares, más 310 que se pagó por dos equipos con micrófonos y parlantes. Más los 4.000 dólares en efectivo entregados al gobernador, más 60 quintales de café que se cogieron, porque no aparecieron en ningún lado y se cree que me lo sacaron en el cuartel, dónde los carros estuvieron detenidos por más de una semana, más 675 dólares por garaje y cuidados de los automotores, más 800 dólares entregados en los controles de policía y aduana, otros regalos pequeños, como pavos, quintales de arroz y cajas de whisky a algunas personalidades; me falta sumar el interés de la plata, flete del carro, pago de choferes y algunas cuentas que por ahora se me escapan.

Ellos no estuvieron atentos a las actividades que se desarrollaban en el local del partido, como las intervenciones de algunos candidatos locales, las informaciones de las acciones cumplidas por los dirigentes del partido y algunas comunicaciones recibidas que las hicieron conocer aquella noche; los diferentes aportes económicos de algunos amigos, de los comerciantes; las contribuciones obligatorias de todos los activistas del partido.

Los proyectos de trabajo que se planificaron, los delegados que se nominaron como representantes del partido para las diferentes mesas de cada junta receptora del voto, para contar los votos, miembros del partido para el control,

el cuidado y el traslado de las urnas hasta el Tribunal Supremo Electoral, no escucharon esas decisiones, el grupo que estaba en el círculo, siguió charlando muy amablemente.

—¿No te apareció alguna hembra por ahí? —le preguntó otro amigo sonriendo.

—Bueno, bueno, una secretaria de la gobernación me tenía muy emocionado, sí le dije, para llevarla a un almuerzo, para llevarla a pasear, pero, ella nunca me quiso escuchar, ni me aceptó nada, para mí que esa es una chica muy bien educada, es una mujer de casa y cuando uno llega a esa oficina, ella es la única que atiende muy bien.

Luego, retomando el tema del café, añadió:

—Debo tomar en cuenta el valor diario que pagué por utilizar hotel, el pago del flete por un carro y los dos míos que estuvieron sin trabajar, el sueldo a los choferes que vivieron sin hacer nada y más cosas, que no he realizado todavía ningún cálculo como el valor de los 60 quintales de café, porque no sé qué precio ponerle a los mismos, a 100 dólares que lo vendí en ese entonces o a 150 que me ofrecía pagar el exportador por cada quintal fiado, ya que hasta ahora no puedo hacer las cuentas —contó en forma jocosa—. Imagínense —dijo, muy sonreído— que no sé si estoy ganando o perdiendo, en esta dura actividad, como es el contrabando.

Muchos contestaron con risas.

Pero entonces uno de sus amigos con voz interrogadora le preguntó:

—¿Es verdad que no te han pagado la cuenta de la recepción que hicieron en el hotel?

—Así es, no me han pagado ni un solo centavo, ni los de aquí, ni los que se fueron —contestó tajantemente.

—¡Cómo!, ¿se fueron sin pagarte?

—Alguien le interrumpió del grupo.

—Me piden que arregle el local de actos en el hotel con serpentinas, prepare bocaditos, compre licor para doscientas personas, pague la música y al maestro de ceremonias, artistas, aguas, colas, que prepare treinta y cinco meriendas, que necesitan 35 habitaciones, porque dormirían 55 personas esa noche y yo arreglé, pedí, garanticé algunas cosas que no tenía, que las he pagado y todo suma un total de: 6.666 dólares, entonces el candidato a presidente le ha dicho al camarero, que me va enviar un cheque, desde la ciudad de Guayaquil.

—Pero no ha indicado el día de qué mes, ni de cuál año te lo despachará al cheque —le interrumpió, un conocido.

—¡Tomen asiento amigos! ¡Compañeros tomen asiento!...Que va a empezar el baile del triunfo —dijo una persona, muy apurada.

Los aludidos fueron a sentarse y lo hicieron por unos instantes; pero, inmediatamente muchas personas se salieron, se pararon junto a la puerta y el baile empezó y los que estuvieron en el círculo comenzaron a retirarse a sus hogares y el negociante de café también salió sin despedirse de los que estuvieron dirigiendo la sesión.

5.

RESULTADOS DE LOS COMICIOS Y LOS ESTAFADOS



Llegó el día de las elecciones y el dueño del café decidió estar en casa, no se dedicó más que a oír las noticias. En el momento del almuerzo, estaba sentado en una silla junto a la de su esposa en una conversación muy agradable.

Ella le preguntó que si el peruano le va a traer más café.

Él respondió que ese caballero estuvo a punto de estafarlo, que le había adelantado la plata por 200 quintales y que tuvo que mentirle, diciéndole que deseaba entregarle más dinero para que le traiga unos 2.000 quintales de café y entonces así le trajo los 200 quintales que estaban pendientes.

—Pienso que si me cumplió y regresó, fue porque estaba muy convencido de que yo le entregaría más plata para que me traiga más café. No le entregué ni le anticipé un solo centavo más —dijo mirándola fijamente a la cara—, yo te aseguro que a éste se le ennegreció la conciencia y no les traerá el café a las otras personas que le anticiparon el dinero, yo te afirmo que éste se reventó la plata, no sabemos cuántas personas le han entregado dinero, ni qué cantidad ha recibido él aquí en la frontera.

—¡Qué duro! ¡Qué pena si ocurre esto! —contestó la esposa, moviendo la cabeza y suspirando profundamente—. Es la necesidad de trabajo lo que hace que las personas entreguen la plata antes de recibir la mercadería; bien dicen que la necesidad obliga a las personas a realizar algunas cosas sin pensar muy bien, luego nos vienen sucesos como los que están ocurriendo aquí en nuestro cantón. ¿Y los que están pagando dinero al chulco, qué harán? ¡Se quedan sin nada! ¡Pobrecitos! ¡Qué me cuentas! —concluyó ella.

—Mira que los peruanos se llevan mucho dinero de numerosos negociantes ecuatorianos y no sabemos cuántos más están en el resto de la frontera con cuantioso capital entregado a los comerciantes peruanos, fíjate que nuestros paisanos se quedarán algunos sin nada, con muchas deudas y sin poder responder financieramente, ni a los bancos, ni a los chulqueros, seguro estoy que les rematarán sus pocos bienes o tendrán que venderlos muy baratos, con la finalidad de pagar sus compromisos económicos y evitar que les rematen ya sea el banco o los chulqueros, —presagiaba el hombre.

Aquella noche los primeros resultados extraoficiales de las elecciones, de acuerdo a las noticias, el candidato de la derecha quedaba en tercer puesto luego de la contienda electoral; según los analistas políticos y otros mercadólogos entendidos en política, habían indicado que era improbable que llegue a disputar la segunda vuelta, porque estaban escrutados más del setenta por

ciento de las mesas electorales a nivel nacional, sólo faltaban unas cuantas en la provincia del Guayas, en Pichincha y en el Azuay.

Que existía una diferencia de votos entre el segundo puesto y el tercero de un veinte y cinco por ciento y que era imposible que tenga oportunidad de alcanzarlo de acuerdo a las estimaciones y cálculos realizados; aunque habían reclamos y acusaciones verbales de parte de los grupos perdedores, indicando que en algunas juntas electorales de la capital, en los suburbios de Guayaquil y en otras partes del país, existieron retrasos porque se empezó muy tarde, es decir más de las nueve de la mañana; y, que muchos de sus seguidores no pudieron cumplir con el deber cívico de votar, que se encontraron en un basurero del mercado santa clara de Quito, cientos de papeletas marcadas a favor de los candidatos ganadores.

Que se observó a muchos personajes haciendo públicamente campaña a favor del binomio triunfador, muy cerca de algunos recintos electorales... que saben que se pagó para que voten por ese binomio y que tienen pruebas fehacientes para entregar al tribunal supremo electoral y solicitar que se anulen las elecciones presidenciales acaecidas en ese día y que se nombren a nuevos vocales para conformar un nuevo tribunal supremo electoral.

Que simplemente existió un fraude programado por algunos vocales del tribunal supremo electoral y orquestado por su presidente, ya que, todos ellos son afiliados y habían sido designados por diputados del congreso de la tienda política que hoy se creen ganadores en esta lid electoral.

Que su partido político, sus diputados, y los millones de seguidores y votantes, jamás reconocerán al binomio presidencial que ha ganado con fraude y con muchos artificios y, que desde el día de mañana saldrán a las calles a protestar y a explicarles a todos los ecuatorianos, las razones de su lucha justa y democrática.

Pero, a nivel provincial, sí salió electo el candidato a diputado por Loja, el que le había ayudado a recuperar su café, el que prometió darles trabajo, construir hospitales, el que ofreció crear las zonas francas o el libre comercio entre los dos países (Ecuador y Perú) abrir carreteras, el que prometió pavimentar las vías de la frontera, bajar los intereses del banco nacional de fomento, fiscalizar a los ministros de estado, visitar a los pueblos de la frontera, y al oír estas buenas noticias se alegró mucho el dueño del café.

Entonces su mente sintió una sensación de gran felicidad, de satisfacción y lo expresó en su cara, con una sonrisa tierna, sincera y respiró profundo por algunas veces, para eliminar unos nudos misteriosos que le apretaban su pecho y garganta, pero él, sonreía y sonreía para extinguir algunas lágrimas que estaban saliendo de sus ojos, pero él no podía controlarse, por más esfuerzo que hacía, ni entender nada, si lo que le sobrevinía en esos instantes era de gusto, o de pena, pero sus ojos lloraron, su pecho se agitó y su rostro sonrió, nunca le había sucedido esto, nunca, por un momento se preocupó.

Inmediatamente su mente recordó que alguna vez tuvo esos achaques, cuando nació su primer hijo, ahí gritó y saltó de alegría, ahí solamente reía, no lloró y se enorgullecía de que su esposa en su primer parto le traía su primer varón.

Luego recordó a la bella María Gardenia, secretaria de la gobernación, y se le escaparon muchos suspiros de complacencia, porque sabía que los galones de pintura y los micrófonos, parlantes y todas las demás cosas que había obsequiado y dejado en la casa de su padre, les habían servido de algo, habían sido muy bien utilizadas en la campaña política, ahora ganada por su amigo el diputado por la Provincia de Loja.

Él también se sentía ganador, era parte de ese triunfo, a veces quería salir a la calle a gritar con toda la fuerza de sus pulmones y garganta para expresar toda la emoción y alegría retenida; se levantó del asiento saltando de júbilo, pero luego, se tranquilizó, se aquietó el hombre, se sentó nuevamente.

Entonces decidió quedarse en casa para informarse bien de todos los datos de las elecciones llevadas a efecto ese día, tanto nacionales como locales.

También recordó que le habían invitado para festejar con un desfile motorizado, a las 20h00 del domingo, pero no quiso asistir, únicamente se contentaba por el triunfo del candidato a quien le había dado el voto él y toda su familia, que había salido electo de diputado y era representante de Loja, que iba a trabajar mucho por ellos, por los de la frontera, porque les había prometido el libre comercio, y con eso le bastaba, él le había creído, ahora pensaba que se vendrían mejores días para todos los habitantes de su cantón. Por eso estaba muy contento aquella noche.

En la frontera, todos esos días se hablaba de los resultados de las elecciones, se olvidaron de la falta de trabajo, de los negocios, de los días de sol, polvo y viento; unos cuantos se preparaban para presentarse al uno u otro bando para apoyar a los candidatos finalistas para la segunda vuelta electoral, y unos pocos hacían cálculos y esperaban para ver cuál tenía la mejor posibilidad, esperar el momento propicio y agarrarse del candidato ganador de las elecciones y saltar como sanguijuelas y chuparle la sangre al país, ubicándose en puestos estratégicos en el sector público u ofrecer cualquier tipo de servicios y venderle al estado ecuatoriano a precios muy altos.

Porque tenían muchos modelos, tenían la seguridad que meterse a la política o ser parte de cualquier gobierno, era como tener la mejor actividad lucrativa, era asegurar el futuro personal y el de la familia por más de 40 años, esto era una excelente inversión y obtendrían muchas ganancias en muy poco tiempo, de esto ya tenían un sinnúmero de familiares, amigos y vecinos que ahora estaban económicamente muy bien, porque se encontraban en buenos puestos de trabajo, obtenían dinero, un buen patrimonio y todo esto les generaba seguridad económica, bienestar personal y familiar.

Unos cuantos osados y audaces hacían cuentas en su mente en base a los apoyos, acuerdos políticos, alianzas ideológicas, a que llegarían los candidatos presidenciales finalistas o que recibirían, de parte de algunos partidos políticos con similar ideología, tanto a nivel local como nacional, para determinar a cual grupo apoyar o meterse y preparaban carpetas, conversaban con amigos, para ver si podían ir a ocupar puestos públicos importantes y desde ahí hacer los grandes negociados que siempre se daban en la provincia, en el país, en todos los gobiernos electos que se habían sucedido, luego de volver a la vida democrática.

Querían aprovechar al máximo esta oportunidad, ya empezaban a realizar campaña individual como posible gerente del banco nacional de fomento, director de aduana, director de educación, gerente del banco central del Ecuador, director de PREDESUR, gobernador y otros puestos importantes, concedidos desde la presidencia de la república, u ofrecido por algún diputado, dirigente político, director del partido etc., cargos de libre remoción que existían en Loja y en algunos cantones de la frontera, con sueldos muy elevados (los sueldos dorados) para algunas autoridades y con luz verde para hacer y deshacer del puesto.

Había pasado más de una semana del alboroto de las elecciones hasta que un día llegaron dos hermanos a confirmar las noticias muy malas para la frontera, que se habían expandido como pólvora, porque todos hablaban de lo mismo, que los comerciantes de la frontera de Ecuador habían sido estafados por comerciantes peruanos a quienes les habían adelantado o confiado el dinero para que les provean de café y otros cuantos productos, y que algunos comerciantes de Ecuador también les dieron fiados o les entregaron mercancías como: azúcar, harina, aceites y otros abarrotos.

Y que por más de tres semanas no les han vuelto a ver a los peruanos; no les trajeron el café, tampoco les acarrearón los otros productos, ni vinieron a devolver la plata, ni a pagar las deudas, ni contestan el teléfono y dizque incluso algunos ecuatorianos ya se han ido a visitarlos en el norte de Perú, adonde vivían, y estos se han cambiado de domicilio, se han trasladado a vivir en otra ciudad, no los han encontrado por ningún sitio, es más nadie les da razón de su nueva morada, nada conocen de sus nombres y apellidos, nadie ahora les da información.

Con toda razón los ecuatorianos estafados los han denunciado o demandado en la guardia republicana peruana, en las oficinas de algunas autoridades gubernamentales que administran justicia y que aquellas no colaboran, ni les hacen caso sobre este asunto a los ecuatorianos estafados, porque no presentan constancia del dinero adjudicado, tampoco poseen facturas legales de las compras y ventas realizadas, nada tienen, ni conocen la dirección exacta de su domicilio para notificarlos a los estafadores; en definitiva, no tienen cómo exigir legalmente la devolución del dinero, ni de las cargas de los productos fiados.

Como resultado de lo sucedido, algunos comerciantes de éxito del sur del país están quebrados, los bancos les negaron todo tipo de crédito, los proveedores de Ecuador les están exigiendo que les paguen las facturas, los chulqueros muy apurados y con amenazas les están cobrando sus deudas y les están siguiendo juicios para embargarles y rematarles todos sus bienes.

Algunos están muy enfermos, unos están con tratamiento médico y psiquiátrico, otros están vendiendo su patrimonio muy barato para solventar lo que se pueda en los bancos y a los chulqueros; y, nada les quedará para subsistir a los engañados con su familia.

Se piensa que uno y otro abandonarán la frontera y no regresarán nunca más; el pueblo está desolado, no tienen en qué emprender, no hay los grandes negocios, no tienen en qué trabajar en ninguna parte de la frontera; siguen los días de sol, polvo y viento, son días, semanas y meses de desolación, no encuentran qué actividad económica iniciar.

Se habla en todas partes, en las plazas, en los parques, en oficinas, en todos los hogares, se comenta en los colegios y escuelas todas las mañanas, las tardes, en las noches los amantes han dejado de amarse y solo conversan y comentan de esta noticia y en toda la frontera lamentan de la quiebra de los comerciantes más prominentes de este sector del país.

Algunos coterráneos se niegan a creer lo que comentan, es que parece una fábula, un cuento casi imposible de creer, es que no se puede opinar que estos personajes que tenían mucho dinero, mucho crédito en el mercado financiero, grandes negocios, tantos bienes, ahora se encuentren con dificultades económicas, con hogares desintegrándose, muy mal en su salud y poco a poco estén abandonando la frontera.

A los estafados de la frontera por los peruanos, casi todos los comerciantes de café tenían una reserva financiera que les quedaba para pagar en los bancos, para poder subsistir, para salvar la desintegración de su hogar y continuar trabajando en su tierra y no emigrar; aún tenían que cobrar la deuda del café que le fiaron al exportador que se fue a comprar otro barco, que si les pagaba, era bastante plata que recibirían como ganancias, ya que estaban ganado casi el ciento por ciento de lo invertido en cada quintal; porque le fiaron el saco a 150 dólares y ellos lo compraron a 80, y ya era tiempo que regrese de los estados unidos de Norteamérica y les pague el dinero.

Pero la mayoría de ellos estaban muy preocupados, ya que algunos habían estado visitando las oficinas, llamando casi todos los días a la exportadora y nadie contestaba ni les comunicaban nada, esto habían estado averiguando por cerca de un mes.

Luego acordaron enviar dos personas para que se vayan e investiguen en Guayaquil y constaten que era lo que estaba ocurriendo en la exportadora de café, si iba a continuar operando o ya estaba cerrada en forma definitiva, o quizá iban a dedicarse al transporte marítimo, con los dos barcos.

Madrugaron los emisarios y llegaron a las 11h00, pero todo el edificio estaba cerrado, no había a quien preguntar, se quedaron, indagaron, examinando a algunos individuos que se encontraban ahí.

Cuando uno de ellos, con acento muy fuerte, dijo:

—Sólo en nuestro país ocurre esto, miren este pillo, para mí que se ha largado con la plata de algunos comerciantes de café de casi todo el país, él era el exportador, él era el presidente de los cafetaleros del Ecuador, él era el que determinaba los precios reales y los precios ficticios o fingidos, con los precios muy elevados (logró atraparnos) nos ofreció pagar a un valor muy alto, únicamente para que le fiemos, cosa que la consiguió, luego todos caímos en su engaño y le fiemos todo nuestro café.

Se piensa que ya debían estar trabajando en esta oficina, yo estoy que vengo tres días seguidos por semana, llego siempre los lunes y algunos empleados no saben ni conocen nada; pero vienen a ver si abren estos locales para laborar, quieren seguir trabajando, que van más de un mes con vacaciones y dicen que han perdido su trabajo, que es como si hubieran sido despedidos intempestivamente todos, que no han recibido ninguna paga, no han sido notificados del cierre de la exportadora, ni de la culminación de su contrato de trabajo, que del dueño nadie sabe nada.

Lo más triste es que los propietarios del edificio dicen que la renta del arriendo está pendiente por más de tres meses y que ellos ya lo están demandando para que el juez de inquilinato les permita abrir el inmueble, porque el local está abandonado, no hay bienes muebles, ni vehículos dentro del mismo; unos vendedores ayer vinieron y manifestaron que se iban a la oficina de algún periódico o canal de televisión, para hacerles conocer y que ellos investiguen y publiquen sobre este asunto, que tiene involucrados con mucho dinero a personas de Loja, Machala, Guayaquil, El Oro y Manabí.

“A veces considero que debemos reunir a todos los perjudicados y demandarlo judicialmente”, pensaba para sí el dueño del café, “pero no sé... ¿cómo se lo demanda si no tienen ninguna factura firmada por él, o algún documento que demuestre que se le fio el café? Y, lo más difícil, es que él se encuentra en el exterior y no está en el país, entonces pienso y creo que todo es tarde. ¿Cómo

se lo demanda si él no está? Todo está perdido, simplemente los ha perjudicado a todos los que confiaron en él, los pobres creyeron en su palabra”.

Mientras tanto, a la casa del dueño del café, llegó un hermano y le preguntó lo siguiente:

—Oye, no entiendo cómo es que hace tres meses este exportador decía que el café iba a subir y te ofrecía pagar veinte, treinta, cincuenta dólares más por quintal, cada vez que le entregabas café, cuando la verdad es que el producto ha estado en el mercado internacional baja y baja, yo no entiendo, siempre me confundo, con esto. ¿Por qué actuó así?

Y él le contestó:

—Ahora comprendo, ahora deduzco, que el alza del café que se producía en el país, era provocada por él mismo, para que le llevemos más y más y muy hábilmente nos compró un poco a buen precio y a todo el resto que le llevaron les pidió que le fíen, ¡fíjate que les ofreció pagar y nos pagó hasta 150 dólares por quintal!, cuando ese no era el precio real, solo él estaba pagando a ese precio, con 30 y hasta 70 dólares de diferencia en cada quintal, por algunos días y semanas consiguió mantener en el mercado esos precios en todo el país, un precio muy alto y acaparó todo el café. Entonces así logró adquirir mucha carga fiada, no se sabe cuántos miles o cientos de miles de quintales y a quienes les debe, no conocemos cuantos miles de quintales o toneladas de café le fiaron entre todos —comentaba el negociante y continuó—. Luego sí, con mucha carga de café fiada, dicen que se ha ido no sabemos exactamente adónde... —hizo una pausa larga—. ¿Adónde iría? ¿Quién sabe? ¿Cómo quisiera saber en qué lugar se encuentra! Eso es imposible.

Después dijo el dueño del café:

—Yo por suerte no le entregué nada, todo le vendí al contado, el resto de mi café lo entregué a menor precio y a un mes plazo; 40 dólares por quintal es la diferencia que me quería pagar el exportador, pero el café fiado; de esta última venta, no estoy ganando nada, nada queda de utilidad, estoy perdiendo todos los gastos y costos que demanda llevar el café a Guayaquil más los intereses de la plata; porque la última compra ya me lo vendieron algunos quintales a 110 dólares, pero ese dinero sí lo cobraré, porque en mis manos tengo el cheque y

avanzaré a cobrarlo para recuperar todo mi capital invertido y pagar el resto de mis deudas; no perderé tanto como el resto de mis paisanos y del país. Pienso también que esos que vinieron a comprar el café aquí en la frontera, fue gente enviada o que trabajaba para él, ahí nos convenció más, porque las primeras compras lo pagaron muy bien, a un alto valor; creo que luego no les dio más dinero y por eso no compraron más, porque se fueron cuando él también emprendió su viaje.

—Entonces, piensas tú que así fueron las cosas, ¡carajo!... Que el hombre fue muy hábil, muy audaz, a muchos los dejó boquiabiertos —contestó el hermano—, engañó casi a todos los productores y vendedores de café en el país. Solo tú no caíste en el anzuelo.

—Para mí que esa es la verdad, engañó casi a todos este personaje, hasta algunas autoridades del puerto de Guayaquil.

Inmediatamente el hermano volvió hacer otra pregunta:

—Pero ¿cómo es que en el Perú también subía el café, casi al mismo ritmo que acá en el Ecuador? Que decían que subía, pero los precios internacionales habían estado bajos, en el Perú mejor debía caer también el precio del café, por el desplome de los precios internacionales y por la inestabilidad de la moneda de ese país.

—Bueno, ahí hay dos asuntos que debemos de tomar en cuenta. Primero, que los peruanos conocían los precios por información nuestra, nosotros les dábamos los precios, ellos en el momento que cruzaban la frontera ya se informaban y nos subían el valor del producto. Segundo, si allá se produjo una alza del precio, era por la escasez, ya que no había oferta de café y ante la gran demanda de nuestro país, el precio subió; tú conoces que esa es una ley del mercado, que siempre el precio es muy determinante en la oferta y demanda de muchos productos, como también la escasez y la abundancia.

—Para mí, que se pusieron de acuerdo entre los peruanos y el exportador del Ecuador, para ellos vendernos ganando demasiado y él pagarnos caro y luego estafarnos de lado y lado, casi en el mismo tiempo y a varios comerciantes —expresó el hermano.

—Para mí, no es así; en ningún negocio, ni empresa, peor entre dos países, pueden ponerse de acuerdo los vendedores y los compradores para establecer precios y utilidades de alguna actividad comercial de un producto; eso casi es imposible, si esto sucediera, para mí que no tendría mayor importancia este negocio, porque las ganancias no fueran lo suficientemente atractivas, entonces en este tipo de comercio se estaría hablando de un mercado perfecto, que se da solo con un acuerdo mutuo entre compradores y vendedores, situación que me parece casi imposible de que suceda en este tiempo y en dos países. —dijo el dueño del café.

Al día siguiente vinieron los que se fueron a verlo al exportador y éstos indicaron que todo era inútil, que las oficinas de la exportadora continuaban cerradas, que tenían la certeza de que el exportador del café se había quedado a vivir en los Estados Unidos de Norte América y que era mentira que había tenido un barco y que iba a comprar otro. Que el café había sufrido una baja muy fuerte en todo el mundo; que pronto se enterarían por el periódico sobre este asunto, porque algún periodista conocía muy bien esta trama y lo iba a investigar más a fondo, para luego publicar toda la verdad sobre este delicado y espinoso caso.

No terminó la semana, cuando en la casa del dueño o comprador de café, sonó el teléfono y del otro lado un hombre sin identificarse dijo:

—Oye, ¿has leído el periódico?

—No, no, pero ya te reconocí —contestó, muy interesado.

—No ha sido mentira, es verdad que el presidente de los cafetaleros del Ecuador se ha ido del país, es muy cierto que se encuentra en los Estados Unidos, posiblemente esté radicado en Nueva York o en Miami, se confirma lo que venían sosteniendo todos los perjudicados o los que le fiaron el café...

—Eso ya lo sabía, ya existían esos enormes rumores, todos suponíamos que se había largado —interrumpió el dueño del café—, solo era de pensar y darse cuenta; era muy simple de analizar, por eso no estaba funcionando la exportadora ya más de un mes, siempre yo estuve llamando, pero nadie me contestaba.

—¿Con cuántos quintales te perjudica a ti?

—A mí, con nada, oye yo no sé por qué razón no le regalé mi café, si por muchas veces yo le fiaba, cada vez que me pedía, pero esta vez no quise fiarle, por más que me rogó en unas dos ocasiones que lo hiciera, luego nunca volví a confiar en él —dijo el dueño del café casi a risotadas.

El amigo, se rió y contestó:

—Se ve que has estado con bastante suerte, no sé qué estrella te alumbró, porque las personas perjudicadas son muchas, casi en toda la frontera y bastantes en el resto del país, esto bien lo sabes.

—Así es —habló suspirando—. A veces creo lo que dice mi hermano, que se puso de acuerdo con los comerciantes peruanos para perjudicar en el mismo tiempo, o será simple coincidencia, yo reflexiono que sólo la ambición o la codicia de los hombres, puede causar tanto daño aquí en la frontera.

—Es verdad —dijo interrumpiendo el amigo—, qué noticia más infausta, pero contigo hay que festejar en grande, que no has sido afectado ni por los peruanos, ni por el exportador. ¿Te parece bien tomarnos una cervecita? ¿Tienes tiempo ahora? O será más tarde, o en la noche para conversar de tantas cosas malas que han ocurrido en tan poco tiempo aquí en nuestro confín.

—Hoy no puedo, yo no puedo divertirme mientras mis vecinos están quebrados, están tristes, están sufridos, por el daño causado por las estafas; ¿no crees que es prudente dejarlo para otra ocasión? Mejor yo te devuelvo la llamada para ponernos de acuerdo en cualquier momento; discúlpame, pero también yo he sentido este golpe tan duro. Sabes muy bien que los estafados son personas que se sacrifican mucho en realizar estos trabajos y además son nuestros amigos y vecinos, todos conocemos que aquí en la frontera no hay en qué emprender.

—Sí, claro, correcto, perdóname, no puedo exigirte; está muy bien lo que has dicho, tienes toda la razón, todos lo sentimos como en carne propia; entonces te dejo, nos vemos, chao.

—Gracias por llamarme y por estar conmigo en las buenas y en las malas, porque es ahí donde se valora a los amigos —expresó el dueño del café—, pienso que eres uno más de los buenos amigos que tengo, nos vemos, chao.

Ahora todo quedó confirmado, las estafas de los peruanos y la del exportador de café, a casi todos los comerciantes del sur de la frontera y de algunas partes del país, se dio como algo siniestro, como un caso que lo planificaron perfectamente, solo para hacer daño; así lo manifestaron y lo calificaron algunos entendidos en este tipo de pillaje, porque tuvieron doble estafa o doble engaño, los comerciantes de la frontera; es decir, por los peruanos fueron engañados y por el exportador de café que no les pagó lo que le fiaron y se fue del país.

En cambio los productores y comerciantes de café a nivel nacional, solo fueron estafados o engañados por el exportador que desapareció, con el café fiado, a los Estados Unidos de Norteamérica.

Pero casi en el mismo tiempo, o con diferencia apenas de pocos días ocurrieron las cosas; primero con la entrega por anticipado del dinero a los peruanos (bastante plata) para traer el café y otros granos y más cosas; luego, el exportador de Guayaquil pidió que le fien, al cual se le entregó mucha carga, esto lo solicitó casi por un mes. Después se largó a Estados Unidos de Norteamérica y cerró la exportadora, hizo el hurto perfecto, por eso fue muy difícil denunciarlo a las autoridades competentes e imposible para los afectados que recuperen todo o parte de su café que le confiaron.

En cambio con el dueño del café, las cosas se dieron un poco diferentes, posiblemente con mucha sutileza, porque a él le habían pedido voluntariamente regalos para las autoridades, para los amigos, para los políticos, también regaló a la policía, a los de la aduana siempre les entregaba dinero, a los del ejército, asimismo donó para las oficinas de la gobernación, colaboraciones para el partido, para la campaña política y por último se le perdieron en el recinto militar los sesenta quintales de café; pero, en conclusión eran pocas cosas, en relación a las estafas sufridas al resto de comerciantes fronterizos, que se quedaron sin nada.

Igualmente obsequió, sí, para todos los que él estimó conveniente, cuando le capturaron los 1.500 quintales de café y luego con mucho esfuerzo, humillaciones y tiempo perdido, pudo recobrar sus quintales, pero no recuperó todos, solo le devolvieron 1.440 sacos de café.

El dueño del café, no fue engañado ni burlado con grandes cantidades de dinero o de café, como a otros coterráneos les sucedió, lo de él fue diferente; pero que

si sumaba todos los gastos, se le hacía una buena cantidad de dinero entregado por él y tomada por otros.

Ahora sí, estaba dispuesto esos días por fin hacer sus cuentas; había transcurrido el tiempo y no encontraba por ningún lado las facturas ni su libreta de anotaciones, así las buscó muchos días sin hallarlas, pasaron meses y hasta años y, finalmente no las encontró; luego se olvidó y nunca pudo realizar sus cuentas de estas actividades ejecutadas en su vida.

Pero jamás su mente olvida las ofertas del diputado de crear leyes que beneficien el libre comercio entre Ecuador y Perú y tantas otras más ofertas no cumplidas y la promesa de volver a la frontera, promesa que nunca cumplió, ni cuando fue diputado, ni después, este personaje no regresó en ningún tiempo a estos lugares, a estos bellos sitios donde hace falta todo, y todo apenas es el agua potable, la luz eléctrica, las vías de comunicación, la salud, la educación y las fuentes de trabajo; no se ha comunicado, ni se ha sabido nada de él.

El dueño del café, cuando alguna vez visita la ciudad de Loja, no recuerda exactamente la dirección domiciliaria del diputado, pese que llegó a la casa de él cuando le fue a dejar como colaboración los materiales para la campaña política, por esta razón no ha ido a visitarlo, a saludarlo, a conversar con él; y, saber algo de la vida de la bella María Gardenia.

Han pasado muchos años y durante este tiempo se han desarrollado algunas elecciones de carácter local y nacional, por algunas veces llegaron nuevos personajes de la política, pero el dueño del café no los ha vuelto a ver a ninguna autoridad, ni a los políticos que lo visitaron en tiempo de elecciones, ni a los peruanos que estafaron en la frontera, ni al exportador del café, su memoria hasta ahora, por algunas veces es interrumpida por esta pregunta: “¿Quién cogió mi café?”, a veces en la madrugada, en las noches, en el día, siempre repite “¿Quién cogió mi café?”

Pasó mucho tiempo y también suponían que el exportador de café había regresado de los Estados Unidos, siempre se conversó, continuamente se rumoró que lo habían visto, que lo habían encontrado, que lo habían saludado; pero, no estaban seguros si era él, ahora estaba radicado nuevamente en Guayaquil, los que lo encontraban por casualidad se confundían o no lo reconocían por su nueva fisonomía, porque luego de más de quince años de ausencia, su cabeza

había perdido totalmente el pelo y siempre la cubría con una gorra, su cara se había arrugado y reducido, su espalda se había encorvado, sus ojos verdes los cubría con lentes oscuros y su físico estaba muy deteriorado.

Así se encontraba en la actualidad el exportador de café; después de su retorno del exterior, se radicó en un humilde departamento de una calle lejana de un barrio pobre, en las afueras de la ciudad de Guayaquil, casi al otro extremo donde vivió cuando este señorón compraba y exportaba café, no tenía amigos ni conocidos, muy rara vez abandonaba su morada, nunca frecuentaba lugares públicos, tampoco permitía conversar y relacionarse con él, parece que le afectaban los años, los recuerdos de muchos actos realizados en el pasado, estaba deprimido, huraño, decaído, vivía irreconocible.

Algunas personas de la frontera se negaban a creer de la presencia del exportador de café en el Ecuador, nadie se interesó en averiguar si era verdad; porque con su estafa, muchos paisanos se fueron a vivir en otros lugares del país y hasta en el exterior, unos pocos estaban muy pobres, otros dijeron que ya le habían perdonado la deuda, en cambio uno que otro ya se habían muerto.

Hasta que un día, en un periódico de circulación nacional, salió casi en una media página toda la información sobre la vida y las actividades del ex presidente de los cafetaleros del Ecuador y exportador de café, con nombres y apellidos completos, con una foto tomada después de haber sido asesinado, con toda la historia de la estafa que realizó a los productores y comerciantes de café de nuestro país, su fallecimiento enlutaba a muchos hogares de la provincia de Loja.

Consideraron que si el asesinato lo planificaron los grupos que manejaban el crimen vulgar, fue solo para robarle sus pocas pertenencias; pero, se determinó y se comprobó que no le hurtaron ni le sustrajeron nada de sus recursos. Entonces se creyó que el asesinato lo realizó el crimen organizado y fue para saldar muchas deudas de algunos prestamistas que le facilitaron dinero para la compra del café y que no les había pagado porque huyó al exterior, luego de quebrar y de no avanzar a pagar intereses muy caros por el capital prestado.

O lo hicieron linchar elementos que junto a él, siempre realizaron como actividad comercial, el lavado de dinero, trabajo muy frecuente y común en

nuestra sociedad y que estaba inmerso en algunas instituciones privadas y algunos habitantes de nuestro país.

Pero surgió otra teoría y sostienen que al exportador lo hicieron matar ciertos individuos que le fiaron café, personas que fueron engañadas de algunas provincias del país y que habían esperado por más de quince años, cobrarle sus deudas, ya que él nunca les canceló.

Los de la frontera compraron ese día muy por la mañana todo el periódico que llegó y solo leían la página que explicaba la muerte de este personaje; unos comentaban y recordaban a sus amigos y familiares que se fueron de este sitio, algunos decían que ciertas personas murieron, otras quedaron sumamente pobres por las estafas que sufrieron, una que otra siguen enfermos y, se alegraron con la noticia de la muerte del exportador de café.

Ahora recuerda el dueño del café que no le fió nada a su gran amigo en ese entonces; piensa y dice mentalmente: “En esta vida, todo se paga, nadie se va con la deuda; todos pagan la factura, hasta con intereses, en cualquier tiempo y de cualquier manera”.

Aún siente cierta tristeza y pesar, aquellas tardes de sol, viento y polvo, cuando ya han transcurrido más de 20 años, al instante que cruzan los carros cargados de granos, en el momento que llega los peruanos a nuestra frontera a solicitar dinero por adelantado para traer productos al Ecuador, cuando van los policías a controlar el contrabando de granos o el de los combustibles, cuando pasa un vehículo de la aduana, cuando llegan los candidatos de los diferentes partidos políticos a visitar la frontera y solicitarles el voto en tiempo de elecciones.

Él no se había dado cuenta que todo el país estaba descompuesto, corrompido, que el presidente y los ministros, los políticos, los empresarios, los militares, la policía, las universidades, los dirigentes gremiales, los empleados públicos y privados y los de la aduana, cobraban o exigían dinero y más favores para cumplir con su trabajo o con su servicio que por ley les correspondía realizarlo, nunca se enteró que en esa década se llevaron a efecto grandes negociados realizados por la función ejecutiva, la función legislativa, por directores, gerentes y la función judicial, no estuvieron exentos de estos chantajes, negociados y arreglos; algunos sectores de la prensa hablada y escrita siempre callaron, nadie hizo público estas noticias y no denunciaron muchos actos de corrupción.

En ese entonces nuestro país llegó a ocupar el segundo lugar de los países más corruptos de América Latina, pero, el comprador de café, jamás se dio cuenta que había sido víctima, él y sus coterráneos engañados y humillados de todo el sistema putrefacto que existía en nuestro estado.

Casi siempre el cafetero, ahora sólo, tembloroso y sin haber sido invitado, concurre al parque del cantón y calladito con mucha dificultad, oye los diferentes discursos de campaña de los políticos, que en sus alocuciones hacen creer que tienen la varita mágica, que tienen la solución, que son los predestinados para solucionar los múltiples problemas de este país, sin tener un plan factible para gobernar, ni la preparación académica suficiente y sin conocer muy bien la diversidad de la población, su cultura, su geografía y climas muy diversos y la realidad socio-económica de sus habitantes tan compleja.

Los oye a los políticos con mucha atención recitar el baratillo de ofertas, los insultos que se realizaban entre ellos, que son muy similares a las que se ofrecían y prometían, con similares epítetos, en el tiempo que a él lo invitaban, porque en la frontera todos los que los visitaron allá, les prometieron obras, fuentes de trabajo y más beneficios populares y, llegaron algunos al poder y no hicieron nada, nunca cumplieron lo que ofrecieron; y, él cada vez que le solicitaron ayuda en muchas ocasiones arrimó el hombro, para que su terruño tenga todos los servicios básicos y existan fuentes de trabajo para sus habitantes, esto fue hace más de 20 años, cuando era todavía joven; pero la frontera ha sido abandonada por todos los gobiernos y dictaduras y sigue abandonada.

Sin embargo, cada año recuerda a la hermosa María Gardenia, cuando asiste a los desfiles por la cantonización de su tierra y observa la bella figura de las mujeres provincianas, en el momento que desfilan con toga y donaire, hermosas, lozanas, contentas; sus cuerpos simétricamente distribuidos y risueñas, celebrando las fiestas y perpetuando su cultura, el civismo, las costumbres y las tradiciones de la frontera y de nuestro país, recibiendo muchos aplausos y soportando el sol, el viento y el polvo.

Hoy el comprador del café, como siempre y con mucha dificultad, todas las mañanas, temblando sus manos y el cuerpo extiende la hamaca para descansar todos los días, en el zaguán de su casa; ahora octogenario y casi olvidado por muchas personalidades tanto nacionales como de la frontera, tiene miedo, tiene

desconfianza, que de nuevo se repita esta historia, porque ya han transcurrido más de 25 años.

Pero suspira profundamente para consolarse y ensimismado dice: “¿En qué podemos trabajar los de la frontera?” Divaga y habla: “Así es en mi tierra, así ha sido, así lo será, se trabaja para todos, se comparte con todos, se realiza un favor a la persona que lo solicita; así trabajaron mis abuelos, así trabajó mi padre, así he trabajado yo, así trabajan mis hijos y los hijos de mis hijos, así trabajarán. Si aquí en la frontera no hay apoyo, ni existen fuentes de trabajo instauradas por las autoridades locales, provinciales y nacionales, o por el sector empresarial privado, para conseguir un cambio profundo y sacarla del abandono, del retraso, de la pobreza y conducirla por los derroteros del desarrollo, del progreso, del bienestar y sea la frontera toda una tierra segura, productiva y un lugar atractivo para que sus habitantes vivan toda la vida en estos lares y nadie piense en abandonarla”.

Su mente ahora de vez en cuando, pero con menos frecuencia, recuerda esa pregunta que se hacía y que jamás le dieron respuesta ninguno de los amigos, ni los comerciantes de la frontera, ni los políticos, tampoco las autoridades de gobierno, peor los militares, aduaneros y policías; ya que, a todos estos cuatro grupos que debían controlar se les entregaba o le exigían dinero.

—¿Quién cogió mi café?

Pero en este confín, la vida sigue igual.

Leonso Paladines Ramírez.

Teléfono celular: 0980631480, convencional. 2572340 – 2104470.

Correo: leonsop52@hotmail.com



1859



Universidad
Nacional
de Loja

ISBN-13: 978-9978-355-61-9



9 789978 355619